
HARLEQUIN
Bianca
Tres Novias
LYNNE GRAHAM
UNA NOVIA PARA EL GRIEGO

Bianca™

UNA NOVIA PARA EL GRIEGO

Lynne Graham



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una novia para el griego, n.º 152 - mayo 2019
Título original: The Greek Claims His Shock Heir
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-838-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

STAMBOULAS Fotakis, más conocido como Bull –aunque solo a sus espaldas, porque nadie querría ofender a uno de los hombres más ricos del mundo–, estudió la nueva fotografía que había sobre su escritorio. En ella aparecían las tres nietas y el bisnieto que no había sabido que tenía hasta hacía unas semanas. La dulzura en la mirada del anciano mientras observaba con orgullo y satisfacción aquella fotografía de sus únicos parientes vivos habría chocado a sus competidores. Tres hermosas jóvenes y un chiquillo guapísimo cuyas vidas eran un desastre, pensó Stam irritado, y tenía que hacer algo al respecto. Si hubiera sabido antes que su hijo Cy había tenido tres hijas, que se habían quedado huérfanas y habían crecido bajo la tutela del estado, les habría dado un hogar y las habría criado. Por desgracia no había tenido esa oportunidad, y sus nietas habían sufrido por ello.

Sin embargo, no las culpaba a ellas por la vida caótica que llevaban, sino a sí mismo, que había «desterrado» a su hijo menor, Cy, por haberlo desafiado. Claro que veinte años atrás, admitió para sus adentros con ironía, él había sido un hombre muy diferente: impaciente, autocrático e inflexible. Y desde entonces creía poder decir que había aprendido una o dos cosas, pero su difunta esposa jamás le había perdonado que hubiera desheredado a Cy. Al final todos habían pagado un precio demasiado alto por su estúpido proceder.

Pero el pasado era el pasado y el ahora el ahora, se recordó Stam, y ya iba siendo hora de que pusiese orden en las vidas de sus nietas. Empezaría por reparar el daño que les habían hecho. Tenía el poder y el dinero para hacerlo. No pretendía vengarse, se repetía una y otra vez. Solo iba a hacer lo mejor para sus nietas. Y empezaría por poner en orden la vida de Winnie, que tanto le recordaba, con sus ojos negros, a su difunta esposa, la princesa árabe Azra.

Al menos Winnie hablaba un poco de griego. Bueno, solo sabía

unas cuantas palabras, pero era un comienzo prometedor. Y sus problemas serían los más fáciles de solucionar, se dijo, aunque aún no sabía cómo lograría controlarse y comportarse de un modo civilizado con el canalla adúltero que la había dejado embarazada, porque Eros Nevrakis también era un hombre muy poderoso.

Capítulo 1

EL SEÑOR Fotakis lo recibirá en unos minutos –le dijo la secretaria a Eros Nevrakis.

Este se alejó hasta el ventanal que se asomaba a la bahía. Era un hombre alto, ancho de espaldas, de unos treinta y tantos y apuesto, de pelo negro y ojos verdes.

Seguro que la vista desde aquel edificio en la pequeña isla de Trilis, donde se encontraba, no era ni la mitad de impresionante de lo que debía serlo desde la inmensa propiedad privada de Bull Fotakis a las afueras de Atenas, pensó con una sonrisa amarga.

Esa mañana estaba de muy buen humor. Había hecho varias ofertas a Stam Fotakis a través de intermediarios para comprarle la isla, pero todas sus ofertas habían sido ignoradas. Que el huraño cascarrabias se hubiera dignado a concederle una entrevista era una muy buena señal; tal vez por fin estuviera dispuesto a vender.

Trilis era agreste y apenas estaba urbanizada. Todo lo contrario que la propiedad de Fotakis en Atenas, donde había levantado varios bloques de oficinas, sede de su compañía y de su cuartel general. Cosa nada sorprendente cuando siempre había sido de dominio público que Fotakis era un adicto al trabajo.

En los noventa, cuando el padre de Eros había caído en bancarrota, se había visto obligado a venderle a Fotakis la isla, que había sido durante generaciones el hogar de su familia. Todo el mundo había dado por hecho que Fotakis planeaba construir una nueva sede de su compañía en la isla, pero eso no había ocurrido.

Si él consiguiera recuperar la isla, tenía planeado construir un complejo hotelero en la costa que generaría empleo y revitalizaría la economía local. El viejo, en cambio, a pesar de que no había hecho nada con la isla, tampoco había parecido interesado en venderla hasta ese momento.

¿Qué había cambiado entonces?, se preguntó, irritado por no poder encontrar una respuesta. Le gustaba conocer las motivaciones de sus competidores; siempre se corría un riesgo al ignorar esos

detalles tan reveladores. No sería muy inteligente por su parte ir sin haber pensado nada, sobre todo sabiendo que no podía ser que lo que moviera a alguien tan rico como Fotakis fuera el dinero.

Le dio la vuelta a la pregunta para analizarlo desde otro ángulo: ¿qué tenía él que pudiera querer Fotakis? Seguramente ese era un enfoque más preciso de la situación, porque Bull Fotakis tenía fama de ser muy astuto y retorcido.

Y, sin embargo, él estaría dispuesto a pagar lo que le pidiera para recuperar Trilis; solo porque era la única propiedad de la que su padre había lamentado de verdad tener que desprenderse. «Es el hogar de nuestra familia», le había dicho con voz ronca en su lecho de muerte. «Y si uno pierde su hogar, lo pierde todo. Prométeme que, si en el futuro te va bien, harás todo lo que puedas por recuperar Trilis. Es el hogar de los Nevrakis, y nuestros antepasados están enterrados allí».

Eros apretó sus sensuales labios, apartando de su mente aquellos recuerdos sentimentales del pasado. Había aprendido de los errores de su padre: un hombre tenía que ser firme en los negocios y en su vida privada, no un blandengue que se dejara manipular o engañar. Y un hombre obligado a llegar a un acuerdo con un empresario de éxito como Bull Fotakis tenía que ser aún más firme.

–Señor Nevrakis –lo llamó la secretaria, sacándolo de sus pensamientos–. Ya puede pasar. El señor Fotakis lo espera.

Stam miró con dureza a Eros Nevrakis cuando entró en su despacho. Un canalla bien parecido, reconoció para sus adentros de mala gana, de esos que atraían las miradas de las jóvenes ingenuas.

Nevrakis no le había dicho a Winnie que estaba casado, y él lo sabía porque le había sonsacado todos los detalles a su nieta. Le había aliviado constatar que la avergonzaba lo ocurrido. Eso significaba que, a pesar de sus temores de que se hubiese descarriado, Winnie tenía principios. Jamás se habría acostado a sabiendas con un hombre casado. Nevrakis le había mentido, la había seducido con engaños para luego dejarla tirada sin el menor remordimiento.

Eros posó sus ojos en Stamboulas Fotakis. Bajo, fornido, y de rostro ajado, tenía una mirada penetrante. Su cabello y su barba, bien recortada, eran blancos como la nieve, pero no había nada de amable Santa Claus en él. Eros tomó asiento y rehusó el café que le ofreció, ansioso por ir al grano y dejar a un lado las cortesías.

–Sé que quiere recuperar Trilis –dijo Fotakis, sorprendiendo a

Eros al ser tan directo–, pero yo quiero algo más.

Eros se echó hacia atrás en su asiento, adoptando una postura relajada.

–Ya me lo imaginaba –respondió.

–Tengo entendido que se ha divorciado.

Que dijera aquello sin venir a cuento desconcertó visiblemente a Eros, que parpadeó sin comprender. Tenía las pestañas largas, como las de una chica, observó Stam con desdén. No sabía cómo iba a tolerar tener por nieto político a una rata mentirosa como aquella. Sin embargo, el pequeño Teddy no podría recibir el apellido de su padre sin que su madre se casara con él, así que no le quedaba más remedio que tragar con la situación.

Se negaba a quedarse a un lado y permitir que su único bisnieto siguiera siendo hijo ilegítimo. Sabía que su postura estaba pasada de moda, pero le daba igual. Si había llegado a lo más alto era porque no había sacrificado sus principios para complacer a otros, y no tenía la menor intención de cambiar.

–No alcanzo a imaginar a qué viene ese comentario –murmuró Eros–, pero sí, es cierto, me divorcié el año pasado.

Stam apretó los dientes.

–¿Por qué? ¿Estaba pensando en casarse con su amante?

–No tengo ni idea de a dónde quiere llegar con esta extraña conversación –le espetó Eros con aspereza, levantando la barbilla en un gesto desafiante–, y aunque jamás he tenido una amante, si la tuviera, dudo que me casara con ella.

Stam se puso rígido por aquella ofensa, pero se recordó que Nevrakis no podía saber que estaba ofendiéndolo. Desconocía que Winnie era su nieta, y estaba seguro de que, de haberlo sabido, no se habría atrevido a ponerle un dedo encima. Por eso, decidió que se divertiría un poco a su costa mareando la perdiz.

–Mi nieta es madre soltera y necesita un marido. Ese es mi precio por la isla de Trilis: si accede a casarse con ella, no tendrá que pagarme ni un céntimo.

Aturdido, Eros se irguió en su asiento.

–¿Quiere que me case con su nieta? –exclamó, incapaz de disimular su estupefacción–. Ni siquiera sabía que tuviera una nieta. Creía haber leído en algún sitio que no tenía ningún pariente vivo…

–Hasta hace poco yo también lo creía –admitió Stam–. Pero bueno, las sorpresas son la sal de la vida, ¿no le parece?

Eros, que seguía sin comprender aquella surrealista propuesta de Bull Fotakis, siempre había detestado las sorpresas. Al fin y al cabo, las sorpresas habían marcado algunos de los peores momentos de su

vida desde su infancia. Como el día en que su padre le había arruinado la Navidad para siempre al presentarse en casa con una jovencita del brazo, para anunciarle a su madre que iba a divorciarse de ella porque lo hacía sentirse viejo.

Aunque solo hubiera tenido ocho años por aquel entonces, había sentido como propios el dolor y la humillación que habían embargado a su madre al ver que el hombre al que amaba estaba deshaciéndose de ella como si fuera un juguete del que se hubiera cansado.

Aquella experiencia había instilado en él un profundo odio por el divorcio y los matrimonios rotos, sobre todo porque aquel incidente había marcado el inicio de la ruina financiera de su padre.

–No sabría decirle –respondió evasivo–. Seguro que hay docenas de hombres ricos y de éxito que estarían encantados de casarse con su nieta. Quiero decir… ¿por qué yo?

–Veo que no es tonto –concedió Stam con expresión adusta.

No estaba seguro de si quería un nieto político que fuera capaz de hacerle frente.

–Confío en que no –contestó Eros más calmado. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse por qué ese interés de Fotakis en que se casara con su nieta–. ¿Y dice que es madre soltera? –inquirió para ganar tiempo.

–Sí. Un chico guapísimo, mi bisnieto –respondió Stam sin poder reprimir su orgullo, ni una cierta nota de posesividad. Sus dos hijos habían muerto, y aquel pequeño había hecho que se ablandara su viejo y endurecido corazón–. No sé cuántos años más viviré, y necesita una figura paterna para cuando yo ya no esté.

–Yo lo veo sano y fuerte como un roble –murmuró Eros con indiferencia–, pero aún no me ha explicado por qué quiere que sea yo quien desempeñe ese papel.

–Y usted aún no me ha dicho qué está dispuesto a sacrificar para recuperar la isla –repuso Stam–. Pero le aseguro que, si no se casa con mi nieta, me aseguraré de que jamás vuelva a sus manos.

–Entonces me temo que esta reunión se ha acabado –le espetó Eros, levantándose de la silla con la gracilidad de un atleta–. No tengo el menor deseo de volver a casarme y, aunque me gustaría recuperar Trilis, mi libertad sería un precio demasiado alto.

Stam soltó una risa sarcástica.

–¿Aunque mi bisnieto sea también… su hijo?

Esas dos palabras hicieron que Eros, que estaba a punto de marcharse, se parara en seco. Giró la cabeza y se quedó mirándolo con una expresión de absoluta incredulidad.

–¡Imposible! –dijo con voz ronca–. ¡Yo no tengo ningún hijo!

Stam lo miró con desprecio. No acababa de creerse que no supiera nada del embarazo de Winnie cuando esta había abandonado su casa de campo.

–Solo dos palabras: Winnie Mardas. Seguro que no la recuerda, ¿verdad?

–¿Winnie? –repitió atónito Eros Nevrakis–. ¿Winnie es su nieta?

–Sorpresa, sorpresa… –se burló Stam.

Eros cambió el peso de un pie a otro, vacilante y tenso.

–¿Y dice… que tiene un hijo mío? ¿Que ese niño es mi hijo?

–Eso he dicho –le confirmó Stam–. Por supuesto puede pedir una prueba de paternidad si quiere. Eso es asunto suyo. A mí lo único que me importa es que se case con ella sin decirle que yo he intervenido. ¿Le queda claro?

Eros no tenía nada claro en ese momento. Estaba entre estupefacto e indignado. La última vez que la había visto, dos años atrás, Winnie no le había dicho que estuviera embarazada. Ni siquiera había apuntado esa posibilidad. Había salido de su vida y no había vuelto a ponerse en contacto con él.

De inmediato se sintió furioso y horrorizado a partes iguales. ¿Acaso no tenía derecho un hombre a saber que había sido padre? Ya no estaban en esa época en la que el hombre se mantenía en un segundo plano con respecto a la crianza de los hijos. Ahora se suponía que debía valorarse y reconocerse la importancia del papel del padre. Por eso tenía muy claro que lo primero que haría sería hablar con su abogado.

–¿Ha escuchado lo que le he dicho? –inquirió Stam, sacándolo de sus pensamientos.

–¿Winnie está aquí? ¿Está en Grecia? –exigió saber Eros, airado.

–Me temo que no. Sigue viviendo en Londres, con sus hermanas, pero puedo darle su dirección.

–Se lo agradecería –respondió Eros con impaciencia.

–Pero no debe decirle que fui yo quien se la di –le advirtió Stam, tendiéndole un papel que ya tenía preparado, con todos los detalles relevantes–. Y no le diga que nos hemos visto, ni que hemos hablado de esto.

–¿Quiere hacer de jefe de pista, pero sin los aplausos? –le preguntó Eros con sorna–. No sé si eso será posible.

A pesar de sus setenta y tantos, Stam se levantó como un resorte.

–Si le dice a mi nieta una sola palabra de mi intervención en este asunto, le juro que lo destruiré –lo amenazó–. Y, si me conoce un poco, ¡sabrá que puedo hacerlo!

–Pero usted no sabe nada de mí –replicó Eros, con perfecta indiferencia.

Probablemente Bull Fotakis podría complicarle la vida en lo que se refería a los negocios, pero él tenía miles de millones y contaba con amigos tan poderosos como él, así que dudaba que pudiera destruirlo.

Stam lo miró con desdén.

–¡Ya lo creo que sí! ¡Un hombre casado que se lleva a la cama a sus sirvientas! Sedujo a Winnie porque era pobre, y porque sabía que no contaría nada por miedo a que la despidiera. La convirtió en su amante e hizo que la trasladaran a su casa de campo para poder divertirse allí con ella los fines de semana. ¡Sé muy bien la clase de hombre que es!: ¡un bastardo artero y manipulador!

Eros levantó la cabeza, desafiante, apartando los rizos negros de sus brillantes ojos verdes.

–¿Y aun así quiere que me case con Winnie?

–Lo que quiero es que mi bisnieto sea reconocido como hijo legítimo –masculló Stam–. Y usted recuperará su preciada isla. No espero que viva con Winnie, ni que permanezca a su lado. De hecho, precisamente es lo que no quiero que haga porque ella podría encontrar a un hombre muchísimo mejor como marido. Además, el chico ya tiene una figura masculina en su vida; ¡me tiene a mí! ¡No lo necesita a usted!

Sumamente irritado y a punto de explotar, Eros se dio media vuelta y salió del despacho, con la espalda muy rígida mientras echaba pestes mentalmente sobre Winnie y su ofensivo abuelo.

¿Cómo se atrevían? ¿Cómo se atrevían a tratarlo como si fuera un cero a la izquierda, a despojarlo de sus derechos como padre? ¿Qué se creían?, ¿que sería una influencia negativa para su hijo? Pagarían por esas ofensas, de una manera u otra, juró para sus adentros con vehemencia.

¡Que Fotakis hubiera sugerido que era de los tipos ricos que acosaban a sus sirvientas como un pervertido enfermo! Winnie jamás había sido su amante. Nunca había tenido una amante estando casado con Tasha. De hecho, llevaba años de «celibato» cuando Winnie había aparecido en su vida, y de algún modo…

Apretó la mandíbula y apartó esos recuerdos de su mente. Lo que había habido entre ellos había sido un error. Algo muy humano, pero un error al fin y al cabo; lo sabía muy bien. La tentación lo había llevado a cometerlo, pero eso lo había llevado a liberarse de otro error aún mayor, se recordó, dejando a un lado esos pensamientos para centrarse en algo mucho más importante:

tenía un hijo. ¡Tenía un hijo cuyo nombre ni siquiera sabía!

Hizo un rápido cálculo mental y dedujo que el pequeño debía de tener menos de dos años. Sintió una punzada de alivio. Aún no era demasiado tarde. ¿Cuánto peor habría sido si no hubiese descubierto nunca que tenía un hijo?, ¿o si lo hubiese descubierto siendo su hijo más mayor, y lo hubiera encontrado resentido por haber estado ausente en su vida?

Sí, podría haber sido peor… pero no mucho peor, se dijo con sorna. Que Stam Fotakis lo hubiera amenazado, intentando empujarle a un matrimonio cuando acababa de escapar de otro… Y no solo eso: Winnie le había ocultado que tenía un hijo, y eso era algo imperdonable. ¿Peor?, ¿cómo podría haber sido peor?

Y todo aquel caos derivaba de un mismo error, un error suyo, admitió a regañadientes. Había sido tan ingenuo como para acceder a casarse con una joven a la que no amaba y a la que no deseaba, solo por mitigar los temores de un hombre moribundo respecto al futuro de su hija. Pero nunca había sido un matrimonio de verdad. Nunca había compartido lecho con Tasha, y ni siquiera habían vivido bajo el mismo techo. Durante el tiempo que habían estado casados habían llevado vidas completamente separadas, y él había aceptado todas las restricciones del matrimonio sin recibir beneficio alguno. Y luego Winnie había llegado a su vida y su sentido común, del honor y su capacidad de autocontrol se habían ido de inmediato por la borda.

Stam Fotakis paseó la mirada con perplejidad por su despacho vacío. Era la primera vez en su vida después de una reunión de negocios en que no sabría decir cómo había ido. Porque solo habían sido negocios, nada más que negocios, se dijo, intentando convencerse.

Pero Nevrakis había explotado de rabia. Nunca hubiera esperado, por lo que había averiguado de él, que fuera un hombre de naturaleza tan volátil. Jamás había visto a nadie ponerse tan furioso. Y resultaba aún más chocante en un hombre que tenía fama de ser frío como el hielo.

¿Y si desatara esa furia contra su pequeña Winnie? Urgido por aquel temor, tomó el teléfono y llamó al jefe del servicio de seguridad que había contratado para proteger a sus nietas, que ignoraban que varios guardaespaldas las seguían como sombras por todo Londres. Y, a la vista de la reacción de Nevrakis, que había salido de su despacho echando chispas, no estaría de más que

reforzaran su vigilancia…

–Vamos, que nuestro abuelo está como una regadera –concluyó Vivi mirando a sus hermanas, sentadas con ella en torno a la mesa de la cocina. La sedosa melena cobriza le caía sobre los hombros, enmarcando su vivaz rostro–. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

–Lo que hagamos es decisión nuestra –contestó Winnie. Echó la cabeza hacia atrás y se recogió el cabello castaño en una coleta–. Nadie puede obligarnos a hacer nada.

–En eso estamos de acuerdo. Pero el abuelo es el único que puede ayudarnos –intervino Zoe, práctica como siempre–. Nadie más está dispuesto a darnos el dinero que necesitamos para salvar el hogar de John y Liz. Ya intentamos conseguir un préstamo del banco y no nos lo concedieron.

Ese recordatorio cayó como una pesada losa sobre el ánimo de las hermanas, y se hizo un tenso silencio. Winnie subió a su regazo a su pequeño, que estaba a su lado, cayéndose de sueño. Teddy apoyó en su pecho su cabecita de rizos negros y se le cerraron los ojos. Hablar era fácil, pero lo que Zoe había dicho era la pura verdad, pensó Winnie apesadumbrada.

La realidad era que ninguna de las tres tenía elección. Su abuelo, Stam Fotakis, les había dejado bien claro, del modo más amable posible para un tirano rico, que estaría encantado de prestarles dinero, pero les preocupaba el precio que tendrían que pagar a cambio de su ayuda.

Pero la necesitaban porque sus padres de acogida, John y Liz Brooke, que habían transformado sus vidas y habían hecho posible que volvieran a estar juntas, estaban atravesando graves problemas financieros.

Cuando Winnie se había enterado de que dentro de solo unos días iban a embargarles a John y Liz su vieja granja, y a perder a los niños que tenían a su cuidado en régimen de acogida, había decidido desoír la advertencia de su difunto padre, y había enviado a su adinerado abuelo una carta para suplicarle ayuda.

Stam Fotakis había desheredado a su padre, Cy, cuando este no era más que un adolescente. Este, por su parte, movido por el resentimiento, se había cambiado el apellido por el apellido de soltera de su abuela, Mardas, y su abuelo no había tenido manera de dar con él, ni con la familia que había formado.

Sus padres habían muerto en un accidente de coche a sus ocho años –ahora tenía veintiséis–, por lo que aún los recordaba, a

diferencia de Vivi, que solo tenía un vago recuerdo de ellos, y de Zoe, que entonces no era más que un bebé.

Pero los Brooke las habían salvado, dándoles el apoyo y el cariño necesarios para superar la trágica pérdida de sus padres y las malas experiencias que todas habían pasado bajo la tutela del estado.

Ella había sido la primera en llegar al hogar de John y Liz, después de pasar por una familia de acogida en la que había sufrido malos tratos. Les había hablado de sus hermanas y, gracias a sus pesquisas y a su persistencia, finalmente habían conseguido reunirlas a las tres bajo su cuidado.

A partir de ese momento sus vidas habían mejorado de forma exponencial, y poco a poco habían superado sus traumas, sintiéndose felices y seguras en su día a día. Lo que John y Liz habían hecho por ellas no tenía precio, porque no podía ponérsele precio al amor. Y, aunque no las habían adoptado, se habían convertido en su familia, tratándolas como si de verdad fueran sus hijas, y brindándoles todo su apoyo a medida que se hacían mayores.

–Es verdad, no nos concedieron ese préstamo –intervino Vivi de nuevo, contrayendo el rostro–. Y solo conseguiremos el dinero si accedemos a casarnos con los hombres que elija ese chiflado que tenemos por abuelo. Parece que para él es muy importante casar a sus nietas con los hombres que considera adecuados para nosotras.

–Pero dijo que no tendrían por qué ser matrimonios «reales», que solo tendrían que serlo sobre el papel, lo cual es muy diferente –apuntó Winnie de mala gana.

La verdad era que ella tampoco quería casarse, aunque solo supusiera firmar un papel y llevar un anillo en el dedo.

Cuando le había mandado la carta a su abuelo, había tenido que enviarle también varios documentos para probarle que era quien decía que era, pero apenas una semana después les había mandado su jet privado para conocerlas y que ellas y su pequeño pasaran unos días con él en Grecia.

Habían quedado deslumbradas con la opulenta y enorme casa de su abuelo, y hasta había empezado a caerles bien hasta que había mencionado sus condiciones para prestarles el dinero que necesitaban para salvar la granja de John y Liz.

De las tres, ella era a quien más le habían chocado sus condiciones. Sobre todo después de que expresara su pesar por todo lo que habían sufrido, y de que dijera que se sentía en deuda con John y Liz por haberse hecho cargo de ellas.

Sin embargo, parecía que el concepto de dar sin recibir nada a cambio era algo ajeno a él. Sí, había dicho que se había sentido feliz al saber que tenía tres nietas y un bisnieto, y muy agradecido a John y a Liz por lo bien que las habían cuidado, pero había tenido que poner esas absurdas condiciones…

Winnie se reprendió las expectativas sentimentales y poco realistas que había albergado con respecto a su abuelo. ¿Qué podían esperar de un hombre que había echado de casa a su hijo por negarse a estudiar Empresariales en la universidad, y que jamás se había arrepentido de esa dura decisión? No podían esperar que un hombre así fuese amable; ni siquiera un buen hombre. Quería que se casaran con «hombres acaudalados» para que pudieran recobrar la posición social que veía como algo inherente a su condición de miembros de la familia Fotakis. Sin embargo, Winnie sospechaba que sabía el motivo por el cual su abuelo había puesto esas condiciones.

Estaba segura de que le avergonzaba su estatus social y el de sus hermanas. Se había vuelto loco al conocer a su hijo Teddy, pero no había podido ocultar su espanto al descubrir que era madre soltera. Y su reacción al enterarse del espantoso escándalo en que Vivi se había visto envuelta, sin tener culpa alguna, había sido idéntica. De hecho, Stam Fotakis era la persona más chapada a la antigua que había conocido. Creía que las mujeres tenían que casarse, como mandaba el decoro, antes de tener hijos, y que sus nombres solo debían aparecer en las revistas del corazón por su elegancia en el vestir en exclusivos eventos.

Winnie contrajo el rostro al pensar eso. Ella misma había creído siempre que, si tuviera hijos, sería estando casada, pero el cruel destino le había puesto la zancadilla y había aprendido la lección. Enamorarse del hombre equivocado podía ser un desastre y en su caso había sido el fin de sus elevados ideales. Su único consuelo era que la culpa no había sido suya: jamás había sospechado que Eros fuese un hombre casado, y él se lo había ocultado.

Lo que la había hecho despertar había sido una visita de la esposa de Eros, Tasha. Todavía le entraba un sudor frío al recordar aquel espantoso día que la había hecho madurar de golpe, aunque esa terapia de choque era justo lo que le había dado las fuerzas necesarias para alejarse del hombre al que amaba.

–Tengo que prepararme para irme a trabajar –dijo con un suspiro, levantándose de su asiento con el pequeño en brazos.

Zoe se levantó también.

–Dame a Teddy; lo acostaré para que puedas irte sin que se dé

cuenta y prepararé la cena.

Zoe era bajita, como Winnie, pero era rubia, como lo había sido su padre. Su abuelo le había contado a Winnie que ella había salido a su abuela, que al parecer había sido una princesa árabe. Winnie sacudió la cabeza para sus adentros. Nada podría mostrar con más claridad que su abuelo provenía de un mundo muy distinto. Su padre, Cy, jamás había mencionado que su madre fuera de alta alcurnia, pero sí les había hablado con mucho cariño de ella.

Winnie sonrió a Zoe y pensó una vez más en lo afortunada que era de tener a dos hermanas que los querían tanto a su hijo y a ella como ella a las dos. No habría podido compaginar el trabajo y la maternidad sin ellas, porque trabajaba en un restaurante por las tardes y los fines de semana.

Habían estado viviendo en un cuchitril antes de conocer a su abuelo, y si había aceptado su generosa oferta de buscarles otra vivienda había sido solo por el bien de su hijo. Sin embargo, en las dos semanas que llevaban allí, tenía que admitir que aquel cómodo adosado, bien situado y de cuatro habitaciones, había cambiado sus vidas para bien. Además, como ahora no tenían que pagar un alquiler, ya no tenían que hacer malabarismos para llegar a fin de mes con sus míseros salarios.

Pero, aun así, no se sentía segura teniendo que depender, aunque fuera temporalmente, de la generosidad de un hombre con el que nunca se sabía por dónde iba a salir. Era más que consciente de que Stam Fotakis podría darles la espalda con la misma rapidez con que les había tendido una alfombra de bienvenida. Los ricos, como le había enseñado la experiencia con Eros Nevrakis, podían ser bastante volátiles y de poco fiar. No era aconsejable confiar en ellos, ni esperar que se mantuvieran firmes en sus ideas, como la gente normal.

Le vino al recuerdo una ocasión en que Eros se había disculpado diciéndole: «Perdona, esta noche no estoy de humor». Como si fuera de lo más normal que la apartara, cuando siempre era él quien andaba flirteando con ella. Ese rechazo le había dolido. Tanto, que había sido como un jarro de agua fría que le había hecho ver la realidad.

Winnie apretó los labios, contuvo las lágrimas y apartó ese recuerdo de su mente. Eros era como una espada de doble filo. Le había hecho daño y la había enfurecido. Había sido tan ingenua y tan confiada, que se había negado a ver, o a sospechar siquiera, aquello de lo que su abuelo se había percatado al instante: que no había sido un idilio apasionado, sino que se había convertido en la

amante de un hombre casado.

Y en ese papel no había nada de romántico, ni tampoco amor, concluyó mientras entraba en el vagón del metro para ir al restaurante en el que trabajaba como repostera. Y ahora podría ocupar un puesto mejor si no hubiese dejado su formación para convertirse en la cocinera de Eros Nevrakis, se dijo con resentimiento. Claro que entonces no habría tenido a Teddy y, pensara lo que pensara su abuelo de las madres solteras, su hijo era algo de lo que jamás se arrepentiría.

A media tarde Vivi le estaba poniendo el pijamita a Teddy cuando llamaron a la puerta. Y el timbre volvió a sonar antes de que llegara al vestíbulo con el pequeño cargado sobre la cadera. Su sobrino era un trasto y no podía dejarlo solo ni diez segundos.

–Ya voy, ya voy… Un poco de paciencia… –masculló.

Cuando abrió, se quedó boquiabierta. Frente a la puerta había cinco hombres corpulentos con trajes oscuros y un pinganillo en la oreja. Bueno, el que estaba delante no llevaba un chisme de esos, pero parecía furioso.

–¿Está bien, señorita Mardas? –le preguntó uno de los que estaban detrás.

–¿Quiénes diablos son ustedes? –inquirió Vivi, intimidada.

–Sus guardaespaldas, señorita Mardas; trabajamos para su abuelo.

–Yo no –interrumpió Eros con impaciencia.

Por un momento se había quedado paralizado al ver al sonriente bebé en los brazos de la pelirroja que había abierto la puerta. Su hijo, suponiendo que fuera su hijo, se parecía mucho a él, se dijo sorprendido, olvidando por un instante la furia que lo había consumido desde que había salido de Grecia.

–¿Por qué iba a necesitar guardaespaldas? –inquirió Vivi en un susurro.

–Quiero ver a Winnie –le exigió Eros–. Soy Eros Nevrakis.

Vivi se puso tensa y lo miró de arriba abajo con desprecio.

–Mi hermana está fuera, trabajando.

–Entonces deje que pase y la esperaré.

–No volverá a casa hasta después de medianoche, así que no tiene sentido que se quede a esperarla –replicó Vivi.

Eros se irguió y se quedó mirándola fijamente, impávido ante su hostilidad.

–Pues volveré mañana a las diez. Dígale que más vale que a esa hora esté aquí –le advirtió entre dientes.

Capítulo 2

NO. No pienso verlo –reiteró Winnie. Acababa de volver a casa del trabajo y estaba cansada–. ¿Qué diablos quiere después de todo este tiempo?

Sus hermanas la miraban preocupadas.

–¿Crees que se habrá enterado de lo de Teddy? –inquirió Zoe.

–No sé cómo podría haberse enterado.

–El abuelo lo conoce –apuntó Vivi pensativa–. Vi la cara que puso cuando le dijiste cómo se llamaba el padre, y estaba furioso, realmente furioso. ¿No te fijaste?

–No. Lo último que quería era mirar al abuelo a la cara mientras me obligaba a contarle cómo y quién me había dejado embarazada –contestó Winnie, con las mejillas ardiendo.

–Pero Nevrakis no puede forzarte a verlo. Vete de paseo al parque con Teddy, como haces siempre –le aconsejó Vivi.

–¿No te parece que siendo el padre de Teddy no sería muy aconsejable que lo ignorara? –apuntó Zoe, intentando mediar, como siempre.

–No es el padre de Teddy –replicó Vivi airada–. ¡Jamás ha estado ahí para él, ni para Winnie, cuando lo han necesitado!

–Ya, pero es que… bueno… como padre, tiene sus derechos –dijo Zoe vacilante–. Y quizá, si Winnie no juega limpio con él, podría plantearse demandarla para conseguir una orden judicial que le permita ver a Teddy.

–¡Dios mío, espero que no! –gimió Winnie espantada.

Cuanto más lo pensaba, más le preocupaba la situación. Pero… ¿qué posibilidades había de que Eros tuviera de verdad ese interés por su hijo?

¿Podría ser que se hubiera enterado de que tenía un hijo por su abuelo, como había sugerido Vivi? Sabía que no podía fiarse de Stam Fotakis… Ya le había dicho que debería haber informado a Eros de su embarazo en vez de haberse alejado de él sin la menor explicación.

Claro que en vez de «alejarse» debería haber dicho «huir», se dijo con pesar, porque el descubrir que Eros estaba casado la había destrozado, y después de ese engaño le había parecido que no tenía ninguna obligación moral de decirle que estaba embarazada. Desde entonces no había querido volver a saber nada más de él, ni volver a verle, pero ahora que había dado con ella, y con Teddy de por medio… ¿no cambiaban las reglas del juego?

Agarrado de la mano de Winnie, Teddy parloteó todo el tiempo de camino al parque, aunque era la verborrea propia de un niño que estaba aprendiendo a hablar, en la que solo eran inteligibles una de cada diez palabras. Además, aunque a Teddy le encantaba andar, iban muy despacio por sus cortas piernas, y si ella perdía la paciencia y lo subía al cochecito, se ponía hecho un basilisco y le gritaba «¡Bebé no!», como si a su edad fuera una ofensa tremenda que lo llevara en un medio de transporte tan humillante.

Dio un gritito de emoción al ver los columpios y se soltó de su mano para echar a correr. Winnie fue tras él porque como Teddy no le tenía miedo a nada era un auténtico peligro, pero para cuando lo alcanzó ya estaba subiendo los peldaños del tobogán. Desde que había empezado a andar había dado muestras de lo ágil que era. Gritó de alegría al deslizarse por el tobogán, y Winnie se dirigió a un banco próximo, aliviada de poder sentarse un rato, cansada como estaba aún por su turno del día anterior.

En ese momento notó que le vibraba el móvil y lo sacó del bolsillo. Era Vivi.

–Nevrakis va para allá –le advirtió su hermana–. Intenté darle largas, pero dijo que se quedaría aquí esperando si no le decía dónde estabas.

El pánico se apoderó de Winnie ante la idea de verse acorralada por Eros en un sitio público. Pero Eros no era de los que montarían una escena, se recordó, intentando calmarse, y no podría evitarlo eternamente. Mejor comportarse de forma sensata, se dijo alisándose la chaqueta con las manos. Lamentó no haberse puesto siquiera un poco de maquillaje, pero de inmediato se reprendió, irritada, por preocuparse de su aspecto cuando estaba hecha un manojo de nervios.

Seguramente estaba buscándola porque se había enterado de que tenía un hijo, porque quería verlo. No podía haber ninguna otra razón. Cuando acudieron a su mente los recuerdos del día en que se habían conocido, los frenó de inmediato. Esos recuerdos no harían

más que debilitarla y desbaratar la fachada de aparente calma que había aprendido a simular para no preocupar a sus hermanas.

«¡Pues claro que lo he superado!», solía exclamar, riéndose para parecer más convincente. «¡No soy tan tonta como para pasar el resto de mi vida suspirando por él!».

Había dos hombretones trajeados bajo unos árboles cercanos. Winnie sospechó que se trataba de los guardaespaldas que su abuelo había contratado, sin que hiciera ninguna falta, y que se habían presentado la tarde anterior en su casa. Tendría que llamar a su abuelo para hablar de esa extravagante idea. ¿Por qué diablos iban a necesitar sus hermanas y ella guardaespaldas cuando nadie sabía siquiera que eran familia de Stam Fotakis?

A lo lejos divisó a un hombre alto que se acercaba a grandes zancadas. El corazón le dio un vuelco, su respiración se tornó agitada, y una ola de calor la invadió al recordar lo tonta que había sido dos años atrás, enamorándose del hombre para el que trabajaba… y acabando en la cama con él.

Eros se detuvo y paseó la mirada por el parque con esa confianza en sí mismo de magnate multimillonario que lo caracterizaba. Estaba de lo más sexy y elegante, ataviado con un abrigo, un traje gris antracita y una bufanda de seda roja.

Winnie tragó saliva, apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas, y se obligó a erguirse. No iba a esconderse de él; se negaba a comportarse como si le tuviera miedo.

Cuando los brillantes ojos de Eros se posaron en ella, se puso aún más tensa y giró la cabeza hacia Teddy, que estaba llamándola desde lo alto del tobogán para que le prestara atención. Si algo le encantaba a su hijo, era tener público. Era muy extrovertido y rebosaba vitalidad. Se levantó y se acercó al tobogán, esforzándose por ignorar a Eros, aunque ya oía sus pisadas detrás de ella.

Teddy se deslizó por el tobogán con un grito de entusiasmo y corrió de nuevo a la parte de atrás para volver a tirarse.

–¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? –oyó que le preguntaba Eros, en un tono suave pero gélido.

Se había detenido a su lado. Winnie giró la cabeza y se encontró mirando su perfil porque Eros tenía toda su atención puesta en su hijo. Ese apuesto perfil clásico hizo que el corazón le palpitara con fuerza. Volvió a tragar saliva. Estaba tan cerca de ella que la envolvía el aroma de su colonia, tan cerca que la asaltaron los sensuales recuerdos que siempre reprimía. Dio un paso atrás.

–¿Y tú?, ¿por qué no me dijiste que estabas casado? –le espetó en el mismo tono quedo que él había empleado.

Eros apretó los dientes, indignado por su respuesta. Al volverse hacia ella, no pudo evitar admirarse, como el día que la conoció, de lo delicada que era: no llegaba al metro sesenta, tenía una cintura minúscula, y era tan ligera que podría levantarla con una sola mano.

Imaginaba que el embarazo habría alterado un poco su figura, pero le costaba imaginársela embarazada, y la amplia chaqueta que llevaba no dejaba entrever demasiado. Sus enormes ojos castaños, sus carnosos labios y su abundante melena oscura, sin embargo, no habían cambiado. Despegó los ojos de ella, sumamente irritado, y giró la cabeza para centrar su atención en su hijo.

No había duda de que el pequeño era hijo suyo; era de complexión mucho más robusta que su madre. Y sus ojos verdes, heredados de su madre, ya fallecida, y su pelo negro y ensortijado denotaban claramente que era un Nevrakis.

Eros había estado indagando después de su reunión con Stam Fotakis dos días atrás. Su hijo se llamaba Teddy. ¿Qué clase de nombre era ese? ¡Ni que fuera un oso de peluche!, se había dicho indignado al enterarse. Pero la mayor sorpresa había sido descubrir el fuerte sentimiento protector que despertaba en él…

Observó cómo subía los peldaños del tobogán y volvía a deslizarse por él con un entusiasmo peligroso y un chillido de placer. Urgido por ese impulso protector al que no se podía resistir, fue hasta el pie del tobogán y levantó con cuidado al pequeño, que lo miró sobresaltado antes de esbozar una enorme sonrisa, y lo depositó de nuevo en el suelo.

–Columpio, mamá –le dijo Teddy a Winnie, y salió corriendo en esa dirección.

–Es tan mandón como tú –comentó Winnie.

Eros la ignoró. Tenía unas cuantas cosas que decirle, pero no podía decirlas allí, donde podían oírlos.

Winnie levantó a Teddy para sentarlo en uno de los columpios para bebés, lo empujó suavemente y retrocedió un par de pasos.

–¿Qué edad tiene? –le preguntó Eros.

–Dieciocho meses. Es alto para su edad.

–¿Y en todo ese tiempo no se te ocurrió ni una sola vez ponerte en contacto conmigo? –masculló él.

–Estabas casado –le recordó Winnie, alzando la barbilla, desafiante.

–Eso es irrelevante –replicó Eros con fiereza–. Ni es excusa.

–No estoy poniendo excusas. No me arrepiento de no habértelo dicho –le espetó Winnie, indignada al ver que no sentía

culpabilidad alguna.

–Pero te arrepentirás –murmuró Eros en un tono de velada amenaza–. Llegarás a lamentarlo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Winnie, pero irguió los hombros en rebeldía. No iba a dejarse avasallar por Eros; no podía hacerle nada. Teddy era hijo suyo y ella ya no trabajaba para él ni dependía de él en modo alguno.

Que lo desafiase de esa manera enfureció a Eros. Era evidente que la había subestimado. La había tenido por una joven callada y tranquila, la clase de persona que jamás le causaría ningún problema. Había confiado en ella tanto como podía confiar en una mujer. Había creído conocerla bien, y solo se había dado cuenta de lo equivocado que estaba después de que se esfumara sin dejar rastro, se dijo apretando los labios.

Winnie alzó la vista hacia Eros y se encontró como hipnotizada por él contra su voluntad. Hasta le faltaba el aliento. Haciendo un esfuerzo, apartó la vista de él, pero, por cómo le martilleaba el corazón contra las costillas, era evidente que tenía que conseguir que su sola proximidad no le afectara como le afectaba. Pero en vez de eso la hipnotizaban su atractivo masculino, sus marcados pómulos, su aristocrática nariz y sus impactantes ojos verdes, imposibles de olvidar. Cambió el peso de un pie a otro, luchando contra su susceptibilidad y odiándose a sí misma por estar pensando en lo guapo que era.

–Lo único que lamento es haberte conocido –le dijo fríamente.

–Ya es un poco tarde para eso –contestó él, insensible a su pulla–. Te llevaré a mi apartamento y hablaremos.

–No –replicó Winnie–. Yo me voy a casa. Teddy tiene que echarse su siesta.

Por el entusiasmo con que pataleaba en el aire mientras se balanceaba en el columpio, a Eros no le parecía que el pequeño estuviese cansado.

–No podremos hablar delante de tus hermanas –le espetó con aspereza.

Winnie lo miró con desprecio. La enfurecía que estuviera intentando empujarla a una discusión que no quería tener con él, igual que no quería que entrara en su casa.

–Mis hermanas se habrán ido a trabajar.

Odiaba a Eros. Nunca había odiado a nadie antes, pero a él lo odiaba por muchas razones. Sin embargo, tenía que averiguar qué quería. No podía ignorar el hecho de que era el padre de Teddy, y que por tanto tenía que manejar aquel asunto con tacto.

Esa vez huir no era una opción porque solo dejaría un problema aún mayor tras de sí. Apretó los labios y levantó a su hijo del columpio, ignorando su amargo quejido de protesta. Al ver a Teddy levantar la carita hacia ella con ojos llorosos cuando lo dejó en el suelo, se le encogió el corazón.

–Iremos en mi limusina –le dijo Eros.

–No. Teddy y yo volveremos andando Te espero allí –le dijo sin vacilar, antes de alejarse.

Necesitaba estar a solas para calmarse y ordenar sus pensamientos.

Teddy, cansado y enfurruñado, iba arrastrando los pies, pero Winnie apenas se dio cuenta porque la abrumaban los recuerdos que había reprimido durante esos últimos dos años y que ahora estaban saliendo a la superficie.

Después de trabajar en el servicio de catering de la universidad y otros empleos similares con los que había adquirido experiencia, se había asegurado un puesto como segunda de cocina en un pequeño restaurante griego. En una ocasión el jefe de cocina había quedado postrado en la cama por un virus, y ella había tenido que encargarse de una cena de negocios para un gran grupo de empresarios griegos organizada por Eros, al que entonces ella aún no conocía. Al final de la cena él había pedido que saliera el chef para felicitarlo, y aún recordaba lo nerviosa que se había puesto mientras se quitaba el gorro y se arreglaba un poco el pelo.

Eros la había felicitado con un entusiasmo halagador por la cena que había preparado. A ella se le encendieron las mejillas e intentó no quedarse mirándolo embobada. Era el hombre más guapo que había conocido, y se había encontrado preguntándose cómo podía nadie tener unos ojos tan increíblemente verdes, verdes como las esmeraldas.

Le había dado su tarjeta, diciéndole que estaba buscando una cocinera para su casa en Londres, y le había pedido que lo llamara para concertar una entrevista si le interesaba el puesto.

Ella estaba muy contenta con su trabajo en aquel restaurante, pero no veía demasiado a sus hermanas por el horario que tenía, y eso la había persuadido de hacer esa llamada. Y como Eros le había ofrecido un sueldo mucho mayor que el que estaba ganando, había aceptado, pensando que trabajar como cocinera para un multimillonario la ayudaría a conseguir más oportunidades laborales. Y con dos hermanas que aún estaban estudiando, que siempre andaban sin blanca y con necesidades de ropa, para ella había sido muy importante poder ganar un sueldo decente.

El primer día, cuando estaba preparando la cena, Eros había entrado en la cocina con sus andares felinos, atrayendo su atención sobre sus pantalones, que marcaban cada músculo de sus largas piernas.

–¿De dónde le vino esta vocación? –le había preguntado.

–Mi madre era cocinera, y empezó a enseñarme a cocinar cuando yo tenía cinco años –le había confesado Winnie, desconcertada por los embarazosos pensamientos que la asaltaban en su presencia–. Mis padres eran griegos, aunque la familia de mi madre ya llevaba años viviendo aquí cuando mi padre y ella se conocieron…

–Pero no habla nuestro idioma –había observado él, sorprendido.

Entonces Winnie se había puesto tensa, y se había ensombrecido su mirada.

–Mis padres murieron cuando yo tenía ocho años, y he olvidado casi todo el griego que sabía. Siempre he querido ir a clases, pero estoy demasiado ocupada. Algún día lo haré.

–Bueno, ¿y qué me está preparando esta noche? –le había preguntado Eros con una sonrisa seductora.

–Le he dejado una hojita con el menú en la mesa del comedor.

–Vaya, qué bien… –había murmurado Eros, divertido.

–Si quiere algo especial, lo que sea, no tiene más que decírmelo –le había respondido ella, ansiosa por complacerlo.

Le había asignado un sueldo muy generoso, y quería demostrarle que se lo merecía.

Él había enarcado una ceja.

–¿Lo que sea? –había repetido con un brillo travieso en los ojos.

–Bueno, prácticamente –había murmurado ella, sonrojándose por el doble sentido que él estaba insinuando–. Y si no sé hacer algún plato que quiera, averiguaré cómo prepararlo.

–¿Se siente a gusto trabajando aquí? –le había preguntado él.

–Muy a gusto. Y su ama de llaves, Karena, ha sido muy amable conmigo –se había apresurado a responderle ella.

Sin embargo, le había chocado un poco encontrarse con que prácticamente ningún miembro del servicio hablaba inglés, lo que le había hecho pensar que se sentiría algo sola.

En ese momento Karena, el ama de llaves, había entrado en la cocina, y Eros había puesto fin a su conversación. Normalmente era ella quien servía la cena, pero un par de noches después Winnie la había visto tan cansada, que le había dicho que se marchara a casa y que ella se encargaría.

Había sido un craso error estratégico exponerse a estar a solas con Eros, pero se sentía culpable por todo el dinero que le pagaba cuando su jornada era mucho más corta que la de Karena, que además tenía muchísimo trajín incluso cuando Eros estaba de viaje, porque tenía que supervisar la limpieza y el mantenimiento de la casa.

Y luego, cuando el ama de llaves se había torcido una muñeca, ella había acabado sirviéndole la cena a Eros cada noche. Solo unos días después este le había pedido que cenase con él y, aunque la primera vez había rehusado la invitación, entre sorprendida y cortada, la segunda vez se había dicho que sería grosero por su parte negarse de nuevo, y se había sentado y había tomado una copa de vino con él.

Le había preguntado qué tal le había ido el día, y luego por sus viajes al extranjero, y lo había escuchado atentamente mientras hablaba, tomando sorbitos de vino y haciendo algún que otro comentario. Y a cada minuto que pasaba se había sentido más y más azorada por la intensidad con que la miraba. Se sentía acalorada, aunque la halagaba su aparente deseo de contar con su compañía, cuando sin duda habría muchas mujeres, más sofisticadas que ella, ansiosas por ocupar su sitio.

Por aquel entonces ella había sido aún ingenua e insegura en el trato con el género masculino. Ansiosa como estaba por ascender en su trayectoria profesional, apenas había tenido citas y, cuando sus hermanas habían empezado a verla como un modelo a seguir, se había sentido obligada a ser aún más selectiva en el plano amoroso. Un par de experiencias desagradables, con hombres que habían querido más de lo que ella estaba dispuesta a dar, habían hecho que se mantuviera virgen. Y el trabajar muchas horas recluida en una cocina tampoco había ayudado, así que cuando Eros había empezado a prestarle atención se le había subido a la cabeza.

Su primer beso… No, no quería rememorar algo que le pesaba aún como el primer gran error que había cometido. Apartó ese recuerdo y pasó junto a un opulento vehículo que supuso debía de ser la limusina de Eros, y estaba ya abriendo la puerta de la casa cuando oyó su voz detrás de ella. La había seguido.

–Vivís en un barrio muy elegante –observó, haciéndole dar un respingo.

Winnie entró y se volvió hacia él.

–Sí. Gracias a nuestro abuelo. La casa es de su propiedad.

Eros entró y cerró tras de sí mientras ella se quitaba el abrigo y lo colgaba en un perchero junto a la puerta. Luego lo condujo al

salón y le dijo.

–Puedes esperar aquí mientras le doy de comer a Teddy y lo acuesto. Es la hora de su siesta.

–¿Por qué le pusiste «Teddy»? –inquirió Eros.

–El nombre completo es Theodore; el segundo nombre de pila de mi padre –le explicó ella con aspereza–. Pero es un nombre demasiado serio para un niño pequeño, y por eso lo llamamos «Teddy».

Desoyéndola, Eros la siguió a la cocina, y la observó, de pie junto a la puerta, mientras sentaba a Teddy en su trona e iba de la nevera al microondas para calentarle el almuerzo.

El pequeño tomó su cuchara y se puso a comer, manchándose mucho más que de costumbre, como si estuviera queriendo presumir de que ya comía solo ahora que había un extraño delante.

–Imagino que tus hermanas cuidan de él cuando estás trabajando –apuntó Eros.

–Sí –Winnie lo miró preocupada–. Lo cuidan muy bien.

–Con un padre habría estado cuidado aún mejor.

Winnie inspiró profundamente para no perder los estribos, y se concentró en acabar de limpiar la bandeja de la trona y a Teddy antes de tomarlo en brazos.

–Permíteme… –intervino Eros, para su sorpresa, plantándose en su camino y tomando al pequeño–. ¿Por dónde se va a su cuarto?

–Está en el piso de arriba –musitó Winnie, y fue delante, aunque a regañadientes, para conducirle hasta allí.

Cuando llegaron al cuarto de Teddy y abrió la puerta, Eros entró y depositó a su hijo en la cuna antes de volverse hacia ella.

–Esto es una habitación de niña –criticó, mirando la cenefa rosa con dibujos de princesas que recorría las paredes.

–Es que aún no hemos podido redecorar –contestó Winnie.

La verdad era que sus hermanas y ella habían decidido no hacerlo por los gastos, y porque no estaban seguras de cuánto tiempo les permitiría su abuelo seguir viviendo allí.

Le quitó los zapatos y la sudadera a Teddy y lo arropó con una mantita antes de poner en marcha el móvil musical que colgaba sobre la cuna.

Luego cerró las cortinas y fue hasta la puerta, pero Eros se quedó junto a la cuna.

–¿Por qué está la cuna en medio de la habitación? –le preguntó.

–Porque si la pongo junto a algún mueble Teddy se apoya en ellos para salir de la cuna y me parece que aún es pronto para acostarlo en una cama. Habría que estar todo el tiempo pendiente

de él porque no querría quedarse acostado.

–Una niñera te ahorraría buena parte de esa carga –comentó Eros–. Debe de ser difícil para ti tener que trabajar y cuidar de él.

–No, porque cuento con mis hermanas –replicó ella. No quería darle pie a pensar que no estaba haciéndolo lo mejor posible como madre.

Eros la siguió al piso de abajo.

–Supongo que debería ofrecerte un café –le dijo Winnie con tirantez cuando entraron en el salón.

Eros enarcó una ceja y la miró con dureza.

–No, gracias. Mejor no perder el tiempo.

–Solo intentaba ser educada.

Eros se quitó el abrigo y se desabrochó la chaqueta. A Winnie se le secó la boca al entrever la silueta de sus firmes abdominales bajo la camisa y, azorada, se apresuró a apartar la vista.

–¿Por qué molestarnos en ser formales? –le dijo encogiendo un hombro–. No somos amigos, ni acabamos de conocernos.

–¿Qué es lo que quieres? –le espetó Winnie con ansiedad.

–Respuestas –respondió él–. Y vendré las veces que haga falta hasta que me las des.

Capítulo 3

RESPUESTAS? Lo que tengo es una pregunta para ti: ¿por qué no me dijiste que estabas casado? –exigió saber Winnie, furiosa por su negativa a admitir que la había engañado.

–Nunca me lo preguntaste –apuntó él, muy tranquilo.

A Winnie le entraron ganas de pegarle un puñetazo que lo mandara a la luna. Roja de resentimiento, apretó los puños. Sabía que no podía permitirse perder los estribos.

–¿Por qué iba a habértelo preguntado cuando a todas luces parecía que vivías solo y que no había ninguna mujer en tu vida? –le espetó ella–. ¡No tenía ni idea de que ya tenías una relación!

–Mi matrimonio no es un tema del que esté dispuesto a hablar contigo –le respondió Eros con arrogancia, y apretó la mandíbula–. Lo habría hecho hace dos años; pero ahora, dos años después, no creo que te deba ningún tipo de explicación.

Winnie apretó los dientes.

–¿Ah, no?, ¿eso crees? –exclamó, molesta por sus maneras provocativas.

–Conociste a Tasha, lo sé –reconoció él con aspereza–. Acabé descubriéndolo y me imagino que ese es el motivo por el que decidiste desaparecer de repente sin decirme nada.

–No te atrevas a decir eso como si te exculpara… ¡Nada disculpa el comportamiento que tuviste! –lo increpó furiosa–. ¡Y yo no te debo nada!

Eros la escrutó en silencio. Winnie seguía teniendo un gusto pésimo en el vestir, pensó. Siempre escogía colores apagados y ropa práctica, pero él conocía cada centímetro de su cuerpo, y podía entrever los cambios que la maternidad había provocado en él. A pesar de los leggins y la ancha sudadera que llevaba, saltaba a la vista que sus senos y sus caderas eran ahora más voluptuosos.

El recuerdo de sus cuerpos sudorosos entrelazados, de la pasión que habían compartido, hizo que se notase tirante de pronto la entrepierna del pantalón, y se mordió la lengua para no maldecirse

en voz alta por su falta de autocontrol.

Durante un tiempo la mera novedad que suponía esa pasión lo había obsesionado y, al darse cuenta de que apuntaba a una peligrosa debilidad de su carácter, se había negado a permitirse ir en busca de Winnie cuando se había esfumado de su vida.

No necesitaba el sexo; había aguantado años sin sexo y no había vuelto a dejarse vencer por la tentación tan fácilmente como le había ocurrido con Winnie. Ahora era libre, se recordó, pero la vieja creencia de que debía tener siempre bajo control su libido seguía fuertemente arraigada en él. Dar rienda suelta a esos impulsos era lo que había destruido la vida de su padre. Winnie le había hecho perder el control sobre sí mismo, y eso le inquietaba.

–Cuando menos, creo que merecía que me hubieras dicho que estabas embarazada –la increpó Eros con dureza.

–¡No, no tenía por qué decírtelo! –le espetó ella enfadada–. ¡Al engañarme me liberaste de esa obligación!

El entornó los ojos.

–Yo no te engañé. Para que haya engaño, debe ocultarse deliberadamente la verdad, y eso es algo que yo no hice. ¡No te conté ninguna mentira!

Winnie rebuscó en su mente el recuerdo de alguna para rebatirle, y el no ser capaz de encontrar ni una la airó aún más. Sus argumentos no podrían ser más capciosos ni más retorcidos…

–¡Pero sabías que yo ni siquiera sospechaba que pudieras estar casado! –replicó con amargura.

Eros ladeó la cabeza.

–¿Tú crees? Hay mujeres que no tienen problema en acostarse con hombres casados…

–¡Deja de jugar con las palabras! –lo interrumpió Winnie–. ¡Es lo que haces, obviando los hechos! Porque tú sabías que yo no era de esa clase de mujeres… ¡Sabías que no me habría acostado a sabiendas con un hombre casado!

Eros se encogió de hombros, sus facciones imperturbables, como si fueran de granito.

–Ninguna de esas tonterías importa ahora –replicó en un tono seco y tajante–. No pienso enzarzarme en una discusión sobre el pasado contigo. Agua pasada no mueve molino. La cuestión es que tengo un hijo y no me lo habías dicho. Centrémonos en eso en vez de en cosas que ya no podemos cambiar.

Winnie apartó la vista y se quedó callada un momento, perdida. Tenía razón en que no servía de nada discutir por lo que había ocurrido entre ellos dos años atrás, pero también era una manera de

negarle cualquier posible justificación para no haberle informado de su embarazo. Sus delgados hombros se tensaron y, cuando volvió de nuevo la cabeza hacia él, el brusco movimiento hizo que los mechones de cabello oscuro le azotaran las mejillas, encendidas por la frustración que sentía.

–Y ya que estamos, ¿cómo pudiste quedarte embarazada? –le preguntó Eros de sopetón–. Cada vez que lo hicimos tomé precauciones.

Al oír esa pregunta tan íntima, Winnie enrojeció de humillación y se alejó hasta la ventana, dándole la espalda momentáneamente. De pronto se encontró recordando, contra su voluntad, esos días, por la mañana temprano, en que al despertar notaba su miembro erecto apretado contra ella y, aún medio dormidos y presa del deseo, habían acabado sucumbiendo sin que ninguno de los dos se acordara de la necesidad de usar un preservativo.

–No, hubo veces en que lo pasaste por alto –le contestó de mala gana.

–Yo no recuerdo ni una sola vez –apuntó él.

–Pues debes de tener muy mala memoria, porque yo recuerdo al menos una docena de ocasiones en las que usar un preservativo era lo último que tenías en la cabeza. En la ducha, en la piscina, por la mañana temprano, cuando aún estábamos medio dormidos… –se obligó a decir Winnie escupiendo las palabras, como balas, con los dientes apretados–. De hecho, eras bastante descuidado, y yo me daba cuenta, pero no te decía nada. En vez de eso pensé empezar a tomar la píldora para evitar quedarme embarazada, pero para cuando fui a ver a mi médico para pedirle que me la recetara ya era demasiado tarde: estaba en estado.

–Deberías haberme llamado la atención –le espetó Eros con brusquedad.

Precisamente, el que hubiera sido tan descuidado debería haberle hecho darse cuenta de que aquello se le estaba yendo de las manos. Había llegado a sentirse demasiado cómodo con ella, hasta el punto de perder la cordura. Había sido un idilio de alto voltaje para el que no había estado preparado; no había contado con los riesgos y el alto coste que conllevaría. Se había comportado como un hombre sediento que, en su ansia por aplacar su sed, al ofrecerle una cantimplora bebiera sin parar, olvidándose de todo lo demás.

Winnie se volvió hacia él.

–¡No me vengas con esas! –lo increpó–. ¿Ahora va a resultar que tuve yo la culpa de haberme quedado embarazada?

–No tiene sentido buscar culpables a estas alturas –murmuró

Eros–. Lo hecho, hecho está. Y tenemos un hijo; un hijo para el que, por desgracia, soy un extraño. Cosa que debe remediarse de inmediato.

Winnie se puso rígida.

–¿Debe?

–Por supuesto que sí –insistió él, mirándola patidifuso, como si estuviese loca solo por sugerir lo contrario–. Teddy tiene que saber que soy su padre, y yo necesito conocerlo. Me gustaría pasar algo de tiempo con él mañana.

–No –respondió Winnie cortante, sin considerarlo siquiera.

Nunca había dejado a Teddy con nadie que no fueran sus hermanas.

–Por supuesto buscaré a una niñera cualificada para asegurarme de que Teddy esté bien atendido mientras esté conmigo –le dijo Eros–. Sé que tengo mucho que aprender como padre –admitió con una franqueza desconcertante–, pero con un poco de tiempo me pondré al día.

–¡No puedo creerme que de verdad tengas tanto interés en Teddy! –exclamó Winnie anonadada, viéndolo pasearse de un lado a otro frente a ella.

La gracia felina de sus movimientos atrajo como siempre su atención, y de pronto sintió que le faltaba el aliento. Los pezones se le habían endurecido, y una ola de calor afloró entre sus muslos. ¿Cómo conseguía provocar esa reacción en ella? ¿Cómo, cuando sabía que ya no le pertenecía? En realidad nunca había sido suyo, salvo en su imaginación, se recordó, apartando la vista de él.

–Obviamente, quiero poder tener trato con mi hijo, y espero poder hacerlo de inmediato –le dijo Eros abiertamente–. No permitiré que pongas ningún obstáculo.

–¿No lo permitirás? –repitió ella furiosa, sintiendo como si estuviesen acribillándola por todos lados.

–Estoy siendo franco contigo. Ya me has negado demasiado tiempo mis derechos como padre –razonó Eros–. Eso tiene que cambiar. Mañana vendré a por Teddy y me lo llevaré de paseo conmigo. Estará bien cuidado.

–Yo también iré –dijo Winnie–. No hace falta que busques una niñera.

–No –replicó Eros con decisión. Apretó los sensuales labios en una fina línea–. Preferiría poder pasar tiempo a solas con mi hijo sin que tú interfieras.

–¡Es demasiado pequeño! –le espetó Winnie con fiereza–. Nunca ha estado lejos de mí.

–Pues entonces va siendo hora de que lo animes a ser independiente.

–¡No es más que un bebé! –gimió Winnie.

–No le pasará nada. Es mi hijo, mi familia. De hecho, es la única familia que me queda –apuntó Eros con voz ronca–. No te quepa duda de que cuidaré bien de él.

–¡No puedes excluirme! –lo acusó Winnie.

Eros enarcó una ceja, desafiante.

–¿No es eso lo que tú me has hecho a mí? –le espetó–. He sido excluido de la vida de mi hijo en todos los aspectos desde el día en que nació. Esa situación no puede continuar, así que tendrás que aceptar la realidad.

–¡No tengo que aceptar nada de ti! –replicó Winnie con vehemencia.

No sabía cómo habían pasado tan deprisa de remover cuestiones del pasado a esa exigencia de tener acceso a su hijo sin la menor supervisión.

Pero ese era el quid de la cuestión, concluyó Winnie, ya tarde. Teddy era hijo de los dos, no solo suyo, ni de él. Era la primera vez que afrontaba la desagradable realidad de que no tenía plenos derechos sobre su hijo, y fue como un jarro de agua fría, que hizo que afloraran otras preocupaciones e inseguridades.

Eros estaba entrometiéndose, estableciendo sus límites y haciendo exigencias. No era la clase de hombre que se quedaría a un lado, pacientemente, y esperaría a que decidiera reconocerle sus derechos como padre.

–Tienes que aprender a compartir a Teddy –le dijo Eros–. Y podrías empezar por ser justa al juzgarme. ¿Por qué das por hecho que no cuidaré de mi hijo tan bien como tú?

–Yo no he dado eso por hecho –repuso Winnie, nerviosa–. Solo estoy advirtiéndote de que, por muy bien que cuides de él, Teddy se sentirá incómodo estando lejos de mí, y te costará manejarte con él.

–Me parece que te gustaría que fuera eso lo que pasara, que no consiguiera manejarme con él –dedujo Eros–, pero yo no veo ningún problema.

–¿Has cuidado alguna vez de un niño tan pequeño? –le preguntó Winnie, espoleada por esa desbordante confianza en sí mismo que demostraba.

–No. Soy hijo único, y de mis amigos no hay muchos que hayan sido padres aún –admitió Eros a regañadientes–. Pero con una niñera que me indique lo que tengo que hacer, estoy seguro de que podré arreglármelas.

–Teddy está en una edad en la que los niños son impredecibles –le advirtió Winnie–. Muchas veces le entran berrinches y puede pasar en segundos de una rabieta al llanto.

–Puede que mi hijo necesite el influjo de una persona más estable y responsable para que eso cambie –murmuró Eros, como si las rabietas de un niño fueran la consecuencia de una educación inadecuada.

Winnie enrojeció de ira por esas críticas solapadas.

–Como tú mismo has dicho, tienes mucho que aprender sobre los niños –le espetó.

Se preguntaba si era una arpía por desear que Teddy se pusiera insoportable con él y le enseñara cómo era tener que bregar con un niño con un carácter tan volátil.

–Y mañana por la tarde, cuando te traiga a Teddy de vuelta, cenaremos juntos y discutiremos, como adultos razonables, cómo manejaremos este asunto –decretó Eros.

Winnie apretó los labios. Si quería ver a Teddy con regularidad, suponía que no le quedaba más remedio que llegar a un acuerdo que fuese aceptable para los dos. Pero… ¿cómo podría tragar con eso cuando le angustiaba la sola idea de tener que separarse unas horas de Teddy al día siguiente? Sabía que se pasaría todo el tiempo preocupada por él.

–Tendremos que dejar esa cena para otro día –le dijo, no sin cierta satisfacción–. Mañana por la noche tengo que trabajar.

–Pues yo me marcho a Nueva York pasado mañana, y estaré fuera al menos una semana, así que a mí no me viene bien posponerlo –le contestó Eros–. O pides que te den la noche libre, o llamas para decir que estás enferma. Tú verás.

–No haré nada de eso. No voy a fallarle a mis jefes.

–¿Sabes cuál será el próximo paso que daré? –le dijo Eros muy serio–. Consultaré a mi abogado acerca de mi posición legal con respecto a Teddy. Y tú no estás en disposición de ponerme las cosas difíciles. Tenemos que discutir los términos de un acuerdo, y pronto.

Las facciones de Winnie se tensaron. Estaba intimidándola; estaba tratando de forzarla a ir en una dirección en la que ella no quería ir.

–¿Me estás amenazando? –le preguntó, sintiéndose como una oveja azuzada hacia el redil por un perro pastor.

–No, estoy siendo sincero –replicó él–. Estoy impaciente por poder formar parte de la vida de mi hijo, y te aconsejo que no te interpongas en mi camino. Es natural que un padre quiera tener una

relación normal con su hijo.

–¡Pero es que a mí ese gran interés tuyo me pilla completamente de nuevas! –protestó ella acaloradamente.

–Mira, Winnie, tu actitud vengativa acaba aquí y ahora –masculló Eros, plantándose ante ella en un par de zancadas.

Winnie levantó la cabeza para mirarlo. Hasta ese momento había olvidado, de algún modo, lo alto que era en comparación con ella. Además, estaba demasiado cerca, y el olor de su cara colonia invadía sus fosas nasales.

–¿De qué diablos estás hablando? –le preguntó, patidifusa–. ¿Vengativa? –repitió con incredulidad.

–Cuando descubriste que estaba casado, decidiste castigarme ocultándome que iba a tener un hijo –le espetó con una sonrisa amarga.

–¡Eso es ridículo! –replicó Winnie, anonadada–. ¡No soy esa clase de persona!

–Creíste que el hecho de que fuera un hombre casado era una excusa válida para excluirme de la vida de Teddy. Pero no lo era, y no pienso transigir con esa actitud. Tienes que adaptarte a las circunstancias.

–¿Y qué hay de tus circunstancias? ¿Cómo se va a tomar tu esposa todo esto? –quiso saber Winnie–. ¿Cómo crees que reaccionará a que dejaras embarazada a otra mujer?

–Ya no tengo ninguna esposa. Hace tiempo que me divorcié –le informó Eros en un tono grave–. Lo que concierne a Teddy es algo entre tú y yo y nadie más.

Winnie, que había dado por hecho que seguía casado, estaba atónita. Desde que había descubierto que estaba casado, había reprimido el impulso de buscarlo en Google para indagar acerca de su matrimonio o saber cómo le iban las cosas. Pertenecía a otra mujer, se decía cada vez, lo que hiciera o dejara de hacer en su vida privada no era asunto suyo, y jamás debería haberlo sido. Además, buscar información sobre él no habría hecho sino alimentar su añoranza.

Se había sentido demasiado avergonzada de su comportamiento, de haberse acostado con el marido de otra mujer como para permitirse nuevas tentaciones. Su pecado no había sido intencionado, y había surgido de la ignorancia, pero el sentimiento de culpa por ese error había pesado todo ese tiempo sobre su conciencia.

De hecho, ese idilio con Eros la había llevado a controlar de una forma obsesiva todos sus pensamientos. Había aprendido a no

apresurarse a juzgar a otros por sus errores. Había aprendido que, cuando se enamoraba, podía ser tan débil e imperfecta como la más tonta de las mujeres. Eran lecciones que habría preferido no tener que aprender.

Winnie no había vuelto a respirar tranquila hasta que Eros se había marchado, dejándola a merced de las inseguridades y el estrés que la embargaban. Eros siempre había tenido la habilidad de sorprenderla y de desbaratar la fachada de calma y autocontrol con que se protegía, dejando al descubierto a la mujer vulnerable que había tras esa máscara.

De pronto se encontró recordando el primer beso que habían compartido. Eros había estado fuera un par de semanas, y al llegar había entrado en la cocina para saludarla y había insistido en que se tomara de nuevo una copa de vino con él. Su sentido común ya la había hecho cuestionarse aquella familiaridad en su ausencia. Una empleada no debía permitirse un trato demasiado amistoso e informal con su patrono, se había dicho con tristeza, y había empezado a pensar en una manera educada de rehusar.

Y entonces Eros, que había entrado en la cocina en su busca, todo impaciencia, rebosante de energía, le había regalado esa sonrisa cálida que hacía que el corazón le latiese tan deprisa que se sentía sin aliento.

Ella estaba balbuciendo una excusa, cuando de pronto, sin previo aviso, Eros la había levantado del suelo por la cintura, como si fuese una muñeca, y sus labios se habían abalanzado sobre los de ella, besándola con un ansia que había hecho que su cuerpo estallara en llamas.

El estómago se le había llenado de mariposas, y se había sentido en una nube hasta que había vuelto a dejarla en el suelo lentamente, haciendo que su cuerpo se frotara sensualmente contra cada centímetro del de él. Y en ese momento había notado, a pesar de la ropa entre ambos, lo excitado que estaba Eros.

–No sabes cuánto te deseo… –había murmurado este–. Y cuánto te he echado de menos. Nunca había añorado tanto a una mujer.

Aquella sencilla confesión era lo que la había seducido, porque ella también lo había echado de menos. Había añorado esos breves momentos de paz y tranquilidad a solas, en su compañía.

En vez de dar un paso atrás, en vez de hacer uso de su buen juicio, finalmente se había sentado a tomarse esa copa con él mientras Eros cenaba, y había compartido el postre con él. Y cuando se hizo tarde, cuando ya hacía rato que debería haberse ido a la cama, se había levantado de la silla, pero él se había levantado

también.

–Quédate conmigo esta noche –la había instado Eros, y la había besado de nuevo.

Esa había sido la primera vez que había subido al piso de arriba en aquella casa y que había entrado en la habitación de Eros, temblorosa y cuestionándose lo que iba a hacer, aun cuando la consumían el deseo y la impaciencia por experimentar finalmente lo que se sentía al hacer el amor.

Después de aquello no había habido vuelta atrás. Había sido una pusilánime, enamorándose y otorgándole a Eros más importancia en su vida de la que él le había otorgado a ella. Ahora, al echar la vista atrás, tenía la impresión de que Eros no había hecho sino aprovecharse de ella porque se había ofrecido a él en bandeja. Incluso era posible que le hubiera excitado la idea de hacerle perder la virginidad porque había sabido o intuido desde el principio que no tenía experiencia alguna. Incluso la había tranquilizado cuando ella, nerviosa, se lo había confesado.

Pero jamás podría haberse imaginado lo increíble que era el sexo, ni lo cerca que se había sentido de Eros después de hacer el amor con él. De hecho, desde esa noche se había encontrado a merced de sus emociones y la había abandonado por completo el sentido común.

Las hermanas de Winnie volvieron del trabajo ansiosas por saber cómo había ido su reencuentro con Eros. Zoe adoptó una postura optimista, opinando que era bueno que hablaran, y le parecía un signo positivo que Eros mostrara tanto interés por formar parte de la vida de su hijo.

–Pero ¿cuáles son sus intenciones? –inquirió Vivi, con la suspicacia que la caracterizaba.

–Supuestamente lo que él dice: conocer a Teddy, pasar tiempo con él… –apuntó Winnie mientras iba de un lado a otro de su dormitorio, preparándose para irse al trabajo–. ¿Qué otra intención puede tener si no?

–A mí me parece la clase de hombre que piensa solo en sí mismo –apuntó Vivi–. ¿Que qué otra intención puede tener? Yo creo que hay algo que ignoramos. Esto no me parece algo casual. ¿Sabe que nuestro abuelo es Stam Fotakis?

–No hablamos de eso, pero se lo mencionaré mañana, para ver cómo reacciona –dijo Winnie, y añadió apesadumbrada–: ¿Cómo voy a dejar que Teddy se vaya con él y con una niñera a la que ni

siquiera conozco?

–Con mano izquierda y una sonrisa valiente –le dijo Zoe con tristeza–. Confiemos en que la niñera al menos tenga experiencia…

–¡Mamá…! ¡Mamá…! –gimió Teddy lastimosamente.

Lo repetía una y otra vez, protestando con que no era un bebé cuando la niñera y él intentaban convencerlo para que se sentara en el cochecito. Esas eran prácticamente las únicas palabras que le había oído decir a su hijo, aparte de «¡No!», que parecía ser su palabra favorita.

No paraba de chillar y, ajeno a la gente que los rodeaba, estando como estaban en plena calle, se tiró al suelo y empezó a patalear, llamando de nuevo a su madre. Y la niñera, contra la que se revolvía si intentaba levantarlo, no parecía haberle caído muy en gracia.

Lo único bueno de que desconfiara de ella fue que, cuando él consiguió levantarlo del suelo y la niñera intentó tomarlo de sus brazos, Teddy se aferró a él, que no le era un completo desconocido, como si le fuese la vida en ello. Y, poniendo en la balanza lo positivo, al menos le habían encantado los monos del zoo, y sabía que le gustaban el chocolate y los columpios.

Era un chico listo, lleno de energía, aunque también temperamental. Además, estaba tan unido a su madre, que le estaba obligando a replantearse sus planes de impugnar, si legalmente tuviera visos de ganar la demanda, la custodia única de la que disfrutaba Winnie.

Ahora se daba cuenta de que Teddy no sería feliz si lo privara de su madre, aunque solo fuera unas horas. Estaba claro que la solución no pasaba por la custodia compartida. Teddy necesitaba como el aire a Winnie, que era el centro de su vida y quien le aportaba seguridad, y lo último que él querría sería hacer daño a su hijo.

¿No habría pecado de revanchismo al considerar siquiera la posibilidad de separar a Teddy de su madre?, se preguntó mientras regresaban, para dejar al pequeño de nuevo con Winnie. Tendría que cambiar su actitud y, por el bien de su hijo, considerar una solución que jamás habría imaginado que tendría que llegar a plantearse… el matrimonio.

Teniendo en cuenta su experiencia en ese terreno, la sola idea del matrimonio hacía que le entraran sudores fríos. No, no quería volver a casarse. De hecho, se había jurado que jamás volvería a

casarse puesto que ya no le quedaba familia alguna a la que complacer, ni tenía el menor deseo de tener hijos. No le había importado qué pudiera ser de su imperio empresarial cuando él ya hubiera muerto. Nunca había sido tan vanidoso como para aspirar a ser siquiera una nota al pie en las páginas de la Historia. Y entonces, al descubrir que tenía un hijo, todo –sus expectativas y sus metas– había cambiado radicalmente de la noche a la mañana.

–Pronto estarás con mamá –tranquilizó a Teddy cuando su hijo dejó escapar un sollozo que amenazaba con ser el preludio de otro berrinche.

–Parece que está muy unido a ella –observó la niñera.

–Es demasiado pequeño para separarlo de ella –dijo Eros.

Debería haber escuchado a Winnie, en vez de haber dado por hecho, de forma tan arrogante, que era una egoísta y que solo pretendía interponerse entre su hijo y él.

–Pero solo con que socialice un poco debería mejorar –opinó la niñera–. La compañía de otros niños le haría mucho bien.

–Ya veremos.

Eros se obligó a replantearse desde un ángulo distinto la surrealista propuesta que le había hecho Stam Fotakis. Podía pasar sin recuperar la isla de Trilis, pero no soportaría no poder formar parte de la vida de su hijo. Pero, por otra parte, ya que parecía que casarse con Winnie sería la única manera de poder ver cada día a Teddy, ¿por qué no reclamar Trilis, ya que era parte del acuerdo?

Aun así, se negaba a casarse con Winnie con las condiciones que su abuelo le había impuesto, como un mero preludio a otro divorcio. Si se casara con ella, tendría que ser un matrimonio de verdad, y tanto su esposa como su hijo vivirían con él. ¿Cómo se sentiría Winnie respecto a esa opción?

¿Y acaso importaba? A él le gustaba ganar, y no tenía la menor intención de aceptar mansamente las absurdas exigencias de un anciano y renunciar a su hijo. Por lo que había oído, Stam Fotakis había sido un padre pésimo con sus dos hijos, y no quería que él se ocupara de Teddy.

Y si había algo en aquel matrimonio que le compensara el perder su libertad, la cosa era distinta, se dijo pensativo. Si en el paquete entraran Teddy, Winnie, y la isla de Trilis, estaría dispuesto a considerarlo. Se preguntó, incómodo, hasta qué punto tendría que presionar a Winnie para que accediera a aquel plan, pero apartó a un lado sus remordimientos, recordándose que se lo merecía por haberle negado el derecho a conocer siquiera a su hijo…

Capítulo 4

CÓMO me veis? –les preguntó Winnie a sus hermanas.

–Asustada –contestó Vivi a las bravas.

Winnie se repasó las palmas sudorosas por las caderas y se miró nerviosa en el espejo. El vestido que había elegido era de color burdeos, y lo había comprado para el viaje que habían hecho a Grecia para conocer a su abuelo. La tela elástica se ajustaba a sus curvas, dejando entrever cada centímetro de más. Y había unos cuantos, se dijo con pesar, porque aún tenía perder los kilos de más que había ganado durante el embarazo. Las largas horas de trabajo, el estrés y las comidas desordenadas y a deshoras habían desbaratado una y otra vez sus intenciones de volver a su peso.

–Me veo gorda –murmuró.

–No es una cita –apuntó Vivi.

–Y no estás gorda –protestó Zoe–. Lo que pasa es que eres bajita y tienes curvas. Y además es evidente que a él eso le gusta, o no habría…

–¡Da igual lo que le guste! –la interrumpió Vivi–. Si intenta ponerte un dedo encima, tú chilla a pleno pulmón, Winnie.

–Vivi… –la reprendió Winnie con suavidad. Irónicamente, el dramatismo de su hermana la tranquilizó–. Eros y yo apenas nos hablamos; dudo mucho que vaya a intentar propasarse conmigo. No se trata de eso.

–Bueno, pero ten cuidado de a qué accedes –le advirtió su hermana–. No queremos perder el poder pasar con Teddy los fines de semana solo porque tú trabajas.

–Esta noche no me comprometeré a nada. Le pediré tiempo para pensarme cualquier sugerencia que haga.

–No vuelvas tarde. Mañana tenemos que levantarnos temprano –le recordó Zoe.

Al día siguiente las tres iban a tomar un tren para ir a ver a John y a Liz, como hacían todos los meses. Su abuelo había pagado la hipoteca de la pareja para evitar su desahucio, pero se había negado

a poner la propiedad a nombre de John y Liz hasta que sus hermanas y ella aceptaran sus condiciones y se casasen. Winnie reprimió un suspiro de preocupación y se calzó los brillantes zapatos de tacón que Zoe le había prestado. Estaban sin usar porque, aunque a su hermana le encantaban las cosas brillantes, para que asistiera a algún evento social había que arrastrarla a punta de pistola.

Winnie pensó, entristecida, en las dificultades financieras que habían llevado a los Brook a la ruina. Después de que John sufriera un infarto, habían empezado a tener problemas de dinero por los gastos médicos, y el negocio de John, que era fontanero, también se había resentido, lo que había hecho que tuvieran que pedir préstamos. Y, aunque John ya se había recuperado por completo, no habían sido capaces de mantenerse al día con los pagos de la hipoteca, y habían visto abocados a perder su hogar. se

Winnie se recordó que, gracias a su abuelo, ya no tenían esa preocupación. Se despidió de sus hermanas y salió de la casa para subir al taxi que estaba esperándola. Eros la había telefoneado para decirle, con esa voz aterciopelada y profunda, que irían a recogerla. Sin saber por qué, de repente se encontró recordando las veces que, dos años atrás, Eros la había llamado cuando estaba fuera, de viaje, y le había susurrado palabras tiernas. En realidad lo suyo apenas había durado unos meses. Y para él no había sido más que un idilio sin importancia, se dijo con impaciencia, negándose a idealizar lo que habían compartido. Habían sido más de dos meses, sí, y habían pasado juntos muchos fines de semana, pero a menudo Eros se había ausentado por viajes al extranjero.

El taxista la dejó frente a un moderno bloque de apartamentos. Mientras subía hasta el ático en el ascensor, se notó la seca boca ante la idea de volver a ver a Eros. ¡Qué tontería!, se reprendió irritada, solo era el hombre con el que había concebido a Teddy; nada más.

Un sirviente le abrió la puerta y la hizo pasar a un inmenso y diáfano salón con baldosas de piedra caliza, escasamente amueblado y adornado con obras de arte moderno. Le entregó al sirviente su abrigo y su bufanda y este la dejó sola. Miró a su alrededor con curiosidad, sorprendida de que Eros viviera en un apartamento tan moderno. Su casa de campo, donde había trabajado, era de estilo georgiano y, al contrario que aquel apartamento, estaba decorada y amueblada en un estilo muy tradicional. Claro que ahora estaba divorciado y volvía a ser soltero, se recordó, y era perfectamente posible que aquella casa de campo

la hubiera comprado para darle gusto a su esposa.

Pero… ¿dónde había estado su esposa esos dos meses que ella había estado trabajando para él? Apretó los dientes y reprimió su curiosidad, reprendiéndose por dejar que su mente se dispersase de esa manera. No podía permitírselo, ni tampoco le convenía hurgar en las heridas del pasado cuando Eros, astuto como era, estaría presto a aprovecharse de sus debilidades.

–¿Te apetece beber algo antes de cenar? –preguntó este detrás de ella.

Winnie se volvió sobresaltada, y se tambaleó por culpa de aquellos zapatos con tanto tacón que se había puesto para parecer más alta… y más esbelta.

Eros alargó el brazo para evitar que perdiera el equilibrio, y cuando sus largos dedos apretaron la curva de su cadera pensó que sus esfuerzos habían sido en vano porque en ese momento ya habría notado que estaba más entrada en carnes. Los kilos de más no se podían ocultar.

–Eh… Bueno, gracias… –balbució incómoda, apresurándose a dar un paso atrás para apartarse de él.

Eros, que momentos antes se había quedado hipnotizado por lo sexy que era su figura de espaldas, volvió a quedarse embobado ahora que la tenía de frente. El vestido que llevaba resaltaba sus perfectas curvas de violín, unos pechos bien formados, una cintura minúscula y un trasero glorioso. Sí, estaba más rellenita, pero esos kilos de más la hacían más sexy y voluptuosa.

Azorada por la intensidad con que estaban escrutándola sus ojos verdes, Winnie se apartó un mechón de la frente.

–Te has dejado el pelo más largo –observó Eros.

–Es que estoy demasiado ocupada como para ir a la peluquería –se excusó ella, mirándolo a hurtadillas, por temor a que la pillara mirándolo.

Porque… ¿cómo no iba a mirarlo? Estaba guapísimo. Llevaba unos vaqueros de firma, que marcaban sus estrechas caderas y el contorno de cada músculo de sus largas piernas, y una camisa gris perla que hacía destacar sus anchos hombros y su torso esculpido. Era tan varonil…

Cuando le sirvió una copa de vino y se la tendió, Winnie la tomó, agradecida por tener algo con lo que ocupar sus manos.

–Teddy es un chico estupendo –comentó Eros, sorprendiéndola con ese cumplido.

Winnie asintió, y acertó a esbozar una sonrisa.

–Yo también lo creo –dijo, y contrajo el rostro por esa boba

respuesta.

–Y obviamente los dos queremos lo mejor para él y queremos que sea feliz –añadió Eros.

–Sí, bueno, el infierno está lleno de buenas intenciones –masculló Winnie–. Por favor, no agobies a Teddy. Deja que te vaya conociendo poco a poco. Los niños a esa edad no se adaptan bien a los cambios repentinos en su rutina.

–Eso será difícil. Paso la mayor parte del año en Grecia –le contestó Eros, y se giró al ver que el sirviente había aparecido en el umbral de la puerta–. Ah, creo que ya está la cena.

Pasaron al comedor y se sentaron a la mesa, bellamente dispuesta.

–Antes pasabas la mayor parte del año en Londres –observó Winnie, bajando la vista a su entrante, que tenía una presentación exquisita.

Los nervios siempre le hacían perder el apetito, pero parecía que no afectaban a la atracción que sentía por Eros. Era algo que no reconocería en voz alta, pero tampoco lo podía negar. De hecho, cuando alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de él, sintió que el estómago se le llenaba de mariposas, como a una adolescente, y se sonrojó, irritada consigo misma, mientras volvía a bajar la vista al plato.

–Pero ahora tengo mi base de operaciones en Grecia –le explicó Eros–. Por eso no podría pasar mucho tiempo aquí, con mi hijo.

Winnie se puso tensa. Eso no era problema suyo.

–Pues es una lástima –contestó, sin saber qué decir.

–Pero no es algo que no se pueda arreglar… –murmuró Eros.

–Qué bien… –se apresuró a decir ella, a pesar de que sus palabras la escamaban, como una amenaza invisible.

La amenaza era él, por supuesto, el Eros viril, poderoso, arrogante, que esperaba que todo fuese como creía que tenía que ser, y que detestaba todo aquello y a todo aquel que se interpusiera en su camino.

–¿Y quién te cocina ahora? –le preguntó Winnie con una sonrisa, en un intento por cambiar de tema.

Eros conseguía que cualquier cosa que decía sonara tan ominosa que se le erizaba el vello.

–Esta noche he pedido que la trajeran de uno de mis restaurantes favoritos –le contestó él–. No estoy aquí el tiempo suficiente como para pagar un cocinero permanente –le explicó.

Ya estaba Eros tomando las riendas de nuevo…, pensó Winnie con cierto dramatismo. Hábilmente había vuelto a sacar el espinoso

tema de sus raras visitas a Londres, que ella estaba intentando evitar.

–No sé si sabrás quién es mi abuelo paterno, Stamboulas Fotakis –le dijo ella. No iba a caer en la trampa de asumir la culpa de que él no pudiera ver con regularidad a su hijo–. Hasta hace muy poco mis hermanas y yo no lo conocíamos.

La expresión de Eros permaneció inescrutable.

–¿Quién no ha oído hablar de Bull Fotakis? –comentó mientras su sirviente les retiraba los platos–. Es una leyenda de nuestro tiempo. ¿Cómo es que no mencionaste hace dos años vuestro parentesco?

Winnie tomó un sorbo de su copa.

–Para serte sincera, jamás se me pasó por la cabeza mencionártelo. Entonces, como te digo, aún no lo habíamos conocido, ni teníamos contacto alguno con él. Nuestro padre y él no se hablaban.

El sirviente regresó con el plato principal y les sirvió más vino antes de retirarse de nuevo.

–No teníamos otros parientes, y cuando nuestros padres murieron mis hermanas eran aún muy niñas –continuó Winnie–. Cuando les hablé de él se mostraron curiosas y ansiosas por conocerlo. Le estamos muy agradecidas por la vivienda que nos ha proporcionado.

Las atractivas facciones de Eros se tensaron.

–Es a mí a quien le corresponde manteneros a mi hijo y a ti, no a tu abuelo –le dijo con rudeza.

Sería un jugador de póquer estupendo, pensó Winnie con ironía. Su rostro no había dejado entrever nada cuando le había preguntado si sabía quién era su abuelo, y lo único que había conseguido era que volviera a darle la vuelta a la tortilla.

–Sin ánimo de ofender, ese es un punto de vista un tanto anticuado –le dijo Winnie desafiante, antes de tomar otro sorbo de vino, pues tenía la boca seca.

–Pues sí, sí que me ofende –les espetó Eros. Sus ojos echaban chispas–. Mi hijo, y la madre de mi hijo son responsabilidad mía. Única y exclusivamente. No hay nada de anticuado en esa convicción. Hasta la ley me respaldaría. Debería ser yo quien os mantuviera.

Winnie palideció, y su apetito disminuyó aún más con esa mirada escrutadora fija en ella.

–No discutamos –murmuró incómoda, intuyendo que pretendía persuadirla para que aceptara ayuda económica por su parte.

–Estoy seguro de que encontraremos mucho sobre lo que discutir –le dijo Eros.

Su aparente indiferencia ante esa perspectiva hizo que a Winnie se le cayese el alma a los pies. No le gustaban los conflictos, y no quería que su hijo se convirtiese en el centro de ninguno.

–Come –la instó Eros.

–¿Por qué esa insistencia en ser parte de la vida de Teddy? –le preguntó ella, armándose de valor.

–Mi padre se divorció de mi madre cuando yo tenía ocho años, y después de eso apenas lo vi –le explicó Eros, desconcertándola con esa confesión–. Volvió a casarse. Mi madrastra no quería hijos y al cabo su matrimonio también se fue al traste. Después de dejarnos a mi madre y a mí la vida que llevó mi padre fue bastante caótica. No tenía el tiempo ni las energías necesarias para seguir ejerciendo de padre. Cuando cumplí los dieciocho y supe que se estaba muriendo, era como un extraño para mí.

Winnie contrajo el rostro.

–Lo siento. No tenía ni idea.

–Bueno, quizás ahora comprendas por qué me parece tan importante poder ser parte activa en la vida de mi hijo, por su bien –murmuró con expresión grave.

–Sí, lo comprendo –concedió ella a regañadientes–. Comprendo que la ausencia de tu padre en tu vida te marcara.

–Por suerte para mí, cuando estaba montando mi primer negocio conocí a un empresario retirado, Filipe, que se convirtió en mi mentor y me disuadió de inversiones imprudentes –añadió Eros–. Sin su ayuda mi proyecto habría quedado encallado. Fue para mí el padre que nunca tuve, porque el mío fue un egoísta que estaba siempre demasiado ocupado. No quiero que mi hijo me vea de esa manera cuando crezca.

–Por supuesto que no –asintió Winnie, apartando su plato.

No podía creerse que la hubiese dejado asomarse a su pasado por esa pequeña rendija; a Eros no le gustaba hablar de sí mismo. Dos años atrás, cuando ella le había hecho alguna pregunta indiscreta, le había respondido con evasivas o se había salido por la tangente, y cada vez que había insistido se había cerrado en banda, quedándose en silencio.

Él se había resistido obstinadamente a su ansia por saberlo todo sobre él, aunque ahora sospechaba que podría haber sido por temor a que se le fuera la lengua y le contara, sin querer, que estaba casado. Jamás la convencería de que no había guardado aquello en secreto intencionadamente.

El sirviente les llevó el postre, y observó divertida a Eros mientras paladeaba el suyo con placer. Siempre había sido muy goloso, aunque solo tomaba dulces en la cena, y sabía que iba al gimnasio con regularidad para mantenerse en forma.

Cuando hubieron acabado de comer, Eros la condujo de nuevo al salón, llevándose las copas de ambos y la desazón volvió a apoderarse de Winnie mientras lo seguía. Estaba segura de que estaba a punto de exponerle sus exigencias con respecto a su hijo.

Eros abrió las puertas del balcón y salieron al jardín de la azotea. Cuando le devolvió su copa, Winnie la tomó, aferrándose a ella como un salvavidas, y tomó asiento en uno de los sillones de mimbre mientras él se apoyaba de espaldas contra la balaustrada, ajeno a la ligera brisa que revolvía su cabello rizado.

–He llegado a la conclusión de que deberíamos casarnos –murmuró de sopetón–. Resolvería todos nuestros problemas y así los dos podríamos estar con Teddy.

Sus palabras dejaron helada a Winnie, que se quedó mirándolo con unos ojos como platos. No sabría decir por qué, pero tuvo la impresión de que lo que acababa de expresar no era un capricho, sino algo que de verdad quería, algo muy importante para él. No podía ser por el sexo, ni porque sintiera nada por ella, se dijo. La había dejado marchar dos años atrás y no había hecho el menor intento por volver a verla. Para él no había sido más que un entretenimiento pasajero, no una mujer a la que necesitara o que le importara.

–¿Por qué piensas que deberíamos casarnos? –le preguntó, con la garganta seca por el estrés y la confusión.

–Por Teddy –respondió él, encogiéndose de hombros–. Tenemos que pensar en lo que es mejor para él.

–¡Eso es ridículo! –objetó Winnie–. Hay montones de parejas que hacen vidas separadas y comparten la custodia de sus hijos y les va de maravilla.

–¿Y cómo esperas que hagamos eso cuando yo vivo en Grecia? –le espetó Eros.

–Eso no es problema mío –contestó ella vacilante–. ¿No podrías empezar a pasar más tiempo aquí, en Inglaterra?

–Acabo de pedirte que te cases conmigo –le recordó Eros con aspereza–. ¿No crees que deberías mostrarte un poco más cortés?

Winnie enrojeció de ira y la invadió una sospecha. Ya entendía lo que estaba pasando… ¿No acababa de decirle que su abuelo era uno de los hombres más ricos del mundo? Estaba claro que a sus ojos se había convertido en una esposa apetecible ahora que ya no

era solo una cocinera sin un penique.

–No, no lo creo –replicó ella–. ¡Hace dos años no me habrías pedido matrimonio ni a tiros!

–Difícilmente podría haberlo hecho sin que me hubieran juzgado por bígamo –contestó él con sarcasmo–. No era libre de proponértelo, y no sabía que estabas embarazada. Pero ahora tenemos que pensar en Teddy, y me gustaría que mi hijo llevara mi apellido.

–¡Con el mío le basta y le sobra! –exclamó Winnie acaloradamente–. Sabes muy bien que en realidad no quieres casarte conmigo, Eros. Solo soy una mujer con la que te acostaste y que inoportunamente se quedó embarazada.

Eros ignoró sus palabras.

–Quiero que mi hijo viva conmigo, pero sin ti no podrá ser.

La ira de Winnie se aplacó y bajó la vista, herida por su rechazo.

–Ah, vaya, muchas gracias –respondió con aspereza.

–¡Por amor de Dios…! –gruñó Eros, lleno de frustración–. ¡Eso no significa que no quiera casarme contigo!

Winnie se levantó y dejó la copa en la mesa que había junto al sillón.

–¡Pues quizá, y solo quizá, señor Ego, sea yo la que no quiera casarse contigo! –le espetó.

–No me llevaría ni cinco minutos demostrarte que eso no es cierto –masculló él, desafiante–. Deja que te enumere las muchas razones por las que deberíamos casarnos.

–¡Venga ya!, no sigas… –le cortó Winnie con desdén–. ¿Por qué no empiezas por admitir que ni se te habría pasado por la cabeza pedírmelo si no te hubiera dicho que soy nieta de Stam Fotakis?

Eros, que se quedó mirándola aturdido, palideció, y sus facciones se tensaron.

–¿De verdad crees que quiero casarme contigo por el dinero que un día heredarás? –murmuró, entre incrédulo e indignado.

No, decididamente no era un cazafortunas, se dijo Winnie. Nadie podría fingir esa reacción. Mejor retirarse a tiempo, antes de que acabasen llegando a las manos.

–Creo que debería irme a casa –dijo dándose la vuelta.

Pero antes de que pudiera volver dentro Eros la agarró de la mano y la hizo girarse hacia él.

–Esto no tiene nada que ver con que pertenezcas a la familia Fotakis –le dijo, clavando los ojos en ella–. Esto es entre nosotros.

–No, no lo es –replicó ella. Tenía la boca seca por lo tensa que estaba–. Esto va de que quieres llevarte a Teddy y para eso tienes

que contar conmigo, y según parece sacar el mayor provecho posible de un mal negocio.

–¡Por amor de Dios! ¿Has perdido el juicio? –casi rugió Eros–. Quiero casarme contigo.

–¡Si tuvieras tanto interés habrías venido a buscarme hace dos años! –le espetó Winnie, sin poder evitar que sonara a acusación.

–Estaba casado. Lo nuestro no estaba bien. Por eso no intenté ponerme en contacto contigo cuando te fuiste –replicó él con fiereza–. No quería sentirme tentado de retomar nuestro idilio.

–¡Pues es una pena que no pensaras así cuando nos conocimos! –lo increpó Winnie–. ¡Los dos estaríamos mejor si hubieras hecho lo correcto desde el principio!

–Pero ahora no tendríamos a Teddy –apuntó Eros.

Eso no se lo podía discutir.

–Y ahora que lo he conocido –añadió Eros–, no cambiaría nada de lo que hice, aunque pudiera.

Muy consciente de la mano que la tenía agarrada por la muñeca, y de los dedos que le acariciaban lentamente el brazo, como para tranquilizarla, Winnie dejó caer la cabeza. Sabía que, a pesar de la tristeza que Eros le había causado, jamás desearía que Teddy no hubiese nacido. El pequeño había traído tanto amor, tanta luz y tanto consuelo a su vida… Eros le había roto el corazón, sí, pero Teddy había curado sus heridas, la había ayudado a centrarse y le había dado la fuerza necesaria para reconstruir su vida.

–No sabes cómo te deseo… –le dijo con voz ronca, levantándole la barbilla.

Sus ojos verdes brillaban como un cristal a la luz del sol, y cuando presionó sus labios contra los de ella fue para besarla con un ansia que la electrizó.

Winnie entreabrió los labios, y sintió una punzada de deseo en la pelvis en el momento en que la lengua de Eros comenzó a explorar el sensible interior de su boca. Se estremeció, y enroscó su lengua con la de Eros, mientras su cuerpo oscilaba instintivamente hacia él. Se notaba los pechos pesados e hinchados, y el estallido de calor entre sus muslos la empujó a apretarse contra el cuerpo musculoso de Eros. Sintió la presión inequívoca de su miembro erecto contra el abdomen, y las manos de Eros le masajearon las nalgas con destreza antes de subir a sus pechos para estrujarlos. Esas atenciones aplacaron en parte el deseo que la consumía, pero al mismo tiempo hicieron que se disparara aún más. Un gemido ahogado escapó de su garganta. Estaba aturdida por las intensas sensaciones que recorrían su cuerpo, instándola a dejarse llevar y destruyendo todas

sus defensas.

–Mírame… –le dijo Eros, haciendo con su profunda voz que un cosquilleo le recorriera la espalda–. Te deseo. Y tú me deseas a mí. Es así de sencillo.

Winnie se obligó a luchar contra el hechizo que ejercía sobre ella y se apartó de él. Le ardían las mejillas por lo avergonzada que se sentía, mientras se flagelaba mentalmente por haber disfrutado con aquel beso.

–No, no es tan sencillo.

–Pero podría serlo si nos comportáramos como personas sensatas –la sermoneó Eros–. No quiero que me obligues a enzarzarme en una batalla por la custodia contigo.

Winnie se quedó paralizada.

–¿Por… por la custodia de Teddy? –balbució horrorizada–. ¿Por qué harías algo así?

–Porque si te niegas a casarte conmigo no me quedan más opciones –contestó él sin vacilar–. Quiero ser parte del día a día de mi hijo, y no me conformaré con menos.

–Estoy a favor de que lleguemos a un acuerdo para que puedas ver a Teddy –le recordó–. Si no lo estuviera, no habría venido aquí esta noche.

Eros permaneció impasible.

–¿Y qué me ofrecerías?, ¿que viniera a visitarlo de vez en cuando aquí, a Londres? Con eso no basta. Quiero más.

Winnie se irguió y le sostuvo la mirada, obligándose a ocultar su espanto por el modo en que la estaba presionando.

–No puedo darte más –le dijo sin ambages–. Puedes venir a ver a Teddy cuando quieras, pero no transigiré en nada más.

Eros entornó los ojos.

–Pues entonces iremos a los tribunales, y te advierto que recurriré a toda la munición que pueda emplear contra ti para hacer valer mis derechos…

Un escalofrío recorrió a Winnie, infundiéndole un temor que le hizo sentir náuseas.

–¿Me estás amenazando? –musitó temblorosa.

–¡Dejas a mi hijo al cuidado de una mujer a la que se acusó de trabajar en un burdel! –la acusó Eros–. ¡Su cara y su nombre aparecieron en los periódicos!

A Winnie se le cayó el alma a los pies. No esperaba que estuviera al corriente de aquel embarazoso asunto. Estaba hablando de su hermana Vivi. La pobre Vivi, cuyo primer trabajo la había llevado, involuntariamente, a que se viera arruinada su reputación.

Vivi había creído que estaba trabajando para una agencia de modelos, pero en realidad era también una agencia de acompañantes femeninas que, tras una redada de la policía, fue clausurada por operar ilegalmente como un burdel. Y a Vivi, a quien habían hecho una foto saliendo del local ese mismo día, la prensa sensacionalista la había etiquetado de «prostituta».

–¿Y qué me dices de tu otra hermana, que sufre ataques de pánico y apenas sale de casa? –le espetó Eros, lanzándose a su yugular–. ¿Qué pasaría si sufre uno de esos ataques estando al cuidado de mi hijo?

La ira sacudió con la fuerza de un rayo a Winnie, que haría lo que fuera para proteger a sus hermanas.

–¡Te odio! –masculló–. ¿Cómo has averiguado esas cosas?

–No es difícil, cuando dispones del dinero necesario para pagar a un detective privado –le contestó Eros.

–Eres un gusano… –le dijo Winnie con desprecio, retrocediendo hacia la puerta del balcón–. ¡No me casaría contigo aunque hubiera un apocalipsis y fueras el último hombre vivo sobre la faz de la tierra! No podría sentir el menor respeto por un hombre capaz de caer tan bajo como para amenazar a mi familia para intentar robarme a mi hijo, ni podría fiarme de tu palabra.

–Teddy también es mi hijo –argumentó Eros, alzando la recia barbilla–. Tengo todo el derecho a hacer lo que esté en mi poder, aunque tenga que jugar sucio, para hacer lo que creo que es mejor para él.

–Puedes seguir engañándote si eso te hace sentir mejor –le dijo Winnie–, pero yo, a diferencia de ti, tengo unos principios que sería incapaz de quebrantar… ¡por más que me sintiera tentada de hacerlo!

–No esperarás que juegue limpio cuando pretendes que acepte que mi propio hijo estará siempre fuera de mi alcance –la increpó con fiereza, los ojos echando chispas.

–Cuando las cosas se calmen –le respondió Winnie–, acuérdate de que fuiste tú quien decidió hacer de esto una batalla y jugar sucio. Yo estaba dispuesta a ser justa y mostrarme razonable.

–¿Ah, sí? –le espetó Eros con desdén, enarcando una ceja–. ¿Te parece que fuiste justa al ocultarme que iba a tener un hijo? ¿Fuiste justa al negarle a Teddy el derecho a tener un padre? ¿Estabas siendo justa cuando sugeriste que podría venir a Londres más a menudo para ver a mi hijo?

Winnie permaneció callada, reacia a seguir discutiendo con él cuando aquello no la llevaría a ninguna parte. No, no había sido

justa. Pero tampoco era justo que él le hubiese ocultado que estaba casado. Y más injusto aún era que acabase de amenazarla con acusar a sus hermanas de no ser aptas para cuidar de Teddy por circunstancias de su pasado de las que ninguna de las dos tenía culpa.

Zoe había sufrido malos tratos por parte de la familia de acogida con la que había estado, y la reputación de Vivi había sido injustamente manchada. En resumen, no, la vida no era justa, admitió Winnie con tristeza. Era algo que había aprendido bien pronto, cuando sus queridos padres habían fallecido por culpa de un conductor borracho, y que había vuelto a constatar cuando le había entregado su corazón a Eros, dos años atrás, y él se lo había roto.

Pero no iba a dejar que le arrebatase a Teddy, se juró a sí misma. Le pediría ayuda a su abuelo para vencerle en los tribunales. Además, su abuelo le había dicho que quería que se casase con un hombre que él escogiese, y dudaba que estuviera a favor de que se casara con un hombre como Eros.

Tan furiosa estaba Winnie, que no fue capaz de esperar a llegar a casa para hablar con su abuelo. Lo llamó en el taxi de regreso y le dijo que Eros le había pedido que se casara con él.

–Ya iba siendo hora –comentó Stam, dejándola patidifusa con esa inesperada respuesta–. Pero, bueno, más vale tarde que nunca. Es el padre del chico y, cuando te cases, mi bisnieto recibirá su apellido y se convertirá en su heredero. Nevrakis no pertenece a una familia de rancio abolengo como nosotros, pero goza de una buena posición social, es rico y al menos no es un idiota despilfarrador y mujeriego como su difunto padre…

Oírle enumerar las virtudes de Eros la dejó aún más anonadada y por un momento se quedó muda.

–Por supuesto que te casarás con él –dijo su abuelo–. ¿Por qué habrías de rechazarle? Casarse contigo es lo mínimo que debe hacer –añadió con severidad–. Así enmendará lo que hizo mal. Dime la fecha de la boda y haré un hueco para asistir a la ceremonia.

–Lo que tenía pensado era pedirte que me ayudaras a buscar un buen abogado para enfrentarme a él en los tribunales –musitó ella, empezando a darse cuenta de que su abuelo frustraría esa esperanza.

–No voy a ayudarte en eso, pero, cuando quieras divorciarte de él, tendrás a mis abogados a tu disposición –le aseguró Stam muy calmado.

–Pero es que… me amenaza con demandarme para quitarme la custodia de Teddy si no me caso con él…

–¿Y por qué no ibas a querer casarte con él? Es la manera de poner las cosas en orden –dijo su abuelo, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo–. Dijiste que te casarías para complacerme.

–Sí, pero… con cualquier hombre menos con Eros –balbució ella, temblorosa.

–Nevrakis es mi elección –replicó su abuelo–. Pero no te preocupes, el pequeño y tú os vendréis a vivir conmigo después de la boda –la informó, con inmensa satisfacción.

De ninguna manera confiaría la felicidad de su nieta y su bisnieto a Nevrakis, se dijo Stam. Él cuidaría de ellos, y les daría el apoyo y la sensación de seguridad que necesitaban. No podía confiar en Nevrakis cundo no había mostrado respeto hacia Winnie, ni había dado muestras de que le importase. Y él no era de los que pensaba que las personas podían cambiar. Winnie y Teddy estarían mejor con él.

A pesar de lo aturdida que se sentía por la traición de su abuelo, Winnie dudaba que Eros se lo tomase nada bien cuando descubriera que, nada más casarse, su esposa y su hijo habían huido de él.

Nada más entrar en casa, sus hermanas la acribillaron a preguntas, y por primera vez en su vida decidió que sería mejor ocultarles la verdad. ¿Cómo iba a decirles que Eros la había amenazado con destapar sus secretos y debilidades en un juzgado? No conseguiría más que preocuparlas y asustarlas.

¡Dios del cielo! ¿Había orquestado su abuelo la repentina reaparición de Eros en su vida? ¿Qué otra cosa cabía pensar? No había duda de lo controlador que era Stam Fotakis. Le encantaba manejar los hilos, manipular a la gente para que hicieran su voluntad. ¿Habría sido él quien le había dicho a Eros lo de Teddy? Debería haberlo imaginado, se dijo irritada. ¿Cómo podía haber pensado siquiera que pudiera ser una coincidencia? Entre la repentina proposición de matrimonio de Eros, y que su abuelo hubiera reconocido que quería que se casara con él, tenía la sensación de haber sido utilizada como cebo. ¿Qué más ignoraba? ¿Qué más le habían ocultado Eros y su abuelo? Todo aquello la enfurecía.

–¿Por qué diablos ibas a querer casarte con él? –inquirió Vivi, fuera de sí.

Zoe carraspeó.

–Pues porque es guapísimo, rico, porque estaba enamorada de él y porque es el padre de Teddy –apuntó–. No es que yo quiera que

Winnie se case con él, pero entiendo por qué se le ha ocurrido al abuelo que debería hacerlo. Todos esos puntos, sumados, son un argumento bastante potente.

–¡Es una rata! –masculló Vivi.

–Pero tenemos que pensar en John y en Liz –les recordó Winnie en un tono quedo–. Además, el abuelo solo quiere que me case con Eros, no que viva con él. Visto así, creo que lo haré, y así habré cumplido con las condiciones del abuelo.

–Pero no puedes hacer eso… –replicó Vivi, con una mirada llena de compasión–. Venga, Winnie, las tres sabemos que no quieres tener nada que ver con Eros Nevrakis.

–No, pero no estamos en posición de elegir –murmuró Winnie–. Es el precio que tengo que pagar por el error que cometí al dejarme seducir por él. Lo haré por Teddy, y por John y Liz –les dijo.

Pero esa noche, en la cama, no podía dejar de pensar en el beso al que había sucumbido, y se odió por seguir siendo tan débil y vulnerable ante un hombre que casi la había destruido dos años atrás. Se había pasado semanas encerrada en su habitación antes de volver a encontrar trabajo, escuchando canciones de desamor hasta que el descubrir que estaba embarazada y tenía que pensar en el futuro la obligó a dejar de compadecerse y a reponerse y espabilarse.

Si con eso contentaba a su abuelo, no tenía problema en acceder a un matrimonio que solo lo sería sobre el papel. Con su abuelo cubriéndole las espaldas, Eros no podría amenazarlas a ella ni a sus hermanas, se dijo. Lo único que tenía que hacer era interpretar su papel, seguir las reglas del juego y dejar que su abuelo se ocupase de Eros. Este no los tendría ni a ella ni a Teddy y, después de cómo las había amenazado a sus hermanas y a ella, era justo lo que se merecía… ¿O no?

Tenía que pensar en Vivi y en Zoe. ¿No había sido ese siempre su deber como hermana mayor? Solo que las habían separado de niñas, y ella no había podido evitar las tristes y duras experiencias que habían vivido con las familias de acogida con las que habían estado. Ese fracaso pesaba sobre su conciencia, y por eso haría todo lo que estuviera en su mano para proteger a sus hermanas ahora que volvían a estar juntas.

Y por supuesto que no quería volver a tener nada que ver con Eros. ¡Por supuesto que no quería vivir con él! La había engañado y le había hecho muchísimo daño. ¿Cómo iba a querer darle otra oportunidad? Eros era su talón de Aquiles, su mayor debilidad. Reconocerlo la avergonzaba, pero era la verdad. Cuando Eros

andaba cerca su sentido común se evaporaba, y era incapaz de protegerse de su influjo. Si no se cuidaba, acabaría con el corazón roto otra vez, y el simple hecho de tener que tratar con él era ponerse en peligro. Era como una bomba de relojería, pensó estremeciéndose.

Capítulo 5

A WINNIE le habría sorprendido saber que su futuro marido «solo sobre el papel» sabía muy bien que llevaba todas las de perder. Eros era muy astuto, y sabía que Stam Fotakis lo odiaba por haber convertido a su nieta en madre soltera. Por eso, en cuanto Winnie lo llamó para decirle que lo había estado pensando y que había decidido aceptar su proposición de matrimonio, empezó a hacer ciertas gestiones para proteger sus intereses que jamás había pensado que tendría que hacer.

Además, Stamboulas Fotakis era un intrigante, y él no tenía la menor intención de permitir que lo controlase o lo manipulase. Fotakis tendría que conformarse con haberlo descolocado en su primer encuentro al revelarle que tenía un hijo. No volvería a dejar que le ganase ni una mano más en aquel juego. Ni permitiría que Winnie o su hijo salieran malparados por el conflicto entre ambos. Stam tendría que entrar en razón y aceptar un *statu quo*, se dijo, decidido a proteger a Winnie y a Teddy de cualquier influencia perniciosa, incluida la de un viejo resentido y cruel.

Mientras Eros conspiraba, con la misma destreza que el abuelo de su futura esposa, Winnie estaba comunicando azorada a John y a Liz que iba a casarse con el padre de Teddy. Estos, que no sabían que Eros había estado casado cuando habían concebido al pequeño, le dieron sus bendiciones y la felicitaron. Compadecida de que tuviera que ocultar la desagradable realidad, su hermana Vivi, sentada a la mesa de la cocina, puso los ojos en blanco y siguió charlando con uno de los adolescentes que en ese momento tenían acogidos el matrimonio. Mientras, Zoe, como de costumbre, se afanaba en cualquier pequeña tarea con la esperanza de pasar desapercibida y no tener que hablar con nadie.

–Sé que a la gente joven de hoy lo de casaros os parece anticuado, pero yo me alegro mucho de que vayáis a hacerlo –le confesó Liz a Winnie, apretándole la mano, con una sonrisa radiante en su rostro rechoncho–. Quiero decir que a los de nuestra

generación el matrimonio nos da más seguridad. No pretendía criticarte.

–Lo sé, no te preocupes –contestó Winnie, dándole un abrazo.

Mientras, John, que era hombre de pocas palabras, sonrió también y apuntó que a Teddy le haría mucho bien crecer junto a su padre.

Winnie sintió una punzada de culpabilidad. Lo que John y Liz no sabían era que abandonaría a Eros en cuanto hubiese acabado la ceremonia para irse a vivir con su abuelo. Teddy no crecería junto a su padre, aunque por supuesto dejaría que lo visitase de manera ocasional.

Lo malo era que iba en contra de su naturaleza engañar a nadie. Sabía que Eros esperaba que viviesen con él, que ejerciese de esposa y madre a su lado, y la vergüenza que sentía le impedía sentir ni un ápice de satisfacción por saber que iba a responder a las amenazas de Eros con artillería pesada.

En ese momento, además, Winnie estaba empezando a escudriñar bajo esas reacciones superficiales, y había tenido que reconocer una verdad poco agradable: que le aterraba la sola idea de tener que vivir con Eros.

Si viviera bajo el mismo techo que él, acabaría bajando la guardia y Eros volvería a hacerle daño. La verdad era que estaba siendo una cobarde con respecto a él porque quería mantener a todos los demás contentos: quería complacer a su abuelo, proteger a John y a Liz y a sus hermanas… y no veía otro modo de hacerlo más que casándose con Eros. ¿Qué otra opción tenía?

Por eso no le quedaba más remedio que abandonar a Eros después de la boda. Eso haría feliz a su abuelo y a sus hermanas, y no correría el riesgo de encontrarse dentro del radio de influencia de Eros. A él desde luego no le haría feliz, admitió para sus adentros de mala gana, pero, ya que dudaba que de verdad quisiera casarse con ella, estaba segura de que pronto vería las ventajas de recuperar casi de inmediato su libertad.

Su abuelo la telefoneó cuando regresó a casa, y le comunicó, de muy buen humor, que había depositado en su cuenta bancaría fondos más que suficientes para lo que llamó «los perifollos para la boda».

–De lo único que tenéis que encargaros es de buscar un vestido de novia para ti y vestidos de damas de honor para tus hermanas. Yo me ocuparé del resto de preparativos.

Sin embargo, con lo que Stamboulas Fotakis no contaba era con que Eros le informara de que la boda debía celebrarse en la isla de

Trilis porque allí era donde se habían casado todos sus antepasados. Stam jamás hubiera tenido a Nevrakis por un sentimental, pero Eros se mostró inamovible a ese respecto, y difícilmente podría haberle negado el derecho a utilizar la isla y la casa que ya le había prometido, porque lo habría interpretado como un gesto de mala fe. Exasperado, había tenido que amoldar sus planes a los de Eros y morderse la lengua. Algo que hacía mucho tiempo que no se había visto obligado a hacer.

Perfectamente consciente de que estaba revolviendo las aguas, Eros se fue a Grecia y se desplazó en helicóptero a la isla, que no había vuelto a pisar nadie de su familia en más de treinta años. Ni siquiera sus padres la habían visitado cuando aún estaban juntos, porque su padre había sido más un hombre de ciudad. La casa se había reformado en la década de los ochenta, probablemente al poco tiempo de que el abuelo de Winnie se hubiera convertido en propietario. Y desde entonces este la había mantenido en perfecto estado, así que en ese sentido no podía decir que tuviera queja alguna. La propiedad era más que apta para vivir y para celebrar la boda.

De pie en el acantilado, mientras admiraba la puesta de sol sobre el mar, Eros pensó en la satisfacción que sentiría al enseñarle esa vista a su esposa y a su hijo. Estaba seguro de que Winnie no tenía ni idea de las intenciones de su abuelo de llevárselos a Teddy y a ella el mismo día de la boda. Pero, por desgracia para Fotakis, en cuanto había perdido los estribos durante la reunión con él, insistiendo en que ni Winnie ni Teddy necesitaban a alguien como él en sus vidas, Eros se había dado cuenta de que algo olía a chamusquina y había actuado en consecuencia.

En lo que respectaba a Winnie, sin embargo, estaba convencido de que no había ni un ápice de mezquindad en ella. Al fin y al cabo, era lo que había hecho que se sintiese atraído por ella desde el principio.

Su rostro era tan expresivo que con solo mirarla podía saber lo que estaba pensando. No era calculadora, ni manipuladora, y no jugaba con la gente como su abuelo, o como muchas de las mujeres a las que había conocido a lo largo de sus treinta años de vida. No, Winnie era transparente, al contrario que su abuelo, que había llegado al extremo de empujarlo a una boda que no pensaba permitir que se convirtiese en un matrimonio real. Sabía que le había hecho algo similar a su hijo mayor, negándose a aceptar a la esposa que este había escogido, y había acabado sin hablarse con él por ello. Con esa fama precediéndolo Eros tenía muy claro que

estaba tratando con un hombre al que solo le importaban sus propios sentimientos y creencias. Con la animadversión que le había demostrado, tenía claro que no estaba dispuesto a aceptarlo como un nuevo miembro de la familia.

Winnie y sus hermanas se habían ido de compras. Ni Vivi ni Zoe atendieron a la súplica de Winnie de que gastaran lo menos posible. De hecho, Zoe se rio y le recordó que iba a ser una boda de postín y que lo último que Stam Fotakis querría era que su nieta luciera un vestido de novia de saldo. Winnie estaba abrumada con todas las opciones que les ofrecían en la boutique a la que habían ido, y que ella jamás se habría podido permitir con su sueldo.

Sobre las doce Eros la llamó al móvil y fue Zoe quien contestó, porque en ese momento dos dependientas estaban ayudando a Winnie a enfundarse un vestido con cuerpo de encaje y una voluminosa falda de gasa.

–Es Eros –le dijo tendiéndole el móvil cuando hubo sacado la cabeza.

Winnie lo tomó y, apenas hubo contestado, Eros le preguntó:

–¿Quedamos para almorzar?

–Pues… –balbució Winnie, que estaba mirándose en el espejo de cuerpo entero que tenía delante. Aquel vestido era demasiado recargado y cursi para su gusto–. Es que estoy probándome vestidos de novia –masculló–. Hoy no me va bien.

–Entonces quedamos para cenar –decidió Eros, con la arrogancia que lo caracterizaba.

–No puedo. Es que… –comenzó Winnie, que prefería tratar con él lo menos posible.

–No nos hemos visto desde que accediste a casarte conmigo –le recordó Eros–. ¿Hay alguna razón?

Algo parecido al pánico se apoderó de Winnie, que inspiró y se recordó que tenía que seguirle la corriente y que por tanto evitarlo no era una opción.

–No, bueno, de acuerdo, esta noche me va bien. ¿A qué hora?

Cuando hubo colgado, le devolvió el móvil a Zoe, que lo guardó en su bolso y la miró expectante.

–Quiere que quedemos a cenar esta noche –masculló Winnie.

–Pues interpreta tu papel y ya está –fue el consejo de Vivi–. Es normal que quiera verte para hablar de los preparativos de la boda y todo eso.

–Sí, supongo que sí –murmuró Winnie de mala gana.

–Y no te compres ese vestido; te hace parecer una bailarina rechoncha de porcelana –le siseó Vivi, haciéndola reír.

Aun así, a Winnie le costó recobrar el buen humor, pero se recordó que tampoco importaba demasiado qué llevara puesto cuando no iba a ser una boda de verdad. Con todo, escogió un vestido que le gustaba, un vestido elegante que realzaba sus curvas, y lo compró con el pretexto de que tenía que quedar bien ante los invitados de su abuelo y de Eros.

Para esa noche tomó prestados un vestido y unos zapatos de Zoe. Su vestuario era un poco limitado, y tenía pocos conjuntos elegantes. El vestido que le había dejado Zoe era negro y anodino, justo lo que buscaba para salir a cenar con Eros.

–Pero si es un vestido de funeral… –le reprochó Vivi–. Es demasiado largo, y no tiene forma ni…

–Es perfecto –la cortó Winnie con impaciencia.

–Tú misma, no me hagas caso –le espetó Vivi–. Pero se supone que estás interpretando el papel de una novia feliz.

–Nada de esto me hace feliz –gruñó Winnie.

–Lo sé. ¡Y ese hombre está a punto de recibir lo que se merece! –proclamó Vivi.

–La venganza no lleva a nada bueno –apuntó Zoe contrayendo el rostro. Le apretó la mano a Winnie, compadecida, y le dijo–: A lo mejor si le das otra oportunidad… ¿quién sabe?

–¡Piérdete, Zoe! –exclamó Vivi–. Eros solo quiere a su hijo, no tiene ningún interés en ella.

Winnie dejó caer los hombros y sus mejillas palidecieron. Que hasta sus hermanas lo vieran con tanta claridad la mortificaba.

–Perdona –murmuró Vivi–. ¿Pero qué otra cosa podemos pensar? Se divorció, pero no vino a buscarte, ¿no?

–Es verdad –concedió Winnie.

Inspiró profundamente, intentando calmarse. Sí, era verdad, y le dolía, pero ¿qué importaba eso? Lo había amado, pero él no la había amado a ella. Era la historia más vieja del mundo, una historia de amor no correspondido, y una de las más comunes, se dijo con impaciencia.

–A lo mejor él también se sentía culpable –murmuró Zoe–. A lo mejor sentía que no tenía derecho a ser feliz después de divorciarse.

–¡Por amor de Dios, Zoe! –la reprendió Vivi–. ¡Serías capaz de encontrar algo positivo hasta en una catástrofe!

Probablemente era demasiado susceptible al daño que Eros le había hecho. Y también a hablar del pasado, porque sus hermanas habían evitado el tema durante el tiempo que había estado

reponiéndose de aquel desengaño. Por suerte había pasado página y ya no sentía nada por él. Nada, se recalcó obstinadamente.

No lo tuvo tan claro cuando salió de casa y vio a Eros. Estaba de pie junto a su limusina, sujetando la puerta abierta del asiento trasero, mientras hablaba con uno de los guardaespaldas que había contratado su abuelo para protegerlas. Con solo posar sus ojos en él tuvo que tragar saliva: ese perfil de corte clásico, la tez bronceada, lo alto que era y lo elegante que estaba con esmoquin…

El corazón le palpitaba con fuerza, y se encontró recordando un viernes por la noche, dos años atrás, en que Eros había vuelto tarde a casa tras una cena con banqueros que no había podido eludir.

Los colores se le subieron a la cara, y se apresuró a entrar en la limusina, pero no pudo evitar que siguieran acudiendo a su mente los recuerdos de aquella noche de sexo apasionado en el sofá del salón. La había descolocado lo ávido que lo había notado y se había sentido feliz, como una tonta, porque había creído que sentía algo por ella. Ahora, le irritaba pensar en lo estúpida que había sido, en cómo había confundido una y otra vez el amor con el sexo.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Eros al entrar en el coche y notar lo tensa que estaba.

–¡No ocurre nada! –exclamó ella, buscando desesperadamente una excusa para explicar su agitación–. Es todo este asunto de la boda… No puedo pensar con claridad.

–Creía que las mujeres disfrutabais con esas cosas –comentó Eros.

–Pues en mi caso… no demasiado –contestó ella.

Si hubiera sido una boda de verdad, por amor, habría estado como loca por casarse con él, pero esos tiempos habían quedado atrás, se recordó, furiosa consigo misma por pensarlo siquiera.

–No durará mucho –la tranquilizó Eros, intentando no pensar en la locura que había sido la planificación de su primera boda–. Nos casaremos a mediados de la semana en Trilis.

–¿Trilis? ¿Dónde está eso?

–Es una isla privada en Grecia, donde mi familia empezó cultivando aceitunas y regentando un pequeño hotel.

–Pensaba que íbamos a casarnos en la casa de mi abuelo.

–Todos mis antepasados se casaron en esa isla –le contestó Eros.

Winnie tragó saliva y se abstuvo de expresar las objeciones que se agolpaban en sus labios, preguntándose si no sería más difícil abandonar la isla cuando la ceremonia hubiera acabado. Estaba segura de que su abuelo ya habría tenido en cuenta esa dificultad añadida en sus planes; no era de los que dejaban nada al azar. Sin

embargo, le remordía la conciencia porque Eros estaba tomándose la boda tan en serio como si fuera una boda de verdad.

«Todos mis antepasados se casaron en esa isla», le había dicho. Se preguntó si se habría casado allí con su primera esposa, pero de inmediato se reprochó su curiosidad, recordándose que la había amenazado con hacer daño a sus hermanas, que no tenían nada que ver en todo aquello. No, Eros Nevrakis no se merecía que se sintiese culpable por nada, se dijo con firmeza. Era despiadado como un tiburón: tomaba lo que quería y no le importaba cuánto daño pudiera causar a otros.

Stam Fotakis ya las había ayudado muchísimo a sus hermanas y a ella, y le debían no solo gratitud, sino también lealtad, se recordó con firmeza. Tenía que escoger un bando; no había otra opción, y su instinto le aconsejaba que escogiese a su familia y la antepusiese a cualquier otra consideración. Quizá entonces podría hacer realidad su sueño de llegar a tener una relación más estrecha con su abuelo.

Eros no la llevó a su apartamento, lo que la alivió, sino a un exclusivo club. Los sentaron en un reservado, y nada más entrar en el local Winnie se dio cuenta de que los hombres se erguían y observaban con envidia a Eros por su condición de macho alfa, rico y atractivo. Las mujeres giraban la cabeza para devorarlo con los ojos, y luego la miraban a ella enarcando las cejas, como si no la encontraran lo bastante sofisticada para él. Probablemente la gente estaría preguntándose si no sería simplemente su sobrina, o la hija de un amigo, o incluso una empleada.

Después de aquella entrada tan incómoda, el reservado se le antojaba demasiado íntimo y le parecía que Eros estaba demasiado cerca. Su profundo timbre de voz hacía que un cosquilleo le recorriera la espalda cada vez que hablaba, y cuando su mano rozó la de ella al pasarle la carta se le erizó el vello.

Además, lo relajado que parecía estaba haciéndola sentirse aún más tensa. Los pezones se le habían endurecido, y un calor palpitante había aflorado entre sus muslos. Era enervante comprobar que seguía provocando esas reacciones en su cuerpo traidor, y lo detestó aún más por haber destruido a la joven ingenua, romántica e idealista que había sido antes de conocerlo.

–Estás muy callada esta noche –comentó Eros–. Aunque debo decir que es algo que siempre me gustó de ti, lo callada que eres.

–Pensaba que un hombre como tú, que siempre necesita nuevos retos, preferiría a mujeres que te pusieran las cosas un poco difíciles.

–Para cuando te conocí, de eso ya había tenido bastante –le

confesó Eros, bajando la vista para rehuir su mirada, como si temiera haber hablado más de la cuenta.

¿Se estaría refiriendo a su esposa? Probablemente Tasha había descubierto su infidelidad, se dijo, aunque no le había parecido que sospechara nada el día que se presentó en la casa de campo.

Ella había fingido que solo era un miembro más del servicio, lo cual había sido profundamente humillante, y había aprendido una valiosa lección: lo estúpida que había sido por dejar que un hombre del que apenas sabía nada se la llevase a la cama.

Tampoco le había sentado bien descubrir que la esposa de Eros era mucho más guapa que ella. Era una rubia despampanante de ojos azules, y muy vivaz. Se había pasado todo el tiempo hablando por el móvil para dar instrucciones a alguno de sus empleados, y respondiendo llamadas en varios idiomas. Era una mujer guapa, preparada y con confianza en sí misma; todo lo que ella no era.

Ese mismo día Winnie había hecho las maletas y se había marchado, llena de vergüenza y lamentándose de su comportamiento. Los recuerdos podían ser algo muy cruel, pensó. Desde aquel día la había acompañado una sensación degradante por haber sido plato de segunda mesa.

–Haremos que este matrimonio funcione –le dijo Eros con arrogancia, cuando les hubieron llevado el primer plato–. Tenemos que hacer que funcione, por Teddy.

Su insistencia en ese punto hizo que un escalofrío recorriera a Winnie. Jugueteó con la comida en su plato mientras pensaba en Teddy, que era feliz viviendo con sus hermanas y con ella. ¿Pero cuánto duraría esa fase de su infancia?, inquirió una vocecilla en su mente. Los niños crecían muy deprisa y desarrollaban necesidades más complejas. Eros seguiría teniendo derechos de visita y Teddy tendría que aprender a valorar a su padre y a dividir su lealtad entre él y ella, como todos los niños de padres que vivían separados. Pero el niño lo llevaría bien, se dijo, tratando de animarse

–Esto es muy importante para mí –añadió Eros, rompiendo el atronador silencio–. ¿Por qué tengo la impresión de que ni siquiera me estás escuchando?

Winnie ahogó un bostezo fingido.

–Perdona, es que estoy muy cansada.

Sería la primera vez que una mujer se quedara dormida estando con él, pensó Eros, exasperado por su silencio, por que se negara a hacer siquiera el más mínimo esfuerzo. ¿Qué diablos le pasaba?

Aquella no era la Winnie que recordaba. Claro que esa Winnie se había convertido en madre soltera y era imposible que todo lo que

habría tenido que luchar para salir adelante no la hubiese cambiado. Sin embargo, si quería que aquello funcionase, tenía que encontrar la manera de tender un puente entre el pasado y el presente. ¿El sexo, tal vez? No podía negar que se moría por volver a tenerla debajo de él, y encima de él y… se moría por volver a hacerlo con ella en cualquier postura.

No, eso no había cambiado, admitió de mala gana: seguía sintiendo por ella el mismo deseo irrefrenable que jamás había comprendido ni aceptado. Hería su orgullo que le hiciera perder el control sobre sí mismo de esa manera. Detestaba no tener el control. Había intentado analizar ese deseo desbocado, y había tratado de ponerle coto.

Y la cuestión era que, a pesar de que Winnie esa noche llevaba un vestido negro de lo más feo que no dejaba entrever siquiera sus sensuales curvas, sería capaz de tumbarla sobre la mesa y saltar sobre ella como un animal en celo.

Capítulo 6

ESTÁS espectacular! –murmuró Vivi, mientras Winnie giraba frente al espejo de cuerpo entero de la pared del camarote.

El vestido de novia por el que se había decidido finalmente era precioso, hecho de encaje y organdí, y entallado para ajustarse como un guante a la femenina curvilínea de Winnie. Una seductora hilera de botones de perla cerraba el vestido por la espalda, y el escote, con forma de corazón, resaltaba sus senos, mientras que la falda, de corte sirena, se ensanchaba a la altura de las rodillas de un modo muy elegante, haciéndola parecer más alta.

–Todas estamos espectaculares. Pero, como todas las novias, Winnie se lleva la palma –murmuró Zoe con cariño–. Estoy por pellizcarme porque esto no parece real, pero aquí estamos, en un yate fabuloso, camino de una isla privada para celebrar la boda de nuestra hermana… Es como algo sacado de un sueño, o de una película.

–A ver si cuando te llegue a ti el turno estás igual de risueña –apuntó Vivi, enarcando una ceja.

–Venga, no tenemos que preocuparnos por nada: el abuelo ha dicho que nos sacará de allí –replicó Zoe–. Eros eligió la isla porque la ha convertido en una zona restringida al tráfico aéreo, con la excusa de evitar que los paparazis puedan sacar fotos, y el abuelo ha conseguido sortear ese cambio de planes inesperado pidiéndole prestado este yate a un amigo, ¿no?

–Sí, es muy astuto –asintió Winnie distraída, mientras seguía mirando su reflejo.

Estaba tan nerviosa que los fuertes latidos de su corazón le recordaban al tictac de una bomba de relojería.

–¡Mami, mami! –la llamó Teddy, tirándole del vestido para que le prestara atención.

–¡Eh!, ven aquí pequeñajo –dijo Vivi tomándolo en brazos–. Mejor no le toques el vestido a mamá; como es blanco se puede ensuciar. Pero el mío y el de tía Zoe puedes manosearlos todo lo

que quieras.

Lo puso boca abajo y lo volteó de nuevo, haciéndolo reír, y lo arrojó sobre la cama para hacerle cosquillas. Winnie, mientras, se puso a pasearse nerviosa por el camarote. Eros había visitado un par de días más a Teddy, pero ella no había vuelto a verlo desde aquella tensa cena. Las dos veces que se había pasado por la casa ella había estado fuera, trabajando. De hecho, tanto su abuelo como Eros la habían criticado por que hubiera cumplido escrupulosamente con las dos semanas de preaviso para dar tiempo al dueño del restaurante para que encontrara a alguien que la reemplazara.

El yate estaba aminorando la velocidad para entrar en el embarcadero y atracar.

Cuando desembarcaran, se dirigirían directamente a la iglesia, y después de la ceremonia subirían a la casa sobre la colina, donde se celebraría el banquete de bodas. Y Winnie y sus hermanas ya tenían instrucciones para cuando llegara el momento de volver a Atenas. Lo único que tenían que hacer era abandonar la casa con discreción y regresar a pie al embarcadero, donde estaría esperándolas el yate. A Teddy lo llevarían allí mediante una maniobra que se haría aparte.

–¿Y por qué no nos marchamos justo después de la boda? –le había preguntado Winnie a su abuelo–. Así sería más fácil.

La respuesta de su abuelo le había inquietado.

–Quiero que mis invitados y los de Nevrakis lo vean bailar a mi son y luego que sean testigos de que la novia lo ha abandonado en el día de la boda –le había dicho con saña.

Winnie había palidecido y se le había revuelto el estómago porque, por extraño que pudiera parecer, no se le había ocurrido que el plan de su abuelo incluyera algo así. Había estado tan preocupada, preguntándose cómo iban a huir de allí su hijo y ella, que ni se había parado a pensar en cómo afectaría aquello a Eros, más allá de que lo enfurecería, por supuesto. Y, de algún modo, no sabía por qué, la idea de humillar a Eros delante de tanta gente la repugnaba y la llenaba de vergüenza. Esa clase de venganza no era de su estilo. No quería hacerle daño a Eros. Era el padre de su hijo, y herirlo e insultarlo de esa manera solo enrarecería aún más su ya de por sí tensa relación.

¿Por qué no habría pensado antes en aquello? Ahora era demasiado tarde, admitió con pesadumbre, apresurándose a recordarse lo cruel que había sido Eros al amenazar a sus hermanas. Era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo, se dijo.

Sabía que Eros no renunciaría a Teddy, pero se daría cuenta de que había perdido cualquier poder sobre sus hermanas y ella. Así era como tenía que ser. No tenía elección, igual que sus hermanas. Era el precio por salvar a sus padres de acogida de quedarse sin hogar.

Bien sabía Dios que, después de todo el bien que John y Liz habían hecho por ellas, y por tantos otros adolescentes con problemas, se merecían su protección y la tranquilidad de saber que ya no tendrían que tener miedo a perder su casa.

Aun así, le entristecía que John y Liz no fueran a asistir a la boda, y sabía que a ellos también los apenaba. Claro que no podían irse y dejar desatendidos a los chicos que tenían acogidos, y además ella tampoco podía decirles la verdad, que aquella no iba a ser una boda de verdad. Lo cierto era que para salvar a John y a Liz había dicho un montón de mentiras y medias verdades que aún pesaban sobre su conciencia.

–Es la hora –dijo su abuelo asomándose por la puerta, vestido con chaqué para la ocasión–. Estás preciosa, Winnie. Nevrakis se llevará una decepción cuando se dé cuenta de que no va a quedarse contigo ni con Teddy.

A Winnie se le hizo un nudo en la garganta.

–Eros es fuerte, lo superará –dijo, más para sí que otra cosa. Ni le había afectado su marcha, dos años atrás, ni parecía sentir el más mínimo remordimiento por el daño que le había hecho–. Es un superviviente.

–Igual que tú –le recordó Vivi.

Salieron a la cubierta y empezaron la delicada tarea de bajar a la novia del yate sin que el inmaculado vestido se rozara con nada que pudiese mancharlo. En el embarcadero los esperaban dos coches adornados con flores. Winnie se subió al primer coche con su abuelo, y sus hermanas y Teddy subieron al otro. Solo recorrieron unos doscientos metros hasta llegar a una iglesia de piedra, pequeña y pintoresca, con vistas al mar y detrás, sobre una colina, un pueblecito de casas encaladas.

–Lástima que vaya a haber tan pocos invitados –se lamentó su abuelo.

A Winnie, sin embargo, la idea la aliviaba. De hecho, habría preferido una boda por lo civil en un juzgado. Sus hermanas y ella habían acompañado a John y Liz a la iglesia todos los domingos durante el tiempo que habían vivido con ellos, y ahora, ante la idea

de tomar parte en una ceremonia que no sería más que una pantomima, se sentía como si fuera a cometer poco menos que un pecado. Al menos el tener sus hermanas con ella le daba fuerzas.

A las puertas del templo un grupo de gente que esperaba su llegada la saludaron con vítores y buenos deseos. Dentro de la vieja iglesia, débilmente iluminada por velas, había murales de santos pintados en las paredes, y el altar estaba adornado con hermosos arreglos de flores blancas, pero sus ojos se posaron de inmediato en Eros, de pie frente al altar.

Se volvió al oírlos llegar, y Winnie sintió que una ola de calor la invadía. Mientras que a su abuelo el chaqué lo hacía parecer algo orondo, en el caso de Eros no hacía sino subrayar su virilidad, resaltando su figura atlética, sus anchos hombros, sus largas piernas…

–Un vestido espectacular –le susurró cuando llegó al altar junto a él.

Se giraron hacia el sacerdote y dio comienzo la solemne ceremonia, de la cual Winnie solo entendía algunas palabras. Cuando Eros deslizó en su dedo el anillo, de platino y con elaborados grabados, volvió a respirar. Se había acabado. Ahora era la esposa del hombre al que una vez había amado locamente, pensó, y los ojos se le llenaron de lágrimas por los dolorosos recuerdos que acudieron a su mente. No intentó siquiera apartarlos; necesitaba esa armadura de resentimiento hacia Eros para defenderse de otros sentimientos que la embargaban.

–¡Papá! –exclamó Teddy, soltándose de la mano de Zoe y abalanzándose sobre Eros cuando se dirigían a la salida.

Oír a su hijo llamarlo así con tanta facilidad descolocó a Winnie. ¿En qué momento había ocurrido aquello? ¿Cómo no se había dado cuenta de que estaba ocurriendo? Lo que pasaba era que no podía luchar contra la realidad, se recordó y, por más que deseara que las cosas fueran distintas, no iban a cambiar.

Incluso antes de la boda había sabido que había un vínculo inquebrantable que la uniría de por vida, a través de su hijo, a un hombre al que despreciaba. Un hombre sin escrúpulos ni principios que había tomado de ella lo que había querido sin preocuparse de cuáles pudieran ser las consecuencias.

De hecho, hasta donde ella sabía, se dijo con pesadumbre, su esposa, Tasha, se había divorciado de él por su infidelidad, y si a su primera esposa no le había sido fiel, ¿por qué iba a serle fiel a ella?

Esas sombrías reflexiones rearmaron sus defensas y le dieron la fuerza necesaria para seguir interpretando su papel. Aunque Eros

fuera el «papá» de Teddy, no era un buen hombre, no tenía que sentir compasión por él, ni sentirse culpable, se dijo con fiereza.

Eros, aunque ajeno a los oscuros pensamientos de su esposa, sí notó lo tensa que estaba, y dio por hecho que se debía a su timidez, a que no le gustaba ser el centro de atención. La situación era tan distinta de su primera boda que no había comparación posible, y eso lo alivió. Nunca había visto sentido alguno a echarse la culpa o echársela a Tasha por el fracaso de su matrimonio de conveniencia, un fracaso que a él le había parecido inevitable desde el primer día.

Él había hecho todo lo posible para mantener a flote el matrimonio. Había cumplido con su deber marital durante años, esforzándose por no ser egoísta, por ser justo y hacer lo honorable, incluso cuando había acabado por convertirse en todo un reto y de su matrimonio solo había quedado el nombre.

Ya no se flagelaba por haber fracasado; nadie era perfecto. Ahora lo único que le preocupaba era que, de algún modo, Winnie había acabado pagando por su fracaso. Esa era la razón por la que soportaba estoicamente el desprecio de Stam Fotakis hacia él, porque en su lugar probablemente él habría reaccionado de la misma manera.

Al subir al coche que estaba esperándolos fuera de la iglesia, Winnie se sorprendió al ver que había una sillita para niño.

–Vaya, has pensado en todo –observó mientras él sentaba a Teddy y le abrochaba las correas de seguridad.

–¿Cómo no iba a venir con nosotros? –respondió Eros.

Mientras el coche subía por el empinado camino que cruzaba el pequeño pueblo, Winnie giró la cabeza, curiosa por ver el caserón de los Nevrakis.

–¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí tu familia? –le preguntó.

Eros no vio razón alguna para decirle que su familia había tenido que vender la isla hacía muchos años y que si ahora él la había recuperado había sido gracias a un acuerdo con su abuelo por casarse con ella. ¿De qué serviría? Solo conseguiría que sospechase aún más de sus motivos, se dijo con impaciencia. Ya se enteraría más adelante. Y, cuando eso ocurriera, ya averiguaría cómo explicárselo.

–La casa original la construyó mi bisabuelo, un olivarero, que luego la convirtió en un pequeño hotel. Mi abuelo la tiró y levantó otra a su gusto. Y años después, cuando murió, mi padre hizo lo mismo, aunque no tenía intención de vivir aquí.

Winnie enarcó las cejas, sorprendida.

–¿No tenía intención de vivir aquí? ¿Pero entonces por qué

diablos…?

–Creo que lo hizo por una mezcla de orgullo de familia y porque la vena extravagante que tenía lo indujo a gastarse aquí su herencia a pesar de que encontraba aburrida la vida aquí. Aunque Trilis no es una isla pequeña, no le ofrecía la posibilidad de llevar una vida social tan intensa como la que llevaba en Atenas.

–Entonces… ¿tú no te criaste aquí? –le preguntó Winnie, decidida a ver satisfecha su curiosidad ahora que por fin Eros estaba respondiendo a sus preguntas.

–No, crecí en un apartamento en Atenas, y apenas veía a mi padre. Mi madre también falleció hace años –le explicó–. Y mis abuelos, paternos y maternos. Solo me quedan algunos primos lejanos, que asistirán al banquete. Por cierto, me sorprende que no hayas invitado a tus padres de acogida.

Winnie se sonrojó y balbuceó una excusa, explicándole que John y Liz no habían podido acudir porque no los habían avisado con suficiente tiempo.

–Como padres de acogida tienen reuniones constantemente con los trabajadores sociales, con los profesores del colegio, con los padres biológicos de los chicos… –añadió.

Eros enarcó una ceja.

–Lo entiendo. Pero con lo unida que estás a ellos, seguro que podrían haber hecho un esfuerzo por venir.

–No quería presionarlos –murmuró Winnie–. John está delicado de salud.

Fue un alivio volver a salir a la luz del sol cuando llegaron a la casa y ver a sus hermanas salir del coche que iba detrás de ellos. Las tres se quedaron mirando la vivienda, que a su juicio era inmensa para ser una casa en la que el padre de Eros ni siquiera había planeado vivir.

Eros había calificado a su padre de extravagante y, cuando entraron en el grandioso vestíbulo de suelo de mármol y los recibió el servicio con bandejas de plata para ofrecerles una bebida, no pudo sino estar de acuerdo.

Su abuelo fue junto a ella y le dijo muy satisfecho, bajando la voz:

–Ya está: ahora tienes en el dedo el anillo que merecías.

Incómoda, Winnie bajó la vista a su mano, y justo en ese momento Eros se acercó y le tendió la mano, diciéndole que quería presentarla a los invitados que estaban llegando.

Y así pasó la hora siguiente, en un torbellino de presentaciones y conversaciones intrascendentes, al cabo de la cual Teddy estaba

cansado y con hambre.

–Me he tomado la libertad de contratar a una niñera para el día de hoy –murmuró Eros, pillando desprevenida a Winnie–. Puede darle de comer a Teddy y llevarlo arriba para que se eche una siesta mientras los adultos seguimos con la celebración.

Difícilmente podría haber rehusado Winnie un ofrecimiento tan sensato, sobre todo cuando la mujer que se acercó, con una sonrisa en los labios, parecía muy distinta de la fría y eficiente niñera que Eros había contratado para la visita al zoo.

Agathe, que así se llamaba la joven a la que había contratado en ese día, se ganó enseguida la confianza de su hijo y, como Zoe los acompañó, Teddy no puso objeciones a que lo llevaran arriba.

Entretanto un miembro del servicio anunció que la comida estaba preparada y, cuando entraron en un inmenso salón de baile con mesas y sillas, Winnie se paró en seco, sorprendida.

–Pensaba que solo habría una carpa en el jardín con comida de catering para picar –le confesó.

–Pues ya ves, mi padre pensó en todo cuando construyó la casa –le dijo Eros con una sonrisa triste–. Y quizá ahora entiendas porque acabó en la ruina.

Mientras los conducían a la mesa principal, Winnie giró la cabeza hacia el ventanal con puertas acristaladas que recorría una pared entera del salón de baile y salía a una terraza. Como la casa se alzaba sobre el acantilado, desde allí se divisaba una vista espectacular del resto de la isla y del mar. Su mirada se posó en el embarcadero, donde seguía el yate en el que habían llegado, y se sintió palidecer de nervios.

Pronto, se recordó, estarían de nuevo a bordo de él, alejándose de la isla, y la boda parecería solo un mal sueño, algo en lo que jamás tendría que volver a pensar. La mano de Eros descendió por su espalda, que estaba completamente rígida, y la recorrió un cosquilleo. Al alzar la vista hacia él y, para su sorpresa, él la rodeó con un brazo y se quedó paralizada como una estatua.

Eros inclinó la cabeza y sus labios se apoderaron de los de ella. Cuando introdujo la lengua en su boca, se estremeció como una hoja al viento. Sintió una punzada de deseo en el vientre, junto con un cosquilleo y un repentino acaloramiento.

Eros despegó sus labios de los de ella, como si se hubiera quemado, y le susurró al oído:

–Dios mío… No sabes cómo te deseo…

No hacía falta que se lo dijese; podía sentirlo. Notaba un ligero temblor en el musculoso cuerpo de Eros, aún pegado al suyo, y

podía sentir contra su vientre una presión evidente, prueba de lo excitado que estaba.

Y ella seguía sintiéndose igual de atraída por él que dos años atrás, pensó apartándose de él. Se odiaba a sí misma por ello, pero nunca había sido de esas personas que negaban la realidad. La llama de esa atracción que los había cegado en el pasado no se había apagado, ni la habían sofocado el sentido común, ni el orgullo, ni la culpa.

Pero le daba vergüenza, la avergonzaba cómo le temblaba la mano con la que se asió a la mesa para no perder el equilibrio porque también le temblaban las rodillas. Sin embargo, era un buen recordatorio de cuánto poder ejercía aún Eros sobre ella y de cómo podía poner su vida patas arriba. Ya había ocurrido, y había acabado embarazada de Teddy… Y eso no podía volver a pasar, se dijo con firmeza.

Vivi se acercó y se agachó para soltarle el dobladillo del vestido a Winnie, que se le había enganchado en el tacón de la sandalia.

–Se te nota que estás nerviosa –le siseó al incorporarse.

Winnie apretó los labios.

–Es que nunca se me ha dado bien fingir –admitió.

–Pues me alegra oír eso, por lo que respecta a nuestra noche de bodas –murmuró Eros detrás de ella, plantando las manos de un modo posesivo en sus caderas.

A Winnie se le pusieron las mejillas ardiendo, y la combinación de su voz aterciopelada y el contacto de sus manos casi le provocó un ataque de pánico.

Apenas probó bocado cuando se sentaron a la mesa. Movía la comida de un lado a otro del plato con el tenedor, intentando disimular su falta de apetito. Escuchó con atención al mundialmente famoso arpista que habían contratado para tocar melodías tradicionales griegas, siguió el compás con el pie cuando una pequeña orquesta interpretó otras piezas más animadas, y solo se puso tensa cuando los ojos de su abuelo buscaron los suyos y le hizo un gesto disimulado con la barbilla. Casi de inmediato se le acercaron sus hermanas, diciéndole que tenían que llevársela para arreglarle un poco el pelo y, sin vacilación alguna, se levantó de su asiento y las siguió fuera del salón hasta llegar al guardarropa.

–Hay un coche esperándonos en la parte de atrás –le dijo Vivi–. Solo hay que salir por el jardín.

–¡Pero no puedo irme sin Teddy! –gimió Winnie, consternada.

–Los hombres del abuelo se ocuparán de ir a por él –la tranquilizó Zoe–. Nosotras solo tenemos que bajar al embarcadero.

Winnie no se sentía cómoda saliendo de la casa donde su hijo estaba durmiendo en el piso de arriba, sin saber que su madre y sus tías se iban, pero sus hermanas estaban tan nerviosas como ella, aunque los nervios hacían que Vivi y Zoe se mostraran más decididas, y la agarraron por las muñecas para sacarla de la casa.

–Esto no está bien –protestó Winnie.

El tranquilo jardín, bañado por el sol, parecía burlarse del drama que se estaba gestando.

–¡No te pares!, ¡tenemos que salir de aquí… cuanto antes! –la urgió Vivi impaciente, empujándola para que saliera por la verja.

En el camino estaba esperándolas un todoterreno con el motor en marcha.

Eros, que había sido alertado por el equipo de seguridad que había contratado, las vio salir desde una ventana del pasillo que llevaba a la puerta de atrás. Una furia ciega se apoderó de él al ver a Winnie atravesar la verja y dirigirse al vehículo que estaba esperando.

Su mujer estaba abandonándolo… Aquello sí que no se lo esperaba. Hasta ese momento jamás habría imaginado a Winnie capaz de algo tan poco ético como pronunciar los sagrados votos del matrimonio en una iglesia y luego salir huyendo por la puerta de atrás. Pero ahí estaba, ante sus narices, la prueba de que se había equivocado al creer que era distinta de otras mujeres a las que había conocido. La verdad era que no se diferenciaba en nada de ellas, de esas que lo habían llevado a convencerse de que las mujeres no eran más de fiar ni más honradas por ser mujeres. De hecho, ninguna otra había sido tan falsa con él, ni lo había engañado de manera tan vil.

Winnie estaba temblando como una hoja cuando por fin subieron al yate. Tenía la frente perlada en sudor, los ojos muy abiertos, por el miedo a que Eros descubriera su huida, y el corazón latiéndole con tal fuerza que parecía que le fuera a estallar. El alegre saludo de su abuelo la hizo volverse, enfadada.

–¿Y Teddy? –preguntó inquieta.

–Teddy estará aquí dentro de nada –le aseguró Stamboulas Fotakis muy tranquilo.

Pero el coche que llegó en ese momento al embarcadero no era el que el anciano esperaba, sino un coche deportivo conducido por Eros. Además, en el vehículo había puesto una sillita de niño, y en ella iba sentado Teddy. Eros se bajó, tomó en brazos a Teddy, que

no paraba de sollozar, y se apoyó en el coche.

–¡Dios mío…! –murmuró Winnie, que de pronto tenía la boca horriblemente seca–. Eros se ha enterado…

Su abuelo masculló algo muy grosero en griego sobre los ancestros de Eros.

–No podemos irnos –murmuró Winnie temblorosa–. No pienso dejar a Teddy aquí.

–No seas ridícula. Volveremos a por él. Nevrakis no puede tenerlo vigilado las veinticuatro horas del día los siete días a la semana –gruñó su abuelo–. Ni puede mantenerlo alejado de su madre.

Winnie, sin embargo, no estaba tan segura de eso. Desde la distancia que los separaba, escrutó en silencio a Eros, el hombre con el que se había casado hacía solo unas horas. No le hacía falta hablar con él para comprender el mensaje que estaba enviándole, apoyado relajadamente en el coche y sosteniéndole imperturbable la mirada: tenía a Teddy, tenía todas las cartas en su mano.

–Winnie… –la instó su abuelo, plantando una pesada mano en su hombro–. Winnie, escúchame.

–No –respondió ella con aspereza–. Precisamente ese fue mi error: escucharte. Si no vuelvo, Eros luchará con uñas y dientes para quedarse con Teddy, y no voy a arriesgarme a perder a mi hijo.

–No permitiré que te quite la custodia.

–Acaba de ganarte en astucia, y sé que tú lo detestas. No puedo fiarme de tus promesas; Teddy es lo más importante para mí –masculló Winnie temblorosa, apartándose de sus hermanas, que intentaban calmarla–. Voy a volver.

–¡Pero no puedes hacer eso! –exclamó Vivi–. ¡Eso no era lo que habíamos acordado!

–Winnie tiene que volver por Teddy –le dijo Zoe–. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Mientras bajaba del yate a la lancha neumática que la llevaría de nuevo al embarcadero, Winnie vio a Eros erguirse y sonreír con satisfacción. Sabía que había ganado la partida. Y ella la había perdido, junto con su abuelo, pensó apretando los dientes, presa de una mezcla de ira, resentimiento y ansiedad por el recibimiento que le daría cuando llegara al embarcadero.

Capítulo 7

OTRO coche llegó al embarcadero, y Winnie esperó mientras el chófer de este quitaba la sillita de niño del deportivo y la colocaba en el otro. Eros se acercó entonces y le tendió a Teddy, que ya estaba más calmado, aunque todavía sollozaba un poco y tenía los mofletes húmedos por las lágrimas. El silencio de Eros le inquietó tanto como la frialdad con que posó sus ojos verdes en ella, que lo miraba incómoda y llena de rubor. Le indicó que subiera con Teddy al segundo coche, él volvió a subirse al deportivo y regresaron a la casa. Cuando se bajó del coche, con Teddy medio dormido en sus brazos, Eros se reunió con ella.

–¿Y ahora qué? –le preguntó Winnie en un murmullo.

Los ojos de Eros relampagueaban.

–Ahora volveremos al salón, a atender a nuestros invitados hasta que se marchen. Por suerte todo el mundo sabe que tu abuelo no es un dechado de buenos modales, así que a nadie le sorprenderá que se haya marchado con tus hermanas antes de que acabara el banquete. Y diremos que tú solo habías bajado al embarcadero para despedirte de ellos.

El gélido tono de su voz hizo palidecer a Winnie.

–Tenemos que hablar –murmuró.

–Lo haremos después del banquete –contestó Eros–. Me niego a pasear mis errores delante de los invitados.

Al oírle dar a entender que casarse con ella había sido un error, Winnie apretó los dientes con fuerza. Tragó saliva para contenerse y no darle una respuesta mordaz. Le gustase o no, tenía que ser prudente. Sobre todo porque no quería que Teddy fuese testigo de un enfrentamiento entre ambos.

El resto de la tarde se le hizo insufriblemente larga, y fue un auténtico tormento para ella. Le dolía la mandíbula de obligarse a sonreír, y estaba agotada de intentar mantener a Teddy entretenido y de buen humor. Fue un alivio para ella cuando, después de que los invitados se hubieran ido, al fin pudo darle la cena y un baño, y

dejó que la niñera se hiciera cargo de él. Solo que ese alivio se desvaneció cuando recordó que aún tenía que enfrentarse a Eros.

Para ser el novio, Eros se las había ingeniado para evitarla la mayor parte del tiempo desde que regresaran al banquete, y cuando uno de los invitados les había expresado su sorpresa ante el hecho de que no hubiesen bailado juntos, siendo como eran los recién casados, Eros había salido hábilmente al paso inventándose la excusa de que ella se había torcido un tobillo hacía poco y aún le dolía.

Desde luego podía decirse que estaba descubriendo unas cuantas cosas del hombre con el que se había casado que resultaban cuando menos inquietantes. No había duda de que era astuto y que sabía cómo ingeniárselas para salir de un aprieto. Y mintiendo era mucho más convincente que su abuelo, a quien le había costado disimular su hostilidad hacia él durante toda la boda.

Eros, en cambio, había disimulado sus sospechas con una astucia maquiavélica, y había conseguido ganarle la partida al anciano. De hecho, los había engañado a todos, pensó Winnie irritada. Había dejado que ella se pusiese en ridículo bajando a toda prisa al embarcadero, sabiendo desde un principio que, mientras él tuviera a su hijo, sería incapaz de marcharse. Había ganado utilizando a Teddy como arma, y eso la enfurecía.

Estaba en la puerta de la habitación infantil donde habían instalado a Teddy, escuchando la suave respiración del pequeño, ya dormido, cuando apareció Eros. Ella, que no lo había oído llegar, dio un respingo.

–Vamos abajo –le sugirió él.

Winnie no se dejó engañar por su tono afable, aparentemente libre de amenazas. De hecho, cuando alzó la vista a su apuesto rostro se encontró con una mirada gélida y cortante, y se le revolvió el estómago como si estuviera cayendo desde un precipicio.

–Les he dicho a todos los miembros del servicio que se fueran –le explicó Eros–. Ya limpiarán mañana. Aunque a Agathe, la niñera, le he pedido que se quede, por Teddy.

–Puedo cuidar perfectamente de mi hijo sin ayuda –le espetó Winnie con aspereza.

–¿Seguro? –inquirió Eros, como si no lo tuviera tan claro.

Decidida a no perder los estribos, Winnie apretó los labios y se dirigió a las escaleras con él detrás.

–Al fin y al cabo –continuó Eros en un tono afilado como una daga mientras bajaban–, estabas dispuesta a sacrificar mi relación con Teddy, a pesar de cómo le afectaría no poder ver a diario a su

padre.

–Eso no es verdad. ¡Habría dejado que lo vieses cuando quisieras! –replicó Winnie con vehemencia, volviéndose hacia él en medio de la escalera.

Eros torció el gesto.

–No si dependía de tu abuelo –le espetó–. ¡Creo que los dos sabemos que Stam tenía toda la intención de tacharme de la vida de Teddy!

–Puede que tengas razón, pero yo soy su madre y no habría permitido que eso pasara –replicó Winnie, y acabó de bajar los escalones restantes.

Como estaba demasiado agitada como para quedarse quieta, aunque Eros no le había dicho dónde quería que hablasen, entró en el salón de baile. Las mesas seguían cubiertas de copas, platos… todos los restos de la celebración. Parecía un barco fantasma, abandonado por la tripulación.

Para Eros era como volver a la escena del crimen, un desagradable recordatorio de la boda que no había sido una boda de verdad, y de la novia que nunca había tenido intención de convertirse de verdad en su esposa.

Salieron a la terraza y allí se volvió hacia Winnie para espetarle entre dientes:

–No eres la única que tiene la patria potestad de Teddy, y tu deber es compartir esa responsabilidad conmigo.

–¡De eso nada! –exclamó ella.

Le dio la espalda, girándose hacia la balaustrada, e inspiró una bocanada de aire fresco, esforzándose por controlar sus nervios y las emociones contradictorias que estaban bombardeándola en ese momento. No permitiría que Eros la hiciese avergonzarse de lo que había hecho, se juró a sí misma. A veces la vida te empujaba a tomar decisiones desagradables, y ella había hecho lo mejor que había podido con las malas perspectivas que había tenido por delante.

–Pero ahora estás aquí y no puedes irte –apuntó Eros–. Porque no permitiré que te vayas de esta isla, ni que te lleves a Teddy hasta que sepa que puedo confiar en ti.

Aquella amenaza dejó tan descolocada a Winnie, que se giró hacia él de nuevo y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos y la respiración agitada.

Por un momento Eros sintió que su concentración flaqueaba. A pesar de lo furioso que estaba tenía sangre en las venas, y el ver el generoso pecho de Winnie subiendo y bajando bajo el escote de

encaje del vestido lo excitaba muchísimo. Y también le hizo pensar en que no era así como había esperado pasar su noche de bodas.

Claro que… ¿cómo podría saber él lo que era normal en una noche de bodas?, se preguntó sarcástico. La anterior vez que había estado casado el suyo no había sido un matrimonio normal, y parecía que la historia se repetía.

No, se negaba a aceptar que la situación se volviese a repetir. O estaba casado o no lo estaba. No habría medias tintas, ni condiciones inadmisibles entre Winnie y él. Sin embargo, al mismo tiempo, se negaba a considerar la posibilidad de otro divorcio. Tenían que pensar en Teddy por encima de todo y, por lo que a él respectaba, eso implicaba que, como sus padres que eran, tenían que vivir bajo el mismo techo.

–¿Que no me «permitirás» irme? ¡No lo dirás en serio! –exclamó Winnie.

–No me dejas otra elección –contestó él–. ¿Crees que no me doy cuenta de que tu abuelo estará agazapado esperando la oportunidad para volver a arrancaros a Teddy y a ti de mi lado?

Ella parpadeó, aturdida, y volvió apartar la vista. Se notaba los hombros rígidos por la tensión. Otra cosa en la que no había pensado, se reprendió exasperada: Stam Fotakis no se daría por vencido tan fácilmente. Su abuelo no cejaría en su empeño hasta salirse con la suya, y no tendría el menor escrúpulo en emplear los métodos que considerase necesarios. Le irritaba que su hijo y ella estuviesen en medio del tira y afloja entre Eros y él.

–Si tienes pensado escapar y volver con tu abuelo, la decisión es tuya, pero no permitiré que dejes a mi hijo a su cuidado –le dijo Eros con fiereza.

Winnie resopló y se volvió de nuevo hacia él.

–¿Quieres dejar de ser tan dramático? ¡Mi abuelo jamás le haría daño alguno a Teddy!

–Ya. Solo hace falta rascar un poco en la historia de tu familia para saber que Stam no fue precisamente un buen padre, y no expondré a mi hijo a la influencia de un hombre así.

–No sé de qué hablas –murmuró, llena de frustración–. Mi abuelo quiere a Teddy.

–Imagino que también querría a sus hijos –replicó Eros con aspereza–. Pero aun así desheredó a tu padre por desafiarle cuando solo era un adolescente. Y en cuanto a tu tío, Nicos, cometió el error de casarse con una mujer a la que tu abuelo desaprobaba. Era divorciada, y Stam se negó a conocerla siquiera. Cuando tu tío murió, tu abuelo y él hacía años que no se hablaban.

Winnie bajó la vista, contrariada, porque ella no había sabido nada de eso. Stam solo le había dicho que su hijo mayor había muerto en un accidente, no que ni siquiera se hubieran dirigido la palabra cuando su hijo había fallecido. Y, para bien o para mal, eso le hizo cuestionarse la confianza ciega que tenía en su abuelo, porque era evidente que no había sido un buen padre.

–Y no te engañes pensando que Stam sería más benevolente con Teddy si cuando crezca un poco más no demuestra estar a la altura de sus expectativas –añadió Eros.

–Está bien, lo entiendo –concedió de mala gana Winnie, ansiosa por dejar el tema. Estaba claro que Eros sabía más de su abuelo que ella.

–Y Stam jamás me aceptará. Es demasiado esnob –concluyó Eros–. A sus ojos no soy más que un nuevo rico… y en mi árbol genealógico no hay ninguna princesa árabe.

–Para mí esas cosas no son importantes –murmuró Winnie, incómoda.

–Pero para tu abuelo el linaje lo es todo. Tenlo siempre muy presente. Quería que te casaras conmigo para paliar el hecho de que fueras madre soltera, y ahí es donde acaba mi papel en esta historia. Le servía para casarme contigo, pero a sus ojos no merezco ser parte de la familia Fotakis.

–Poco importa eso ahora –murmuró ella, que no sabía qué decir.

Pero Eros no estaba escuchándola. Volvió dentro y se alejó en dirección al bar que había en un rincón del salón de baile. Winnie agradeció ese momento de respiro, se felicitó por no haber perdido los estribos y apoyó la espalda contra la balaustrada, relajándose un poco.

Eros regresó al poco rato. Mientras avanzaba hacia la terraza no podía apartar los ojos de Winnie. La ligera brisa agitaba su gloriosa melena, adornada aún con la tiara de diamantes que complementaba el vestido de novia. Era tan delicada y tan hermosa…

Pero había traicionado su confianza y su comportamiento no había sido digno de una madre. Había estado dispuesta a abandonarlo, llevándose a su hijo, justo después de haber pronunciado los votos matrimoniales frente a un sacerdote. Había demostrado tener muy pocos principios, sobre todo falta de honradez, y así no podía confiar en ella.

A Winnie lo que menos le apetecía en ese momento era una copa, pero aceptó la que le tendía Eros simplemente porque tenía sed y porque, si era su manera de ofrecerle una tregua, como una

simbólica ramita de olivo, estaba dispuesta a aceptarla. Nerviosa y tensa, tomó un sorbo de vino.

–Cuando te pedí que te casaras conmigo, lo hice porque de verdad lo deseaba –comenzó a decirle Eros, muy serio, como midiendo sus palabras–. No había truco ni engaño alguno. Quería ser tu marido y un padre para mi hijo, y pensaba esforzarme al máximo para cumplir con esos dos papeles.

Winnie inspiró profundamente y echó los hombros hacia atrás.

–No te atrevas a hablarme con esa condescendencia después de haberme amenazado con hacer daño a mis hermanas destapando sus secretos.

–Eso no excusa que hayas pronunciado unos votos sagrados frente al altar si no tenías intención de acabar lo que habías empezado –le espetó Eros furioso–. ¡Eso estuvo mal!

A Winnie le ardían las mejillas de ira.

–También estuvieron mal tus amenazas –replicó–. No podía arriesgarme a permitir que humillaras a mis hermanas ni a perder a mi hijo, así que no te atrevas a decirme que lo que me estabas ofreciendo era un matrimonio sin trampa ni cartón porque no es verdad. ¡No me diste elección!

–Hice lo que era mejor para los tres y antepuse a Teddy por encima de todo, cosa que tú jamás has hecho –le reprochó Eros–. Si lo hubieras hecho, jamás habrías mantenido a mi hijo lejos de mí.

–¿Cómo puedes decir eso? –exclamó Winnie. Estaba tan furiosa que el corsé del vestido casi no le dejaba respirar–. No eras precisamente un modelo a seguir para un niño: ¡un hombre casado que estaba teniendo un romance con una empleada a espaldas de su esposa! ¿De verdad crees que eras la clase de padre que quería o necesitaba para mi hijo?

–Quizá no, pero era su padre y como tal tenía mis derechos –le recordó Eros sin el menor remordimiento–. Derechos y responsabilidades que tú alegremente decidiste ignorar y negarme.

Winnie ya no aguantaba más.

–Ya hemos discutido esto, y no tiene sentido que volvamos a hacerlo –le espetó, antes de volver dentro.

–Me he casado contigo de buena fe. Ni siquiera te pedí que firmáramos un acuerdo prematrimonial –le contestó Eros, yendo tras ella–. ¿Y sabes por qué? Porque fui tan tonto como para confiar en ti.

Winnie fue hasta el bar y rellenó su copa.

–¡Pues lo siento por ti! –le espetó desafiante.

Eros ya había ganado la batalla, así que no perdería nada por

agraviarlo.

Eros, por su parte, estaba fuera de sí. Parecía que la callada, confiada e ingenua Winnie solo había existido en su imaginación; había sido una ficción romántica más que una realidad.

–He dejado de ser un tonto –le recordó por perversa satisfacción–: Tengo a mi esposa y a mi hijo en mi casa, donde quería que estuviesen.

–¡Pues de mucho te va a servir! –le espetó ella, tomando otro trago de vino porque tenía la boca totalmente seca–. Si soy tu esposa es solo contra mi voluntad.

Eros sonrió con aires de superioridad, recordando cómo se había derretido en sus brazos hacía apenas una hora, antes de que intentase huir. Podía fingir todo lo que quisiera, pero la química que había entre ellos no se podía negar, y ahora, en retrospectiva, empezaba a pensar que había malinterpretado como timidez lo que en realidad había sido inquietud.

En cierto modo había cambiado: se había vuelto más fuerte, había aprendido a desafiarlo y se negaba a asentir y bajar la cabeza. Pero en el fondo, en lo que de verdad importaba, se dijo, seguía siendo su Winnie, la que lo deseaba tanto como él a ella.

Aquella sonrisa hizo que a Winnie le temblaran las piernas. Parpadeó y tragó saliva. Era difícil intentar defenderse cuando la lógica y el corazón le gritaban que se había equivocado. Pero la venganza no llevaba a ninguna parte. Si estaba en aquella tesitura era precisamente por las maquinaciones de su abuelo y su deseo de venganza. Pero ella sí que había antepuesto a Teddy al haber aceptado sin reservas a que su hijo pudiera tener una relación normal con su padre.

Para ella, sin embargo, lo de que se casaran había sido ir demasiado lejos. Era un paso demasiado personal y humillante que le había costado su independencia, además del orgullo que tanto se había esforzado por recuperar desde el nacimiento de Teddy. Su abuelo y Eros habían puesto su vida patas arriba.

Más aún: Eros le había hecho mucho daño en el pasado, y no estaba dispuesta a arriesgarse a que volviera a ocurrir. Podía intentar ser correcta con el padre de su hijo, por supuesto, pero no podía tratarlo como a un marido, ni confiar en él. No cuando sabía muy bien, por degradante que fuera, que solo se había casado con ella por el bien de Teddy.

–Te casaste conmigo con la intención de privarme a continuación de ese matrimonio y de mi hijo –la acusó Eros–. ¿Qué tienes que decir a eso?

Winnie apuró su copa y la dejó sobre la barra del bar con un golpe seco antes de darse media vuelta y alejarse de él.

–¡Winnie! –la llamó Eros airado.

Ella se detuvo y se volvió.

–No tengo nada que decirte –contestó, posando de mala gana sus ojos en él.

Eros Nevrakis, su marido, tan seductor como una pantera negra, lleno de energía, con la fuerza de un depredador letal… Estaba juzgándola como ella lo había juzgado a él en el pasado, porque le había mentido por omisión, al acceder a casarse con él cuando no tenía intención de seguir casada con él ni de vivir bajo el mismo techo que él. La había descubierto en el momento en que iba a abandonarlo, y ahora no podía negarlo ni dar marcha atrás.

–Pues yo tengo unas cuantas cosas que decirte –murmuró Eros.

–¿Ah, sí? Pues eso sí que es nuevo, porque hace un par de años, cuando habría servido de algo, parece que no tenías nada que decirme.

Las facciones de Eros se tensaron.

–Te esfumaste –le espetó, mirándola con los ojos entornados–. No me diste la oportunidad de decir nada.

–Sé sincero por una vez –lo desafió Winnie–. No tenías nada de valor que decirme. No significaba nada para ti.

Eros apretó los dientes.

–¡Bastantes problemas tenemos en el presente como para tener que andar hurgando en el pasado! –la increpó.

–Pero de esos polvos vienen estos lodos y mi opinión de ti. ¡Y por más que intento ser civilizada y generosa contigo y de pensar en Teddy, no puedo olvidar que te detesto más que a ningún otro hombre sobre la faz de la tierra!

Eros palideció y se quedó allí plantado mientras ella corría escaleras arriba. No lo odiaba, se corrigió, irritada consigo misma. ¿Por qué le había dicho eso? ¿Y por qué diablos había sacado a colación el pasado, cuando sabía que era mejor dejarlo atrás, olvidarlo? Al fin y al cabo, Eros no podía volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas. Había estado casado, sí, y eso no podía cambiarlo. La había dejado tirada cuando más lo había necesitado, y eso tampoco podía cambiarlo.

No sabía qué iba a hacer, pero tenía que quitarse cuanto antes aquel estúpido vestido, se dijo entrando enfadada en la habitación de matrimonio donde aún seguía su maleta, al lado de la pared. La había dejado atrás para no despertar sospechas, siguiendo el plan de su abuelo. Al menos podría cambiarse y ponerse algo más cómodo.

Eros, que la había seguido, entró en silencio y se apoyó en las puertas para cerrarlas mientras observaba a Winnie de espaldas, luchando con los botones del vestido. Los mismos botones que él había estado planeando desabrochar uno por uno para desnudarla. Tenía la boca seca, y las palpitaciones que notaba en la entrepierna eran un recordatorio de lo susceptible que era a aquella mujer en la que no podía confiar. Le enfurecía que le hiciese perder el control de esa manera.

–Me mentiste –la acusó.

Winnie se giró bruscamente con las mejillas encendidas.

–No, no te mentí. Me he casado contigo, como querías.

–¿Crees que eso te excusa? –le preguntó él con desdén.

–No, pero no puedo darte una excusa mejor.

–Sé que no me odias –le dijo Eros, avanzando hacia ella con sus andares felinos–. Ninguna mujer que odie a un hombre lo besaría como me besas tú a mí.

Winnie sacudió la cabeza, agitando su brillante melena.

–Eso solo es sexo –respondió despectiva–. No tiene nada que ver con las emociones. De hecho, creo que fuiste tú quien me lo enseñó.

Eros, que estaba tenso de lo excitado que estaba, la miró de arriba abajo lleno de frustración y alargó un brazo hacia ella.

–Deja que te desabroche esos botones.

–No son botones. Son falsos botones; debajo tienen ganchos –masculló ella, como si aquella puntualización fuera muy importante.

Eros le puso las manos en los hombros, con suavidad, pero con firmeza, y la hizo darse la vuelta. Ese breve contacto la hizo acalorarse, y se puso tensa mientras notaba el roce de sus dedos contra la piel de su espalda, a medida que iba soltando cada gancho.

–No puedo volver a hacerlo contigo… ¡No puedo! –exclamó desesperada.

Y, sin embargo, no podía negar el calor que había aflorado en su vientre y que amenazaba ya con anular su voluntad. Suponía que era algo natural. Llevaba demasiado tiempo reprimiendo ese deseo, negándose a reconocerlo por temor a acabar siendo de nuevo víctima de esa debilidad.

Eros le pasó el cabello por encima de un hombro y depositó en su nuca un beso ardiente que hizo que un cosquilleo le recorriera la espalda.

–No he hecho el amor con ninguna otra mujer desde la última vez que lo hicimos –le confesó con voz ronca.

Winnie, que aún estaba temblando por dentro por aquel beso en la nuca, se tensó al oírle decir eso y se volvió para mirarlo con abierta incredulidad.

–No te creo –le dijo desafiante.

Los ojos verdes de Eros relampagueaban.

–Lo creas o no, es la verdad.

Winnie lo miró atónita.

–Pero… ¿por qué? Quiero decir que… te divorciaste. ¿Pretendes hacerme creer que en estos dos años no ha pasado por tu vida ninguna otra mujer?

Las facciones de Eros se tensaron.

–Nunca me ha ido eso del «aquí te pillo, aquí te mato», y tampoco me gusta forzar las cosas. No volveré a dejar que el sexo me controle o me empuje en la dirección equivocada.

Winnie parpadeó, descolocada. Había estado escuchándolo con la respiración contenida porque nunca le había dicho lo que acababa de confesarle, y lo irónico era que no sabía si sentirse halagada o irritada. Primero le había dado a entender que lo que habían compartido no había sido solo sexo, algo pasajero, pero luego había sugerido que en el pasado el deseo lo había empujado «en la dirección equivocada». ¿Se refería a ella o a su exmujer? ¿O a alguna otra mujer de su pasado?

Pero sin duda, lo que la había dejado muda era que Eros, a pesar de su virilidad y su magnetismo con las mujeres, tenía casi tantos miedos, inhibiciones y rarezas como ella. Su confesión había transformado por completo su opinión de él: ya no lo veía como a un donjuán cruel y despreciable, sino como a un hombre muy humano, con secretos y debilidades.

Alzó la vista hacia él y se quedó mirándolo con expresión solemne.

–Me estás diciendo la verdad, ¿no?

Eros enarcó una ceja.

–¿Por qué iba a mentirte sobre algo así? ¿Qué hombre se jactaría de haberse mantenido célibe durante dos años?

Winnie cerró los ojos para contener las lágrimas y, con un gruñido, Eros la atrajo hacia sí. Asaltó sus labios con avidez y deslizó la lengua entre ellos para explorar cada rincón de su boca hasta hacerla estremecer de placer.

–No quiero destrozarte el vestido –masculló Eros impaciente, haciéndola girar para ocuparse de los muchos botones que aún le faltaban por desabrochar.

–¿Por qué no? No voy a volver a ponérmelo –murmuró Winnie.

No pudo evitar preguntarse qué iba a pasar, porque estaban adentrándose rápidamente en un terreno desconocido y, aunque sabía que debería dar un paso atrás, reclamar su espacio y resistirse a él, estaba como paralizada, temblorosa de deseo de solo pensar en las cosas que Eros le iba a hacer y en cómo la haría sentir.

Eros soltó un gancho tras otro, cada vez más impaciente, mientras luchaba contra las dudas que lo asaltaban. Acudieron a su mente imágenes de Winnie avanzando hacia el altar, y se recordó que aquello no había sido más que una extraordinaria representación teatral destinada a engañarlo, a darle una falsa sensación de seguridad. Jamás había tenido la intención de ser su esposa, ni de compartir su cama, y la ira que se había apoderado de él al descubrirlo aún se revolvía en su interior. ¿Qué diablos estaba haciendo? Volver a acostarse con Winnie sería como jugar con fuego, sobre todo ahora que sabía que era nieta de Stam Fotakis, que lo destruiría si pudiera.

Se quedó mirando su tersa espalda y las curvas de violín de sus caderas, que estaban quedando lentamente al descubierto, y un deseo irrefrenable rompió las barreras defensivas que su mente estaba intentando volver a levantar. De pronto nada importaba más allá de volver a hacerla suya. Abrió el vestido y lo vio caer a los pies de Winnie. Debajo llevaba unas braguitas blancas de encaje y unas medias hasta la parte superior del muslo, y se tomó su tiempo para deleitarse con la perfección de sus formas femeninas.

La giró lentamente hacia él y se arrodilló frente a ella para subir las manos por sus preciosas piernas hasta alcanzar la delicada piel sobre la franja de encaje que remataba las medias.

Winnie se puso tensa, y se quedó mirándolo aturdida mientras le separaba las piernas. Cada leve roce de las yemas de sus dedos en la cara interna de los muslos desataba una reacción en cadena en su pelvis, que culminó en una ola de calor que la hizo estremecer.

–Hay tantas cosas que quiero hacerte que no sé ni por dónde empezar –murmuró Eros, enganchando los pulgares en el elástico de sus braguitas para bajárselas lentamente.

A Winnie se le cortó el aliento y se le subieron los colores a la cara. Nunca se había sentido tan cohibida por estar desnuda.

–¿Sigo siendo el único hombre que te ha visto así? –inquirió Eros levantándole un pie y luego el otro, aún calzados con los zapatos de tacón, para sacarle las braguitas.

Winnie estuvo tentada de mentirle, por orgullo, pero su pragmatismo innato acabó desechando esa idea.

–¿De dónde iba a haber sacado el tiempo? –masculló–. Primero

me quedé embarazada y luego nació Teddy y desde entonces he estado haciendo malabarismos para compaginar su cuidado y el trabajo.

Eros sonrió satisfecho y se inclinó hacia delante para plantar un beso en su vientre.

–Me alegro –le confesó en un tono quedo.

Winnie se tensó de nuevo, cohibida por las estrías blanquecinas que surcaban su vientre y tragó saliva, preguntándose si Eros se habría fijado en ellas. Probablemente le había parecido que sería poco delicado hacer ningún comentario al respecto. ¡Ni tenía que hacerlo!, se dijo ella irritada, era normal que su cuerpo hubiese cambiado después de haber dado a luz.

Insensible a sus inseguridades, Eros se levantó y la tomó en volandas para depositarla sobre la cama. Se quitó la chaqueta, la arrojó a un lado, se aflojó la corbata y se desabrochó la camisa. Luego, abrasándola con sus ojos verdes, le dijo con voz ronca:

–No había deseado nada tanto como te deseo a ti en este momento.

A pesar de esa confesión, Eros siempre la había hecho sentir así, como si fuera la mujer más sexy del mundo, como si la necesitase desesperadamente. No era de extrañar que se hubiera enamorado de él. Pero Eros no había querido de ella otra cosa más que sexo, se recordó con pesadumbre.

Sin embargo, apartó ese pensamiento. Prefería vivir el presente y no mirar hacia el futuro, que se le antojaba difuso, ni volver la vista a un pasado que todavía resultaba doloroso para ella.

Eros se quitó la camisa, dejando al descubierto un torso bronceado que parecía salido de la más tórrida fantasía femenina. Los músculos se tensaban con cada uno de sus movimientos, definiendo sus poderosos pectorales, y un estómago igualmente trabajado, que parecía esculpido con cincel.

Winnie, que había estado tratando de taparse, porque sentía vergüenza de su cuerpo, dejó caer los brazos y se quedó mirándolo embobada. Era absurdo sentir pudor a esas alturas, se reprochó, y menos cuando no había nada de recatado en el deseo que Eros despertaba en ella.

Esa excitación estaba extendiéndose por todo su ser, como si se acercase una tormenta. Tenía la boca seca y el corazón le latía tan aprisa que parecía como si fuese a salírsele del pecho. Eros siempre había tenido una habilidad especial para hacerla sentirse distinta de la joven callada y sensata que era en su día a día. Solo con mirarla como la estaba mirando, con tocarla como solo él sabía hacer…

lograba que se transformase en una criatura desinhibida ávida de deseo.

–No tengo paciencia para esperar más… –masculló Eros, quitándose los pantalones.

Debajo llevaba unos boxers negros que se quitó también sin más preámbulos.

–Nunca la has tenido –murmuró Winnie temblorosa, mientras intentaba no quedarse mirándolo otra vez.

Eros se rio. Echando la vista atrás, tuvo que admitir que tenía razón. Cada vez que habían hecho el amor, dos años atrás, no podía decirse que la paciencia hubiera sido su fuerte precisamente. El deseo lo había espoleado, frustrando sus intenciones de mantener su idilio con ella bajo control. El mismo deseo que había exigido más de él de lo que habría querido dar. Apartó esos incómodos recuerdos de su mente y se concentró en la voluptuosa y encantadora visión de Winnie que tenía ante sí: completamente desnuda, salvo por los zapatos de tacón, y echada en la cama.

Se arrojó sobre ella como un enorme felino, todo potencia controlada y testosterona, y se apoderó de sus labios con un largo beso que llevó a Winnie al séptimo cielo. Nadie besaba como Eros.

Sus grandes manos agarraron sus generosos pechos y los juntaron para estimular los pezones con la lengua hasta que se endurecieron.

Descargas de placer sacudieron a Winnie. Eros descendió beso a beso por su cuerpo mientras ella se retorcía extasiada debajo de él. Y cuando se frotó contra ella, para que notara lo excitado que estaba, no pudo evitar arquear las caderas.

–Dios mío… Me vuelves loco… –susurró Eros, pellizcándole los pezones.

Un intenso gemido escapó de los labios entreabiertos de Winnie, que arqueó la espalda sin poder contenerse.

Eros le separó las piernas y se inclinó para darse un festín con los sensibles pliegues de su sexo, haciéndola sacudirse entre nuevos gemidos. Sus largos dedos la acariciaron y se introdujeron dentro de ella, penetrando con precisión la húmeda cavidad mientras frotaba el clítoris delicadamente con el pulgar, y luego la estimuló también con la lengua. Winnie jadeaba y se estremecía, notando como un clímax explosivo empezaba a fraguarse lentamente en su pelvis.

Eros la vio arquearse debajo de él con un grito ahogado, por la intensidad del placer que estaba inundándola, y luego derrumbarse, exhausta, sobre los almohadones. La expresión de satisfacción en su rostro envió una descarga de deseo a su entrepierna, haciendo que

aumentara su erección.

–Deja que te toque… –le pidió Winnie sin aliento cuando se irguió. Y, para su sorpresa, se incorporó y tiró de él, obligándolo a tumbarse a su lado–. Yo también quiero hacerte unas cuantas cosas.

–¿Ah, sí? –inquirió Eros, sorprendido por ese descaro repentino.

Siempre había sido muy tímida en la cama, siempre había dejado que él llevara las riendas.

Winnie asintió con una expresión curiosa, mezcla de timidez y decisión. Plantó las manos en su pecho y fue bajando lentamente hasta su estómago, como deleitándose con el modo en que se tensaban los músculos de su abdomen.

Sí, Winnie sabía que en el pasado se había mostrado siempre pasiva en la cama, demasiado temerosa de hacer algo mal y que se riera de ella, o de que no le gustara lo que le hiciese. Pero el descubrir que no había estado con ninguna otra mujer en esos dos años le había agradado tanto como le había sorprendido, y ahora, todas las fantasías que antaño había reprimido, que no se había atrevido a expresar, le estaban dando alas.

Además, le recordó una vocecilla en su mente, Eros apenas podía mantener las manos quietas cuando estaba con ella, y ya iba siendo hora de que se lanzara y diera rienda suelta a su propio deseo.

Se incorporó, e inclinó la cabeza, dejando que su melena le rozara el estómago mientras dibujaba arabescos en su vientre con la lengua. Al mismo tiempo, comenzó a acariciar su miembro erecto con la mano, haciendo que a Eros se le cortara el aliento y que arqueara las caderas.

Era tan suave y duro al tacto a la vez, y tan cálido… además de increíblemente sensible a la más leve de sus caricias. Eros la agarró por el pelo y se arqueó con un gemido desinhibido de placer mientras lo lamía con la lengua. Era la primera vez que se sentía sexy de verdad, que sentía que tenía poder sobre él.

Sin embargo, Eros solo resistió sus atenciones unos momentos antes de levantarle la cabeza con una mirada salvaje que la excitó, y decirle con voz ronca:

–Ya no puedo aguantar más… Tengo que hacerte mía…

Winnie le sonrió, acalorada y sin aliento.

–Bueno, pues lo dejaremos para otro momento –murmuró.

Sin perder un segundo, Eros alargó el brazo para sacar un preservativo del cajón de la mesilla, y se colocó sobre ella, haciéndola prorrumpir en risitas con sus prisas. Él le impuso silencio con un beso apasionado.

–Mi brujita traviesa… –murmuró, antes de separarle los muslos.

Winnie saboreó ese apelativo cariñoso, satisfecha de haber conseguido su aprobado con su comportamiento atrevido.

Eros la penetró con un gruñido salvaje de satisfacción, y todo pensamiento racional abandonó a Winnie. Su cuerpo palpitaba y se estremecía mientras se entregaba a Eros y se apoderaban de ella las deliciosas sensaciones que se había obligado a olvidar en esos dos años. Cada embestida de sus caderas la excitaba aún más, y cuando Eros empezó a moverse más deprisa su respiración se tornó jadeante y sintió, en medio de aquel delirio, que estaba llevándola poco a poco a un nuevo clímax. Con el corazón desbocado y retorciéndose debajo de él, por fin estalló en llamas con un fiero orgasmo que la consumió por completo. Los últimos coletazos la hicieron convulsionarse, y resonaron en su interior como una nota sostenida hasta que se despejó la bruma del placer y volvió al mundo real.

Eros se quitó de encima de ella y la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos. Aquello la pilló algo desprevenida, porque nunca había sido muy proclive a ninguna muestra de afecto después del sexo. Era algo que siempre le había dolido, sobre todo cuando, enamorada como había estado de él, ansiaba algo menos efímero que una satisfacción puramente física.

Ahora, en cambio, Eros estaba teniendo gestos tiernos con ella, como apartarle un mechón húmedo de la frente, y mirarla a los ojos, pensativo, mientras trazaba con la yema del dedo la curva de su labio inferior.

–Me gustaría no usar preservativo y que tuviéramos otro hijo –le confesó en un murmullo–. Me perdí tu embarazo y los primeros meses de vida de Teddy, y me gustaría poder tener la oportunidad de experimentar todo eso contigo.

–¿Te has vuelto loco? –le espetó Winnie. Estaba tan perpleja que ni se paró a plantearse qué podría significar aquella propuesta tan inesperada–. Teddy solo tiene dieciocho meses. Y ni siquiera sabemos si vamos a tener un futuro juntos.

–Confiaría un poco más en ti si te viera comprometerte con ese futuro concibiendo otro hijo conmigo –le dijo Eros con una indiferencia estudiada–. El futuro está ahí, a nuestro alcance, y no tenemos nada que perder si nos lanzamos a conquistarlo y dejamos que tu abuelo diga lo que quiera. Claro que si prefieres no cerrarte a otras opciones…

–No estoy preparada para tener otro hijo –masculló Winnie, que aún estaba aturdida por su sugerencia–. Y menos aún con un hombre que en el pasado me ocultó que estaba casado y me rompió

el corazón. Puede que tú no te fíes de mí, ¡pero es que yo tampoco me fío de ti! Solo las parejas bien avenidas y felices deberían traer hijos al mundo.

Ese rotundo rechazo hizo que Eros enrojeciera de ira.

–Nosotros podríamos ser felices.

–¡Podríamos! –recalcó Winnie con desprecio, apartándose de él y bajándose de la cama para ir al cuarto de baño. Necesitaba estar a solas un rato–. ¡Con eso no basta! –le gritó, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Todavía estaba aturdida por la revelación de Eros de que no se había acostado con ninguna otra mujer en esos dos años. Pero lo que le había sorprendido aún más era que lo había creído y eso, para bien o para mal, la había dejado más vulnerable que nunca. Además, había hecho lo que se había jurado que no volvería a hacer: acostarse con Eros.

Claro que ahora las cosas eran distintas, porque estaban casados, se dijo. ¿De verdad cambiaba eso algo?, se preguntó de inmediato. ¿Cambiaba algo que ahora estuviese casada con el hombre al que una vez había amado? Según él, la mantendría «presa» en Trilis hasta que sintiera que podía volver a confiar en ella. ¿Y cuándo sería eso? Porque como le había dicho no se sentía preparada para tener otro hijo con él. Y, sin embargo, aquella sugerencia de Eros había desatado un extraño anhelo en ella. ¿Pero por qué? Tal vez porque sería una experiencia muy distinta no pasar sola el embarazo, como se había visto obligada a hacer con el primero. ¿No sería maravilloso contar con ese apoyo y sentirse valorada mientras se gestaba ese hijo?

En cuanto cruzó ese peligroso pensamiento por su mente lo aplastó y se detestó por ser tan débil, tan susceptible a la más mínima sugerencia de Eros. Lo que estaba pidiéndole era que le demostrase su compromiso con su matrimonio. ¿De verdad estaba comprometida con su matrimonio? ¿O solo estaba ganando tiempo para decidir qué podía hacer? ¿Y cómo pensaba demostrarle él su compromiso? ¿O creía que bastaba con sugerirle que tuviera otro hijo con él?

Después de que Winnie se fuera al cuarto de baño, Eros permaneció tendido en la cama, exasperado y con una sensación de rechazo que hasta entonces no había experimentado. Se oía ruido de agua. Winnie debía estar dándose una ducha.

Winnie era como una hormiguita, siempre trabajando sin

desviarse del camino, ganándose a pulso cada avance en su carrera. Nunca había tomado un atajo, ni se había arriesgado si podía evitarlo. Probablemente su idilio era el impulso más peligroso al que había cedido en su vida, y pasaría mucho tiempo hasta que lo perdonase –si es que alguna vez lo perdonaba– por no haberle dicho que, al menos sobre el papel, era un hombre casado. Quizá fuera siendo hora de que le explicara por qué jamás se lo había mencionado. Tal vez entonces empezaría a aceptar que el futuro dependía solo de lo que hicieran de él.

Se levantó, se bajó de la cama y fue hasta la puerta del cuarto de baño. Ya no se oía la ducha. Llamó a la puerta con los nudillos y abrió. Winnie estaba secándose con una toalla, y era una visión esplendorosa, toda sonrosada y con el pelo mojado. Sus ojos castaños lo miraron con preocupación.

–¿Qué pasa? –balbució incómoda.

–Tú ganas –murmuró Eros–. Te hablaré de mi anterior matrimonio.

Capítulo 8

SUJETANDO la toalla contra su pecho desnudo, Winnie se quedó mirando atónita a Eros.

–Pero si no querías hablar de ello…

Eros se encogió de hombros.

–Te lo debo –contestó, antes de volver al dormitorio.

Winnie lo siguió y se sentó a los pies de la cama, envuelta en la toalla. Eros, entretanto, fue al armario y sacó unos vaqueros. Ella lo observó mientras se los ponía, y se le encendieron las mejillas al ver cómo se tensaban los músculos de su torso con cada movimiento. Eros ejercía tal atracción sobre ella que le costaba hasta pensar.

–Pareces sorprendida de que esté dispuesto a hablarte de mi primer matrimonio –comentó él.

–Bueno, hasta hace nada no estabas nada dispuesto a hablar de ello –apuntó Winnie, esforzándose por controlar su agitación.

Eros clavó la mirada en ella.

–Entonces estaba demasiado enfadado, pero ahora eres mi mujer, y tienes derecho a saber ciertas cosas.

Winnie asintió en silencio, ansiosa por saber la verdad, y a la vez reacia a escucharla por temor a lo que fuera a decir, porque estaba convencida de que le dolería.

–Un agente inmobiliario llamado Filipe Mantalos me concedió mi primer préstamo empresarial cuando los bancos no querían ni mirarme –le dijo Eros, desconcertándola con ese comienzo–. Te he hablado alguna vez de Filipe, ¿no?

–Sí, me acuerdo. Fue quien te ayudó cuando estabas empezando –contestó ella, aunque tenía un recuerdo vago de lo que le había contado de él.

Eros apretó los labios.

–Sin el apoyo de Filipe, sin su respaldo, nunca habría conseguido que ese primer negocio que monté despegara y obtuviera beneficios. Filipe era viudo y tenía una hija a la que adoraba llamada Tasha.

Winnie, que no se esperaba oír ese nombre, dio un respingo. Su primera esposa, Tasha, ¿había sido la hija de su mentor? La primera vez que le había hablado de Filipe, le había dado a entender que había sido un verdadero padre para él, no como el suyo, que se había comportado como un egoísta.

–Hace ocho años le descubrieron a Filipe un tumor cerebral. Lo operaron, pero el tumor volvió a aparecer, y esa vez no era operable –le explicó Eros muy serio–. Filipe siempre había sido un hombre práctico, así que de inmediato empezó a poner en orden sus asuntos y a tratar de dejar a su hija Tasha, que entonces aún estaba estudiando, con la mayor protección jurídica posible. Era un hombre adinerado y me pidió que cuidara de la herencia de su hija hasta que tuviera la edad suficiente como para manejar el dinero. Pero, como era joven, vulnerable y estaba muy enamorada de mí, me pidió si consideraría también casarme con ella.

–¿Si considerarías… casarte con ella? –repitió Winnie, mirándolo con incredulidad–. ¿Pero qué edad tenía, por amor de Dios? ¿Y estaba muy enamorada de ti? ¿Pero entonces tú y ella estabais…?

–No. Antes de casarnos no había nada entre Tasha y yo. De vez en cuando iba a cenar con su padre y con ella, pero Tasha solo tenía diecisiete años –replicó él con aspereza–. Yo era un buen amigo de su padre; nada más. No la había alentado de ninguna manera, pero Tasha se encaprichó de mí y convenció a su padre de que lo que sentía era amor, aunque yo estaba seguro de que no era más que un enamoramiento adolescente. Su padre, sin embargo, quería que fuera feliz y me confió su cuidado.

–Lo entiendo, pero…

–Sabía que no estaba enamorado de Tasha, pero también que no tenía una relación en ese momento. Me pidió que me casara con ella y que le diera una oportunidad a ese matrimonio –le explicó Eros–. Estaba muriéndose; no podía negarme. Quería que se fuese de este mundo en paz, así que accedí y la boda se organizó antes de que Filipe empeorara.

–¡Pero si no sentías nada por ella, deberías haberte negado! –exclamó Winnie–. Eso fue chantaje emocional.

Eros se tensó aún más.

–Pues claro que no. Además, yo creía que sabía lo que estaba haciendo. No amaba a Tasha, pero me preocupaba qué pudiera ser de ella cuando muriera su padre. Era una adolescente muy sensible y no quería que se quedara sola y desprotegida, como me había pasado a mí. En el mundo hay muchos tiburones que te acechan,

sobre todo cuando tienes dinero. Y Filipe había dejado a Tasha una cuantiosa herencia.

–Pero si ella solo tenía diecisiete años, ¿tú qué edad tenías? –inquirió Winnie.

–Veinticinco –Eros se alejó hasta el ventanal, visiblemente incómodo con el asunto del que estaba hablándole y que parecía ser muy doloroso para él–. No nos separaba una gran diferencia de edad, pero sí había muchas diferencias entre nosotros. Su padre la había mimado en exceso, y la había protegido demasiado de la vida real. Yo, en cambio, era muy serio para mis veinticinco años porque mi infancia no había sido precisamente idílica y sabía cuánto tendría que esforzarme para superar la mala reputación que mi padre había adquirido en los negocios. La verdad es que Tasha y yo teníamos muy poco en común.

Winnie, que había estado conteniendo el aliento, resopló y le dijo:

–Me parece que cometiste una locura casándote con ella. A esa edad es normal que fuese demasiado inmadura para ti y, si de verdad creía que te amaba, al casarte con ella no hiciste sino darle esperanzas.

–No es verdad –replicó Eros, altivo, levantando la cabeza y lanzándole una mirada de reproche–. Ni me acosté con ella. De hecho, jamás llegamos a consumar el matrimonio.

Winnie se quedó mirándolo.

–¿Jamás? –repitió con incredulidad.

–Jamás –asintió él–. Tasha quería que tuviéramos un matrimonio normal desde el principio, pero yo no estaba de acuerdo. Ella no estaba preparada para una relación adulta, y se merecía un marido que la quisiera. Y también necesitaba tener la libertad que su padre le había negado para disfrutar de las experiencias propias de la juventud. Herí su orgullo con mi rechazo, pero me pareció que era lo que tenía que hacer.

–¿Y qué pasó? –inquirió Winnie, que lo escuchaba en vilo.

Su mente era un hervidero de conjeturas, atónita como estaba por lo que estaba oyendo. Independientemente de lo que había pensado hasta entonces del primer matrimonio de Eros, siempre había dado por hecho que había sido un matrimonio normal entre dos personas que, cuando menos, se habían casado porque se amaban.

–Llegamos a un acuerdo. Tasha quería estudiar diseño de interiores y montar su propio negocio. Se matriculó en un centro de Londres y le dije que saliera con quien quisiera. Y eso fue lo que

hizo. Por desgracia, sin embargo, no era capaz de concederme a mí la misma libertad. Era demasiado celosa y posesiva como para aceptar la idea de que pudiera querer estar con otra mujer –le explicó Eros–. Así que le prometí que, si cuando acabara sus estudios seguía sintiendo lo mismo por mí, le daría una oportunidad a nuestro matrimonio.

–Pero… ¿cómo pudiste hacerle una promesa así cuando ni siquiera te gustaba?

Eros gruñó de pura frustración.

–Porque estaba muy dolida de que yo no quisiera tener una relación normal con ella. Yo estaba convencido de que se le acabaría pasando esa obsesión que tenía conmigo, pero ella insistía en que me quería. Yo solo pretendía desengañarla con delicadeza y así evitar que se sintiera humillada. Dios… ¡Di por sentado que antes o después se le pasaría esa obsesión que tenía conmigo!

–De todos modos, sigo pensando que llevaste demasiado lejos esa promesa. Dejó tu vida en un limbo –apuntó Winnie.

Había sido muy poco inteligente por su parte acordar algo así en unas condiciones tan desiguales por una parte y la otra.

Las facciones de Eros se ensombrecieron.

–No tienes ni idea de lo culpable que me sentía por no corresponder a sus sentimientos –le confesó–. La situación llegó a un punto en que se ponía a llorar y amenazaba con quitarse la vida. Yo habría dicho cualquier cosa, le habría prometido casi cualquier cosa con tal de calmarla.

Winnie tragó saliva, y se imaginó a Eros tratando de calmar y controlar a una adolescente histérica mientras contraía el rostro, compadeciéndose de ella.

–Pero tienes razón –añadió Eros–. No debí hacerle esa promesa porque lo natural era que los dos cambiáramos. Aunque durante varios años ese acuerdo nuestro, tan poco convencional, funcionó. Como su padre quería, cuidé de ella, controlé sus finanzas y me aseguré de que nadie se aprovechara de ella. Nos veíamos de manera ocasional para cenar juntos, pero jamás vivimos bajo el mismo techo. De hecho, llevábamos vidas completamente separadas. Tasha dejó la residencia de estudiantes en la que estaba y se compró un apartamento cuando empezó a trabajar.

–Normal que pensara que eras soltero cuando te conocí –murmuró Winnie–. Y que no hubiera signo de ninguna mujer en tu vida. ¿Por qué no me dijiste que estabas atrapado en un matrimonio que nunca quisiste?

–No habría sido justo con Tasha reconocer que me sentía

atrapado. Era mi esposa, y durante todo ese tiempo había intentado mantenerme fiel a ella. De hecho, mantuve esa promesa hasta que te conocí, porque antes de ti no hubo ninguna otra mujer –le confesó Eros, con una media sonrisa–. Y entonces, cuando de pronto apareciste tú mi vida se volvió muy, muy complicada: yo estaba casado, pero a efectos prácticos era como si siguiera soltero… y luego estaba esa estúpida promesa que le había hecho a Tasha…

–Pero dices que ella sí aprovechó la libertad que le diste, ¿no?

–Ya lo creo. De hecho, cuando lo nuestro empezó, ella tenía un novio y estaba viviendo con él. Solo que al parecer cortaron de malos modos y por eso volvió corriendo a mi lado para que yo la consolara, convencida de que era el momento perfecto para que intentáramos tener un matrimonio normal. Ese fue el día que la conociste, cuando se presentó sin avisar en la casa de campo –le explicó Eros–. Pero para entonces yo ya tenía claro que quería acabar con aquello, que necesitaba recuperar mi libertad. Y al final ella accedió al divorcio.

–Era muy bonita –comentó Winnie incómoda. El recuerdo de Tasha, rubia y de interminables piernas, aún la atormentaba–. ¿Cómo es que no quisiste darle una última oportunidad?

–Porque para mí era más como una hermana pequeña, y cuando finalmente se lo confesé comprendió que era difícil que esa percepción mía cambiase. Pero no le hablé de ti; no quería hacerle daño.

Winnie, que empezaba a entender ciertas cosas, permaneció callada. Desde el principio Eros había antepuesto las necesidades de Tasha a las suyas, concluyó con tristeza. Y a ella la había enviado a trabajar en su casa de campo, donde había menos probabilidades de que Tasha la viera, o supiera siquiera de su existencia. Había protegido todo el tiempo los sentimientos de Tasha y había intentado mantener su promesa en la medida de lo posible. Pero, cuando por fin se habían divorciado, cuando había recuperado su libertad, no había ido en su busca. Eso le dolía. No había amado a Tasha, pero le había profesado un cariño y una lealtad que jamás había mostrado hacia ella. En resumen, para Eros siempre había ocupado un segundo lugar en su escala de prioridades, al menos hasta que había descubierto que le había dado un hijo.

Al ver que el silencio de Winnie se prolongaba, Eros inspiró profundamente y le dijo:

–Debería haberte contado la verdad cuando nos conocimos. Me arrepiento de habérmelo callado todo este tiempo, pero es que cuando estaba contigo no sabía ni dónde tenía la cabeza. Lo nuestro

fue tan intenso que me tenía descolocado por completo, y cuanto más pensaba en ello, más sentía que lo que estaba haciendo estaba mal, pero era incapaz de ponerle fin.

–Entonces quizá hice bien al ser yo quien le puse fin –dijo Winnie en un tono tajante.

–Winnie… –murmuró Eros, frunciendo el ceño.

Asediada por dolorosos pensamientos que se clavaban en su ánimo como cuchillos, Winnie se levantó, demasiado herida en su orgullo como para disimular sus sentimientos.

–Bueno, te agradezco que me hayas contado por fin toda la historia –murmuró atropelladamente, mientras intentaba encontrar una salida a aquella incómoda conversación–. Pero, en fin, ahora mismo no puedo pensar en otra cosa más que en comer.

–¿En comer? –repitió Eros patidifuso.

Él había esperado que le hiciera alguna pregunta, algún comentario, o que lo increpara por las decisiones que había tomado.

Winnie esbozó una sonrisa a modo de disculpa.

–Sí, es que hoy apenas he comido nada y me muero de hambre. Así que, si no te importa, creo que voy a ir a buscar algo de comer a la cocina.

Y sin decir nada más, fue hasta donde estaba su maleta y la abrió para buscar algo que ponerse.

Eros se quedó mirándola con el ceño fruncido, perplejo por su comportamiento. No era estúpido. Era evidente que estaba molesta con él y que estaba intentando poner fin a la conversación. Pero… ¿quería él seguir con aquella conversación? ¿De verdad quería seguir arrastrando el pasado? Era su noche de bodas, y había sido un día muy largo y frustrante. Quizá Winnie acertaba al querer evitar más discusiones y concentrarse en lo práctico, se dijo vacilante.

La observó mientras sacaba una bata de seda de la maleta, dejaba caer la toalla y se la ponía. Se la notaba muy tensa, y sus ojos lo rehuyeron cuando se dirigió hacia la puerta.

–Te he comprado un montón de ropa –le dijo Eros abruptamente.

Winnie se volvió y lo miró sorprendida.

–¿Que me has comprado ropa? ¿Y eso por qué?

–Es un regalo –se apresuró a asegurarle él.

–Vaya, es muy generoso por tu parte… –contestó Winnie, en un tono que indicaba que le extrañaba que pudiera tener algún interés en lo que se pusiera.

Pero se equivocaba, porque Eros, que la encontraba atractiva

incluso con aquella bata descolorida, siempre se fijaba en lo que llevaba puesto. De hecho, cuando estaba con ella, apenas prestaba atención a nada ni a nadie que no fuera ella.

–Es que me incomoda que lleves ropa que ha pagado tu abuelo –admitió.

Winnie se puso aún más tensa.

–Esto no es una competición entre mi abuelo y tú.

–Por supuesto que no; tú eres mi esposa –replicó Eros en un tono posesivo.

–Lo único que pagó mi abuelo fue el vestido de novia. Aunque como no pensaba quedarme no he traído mucha ropa y apenas tengo prendas de verano, así que me vendrá bien lo que hayas comprado.

No iba a discutir con él por eso. No iba a discutir con él por nada, se dijo con firmeza. Lo único que conseguiría sería enfadarse, perder los estribos y dejar al descubierto sus sentimientos cuando ni siquiera ella tenía claro qué significaban esos sentimientos.

Sobre todo se sentía dolida. ¿Por qué Eros siempre le hacía daño? ¿Y por qué ella seguía queriendo estar con él? ¿Qué sentido tenía? Tenía que adaptarse a la situación en la que se encontraba y hacerlo lo antes posible. Estaba casada con un hombre que no la amaba y que no se fiaba de ella, y estaba atrapada con él en aquella isla. Pero tenía a su hijo, y Eros era increíble en la cama. Tenía que pensar en lo positivo, no en lo negativo, se dijo con fiereza. Era lo que le diría su hermana Zoe…

Capítulo 9

TENÍA antojo de chocolate todo el tiempo –le confesó Winnie azorada. No entendía por qué Eros tenía tanto interés en cómo había sido su embarazo–. No sé, podría haber tenido antojo de algo más sano, como salmón o ensalada, pero no, me dio por el chocolate, y gané unos kilos.

–Seguro que esos kilos de más te sentaban bien –murmuró Eros.

Le habría gustado haber estado a su lado en esos momentos, cuando más había necesitado de su apoyo. Acarició con el dorso de la mano la curva de uno de sus senos, cubiertos por la parte de arriba del biquini. Apartó las copas para dejarlos al descubierto, y se puso a estimular con maestría los sensibles pezones.

–Me encantan tus curvas –murmuró.

A Winnie se le quedó la mente en blanco; había olvidado por completo lo que iba a decir. Extasiada, se arqueó contra su cuerpo, cálido y musculoso. El palpitante calor que estaba aflorando entre sus muslos la dominaba por completo.

–¡Alguien podría vernos! –logró protestar, llevada por el pánico, aunque le faltaba el aliento.

–Aquí abajo no puede vernos nadie –replicó Eros, colocándose encima de ella para inclinar la cabeza hacia sus pechos desnudos–. Esta playa es privada, y nos ocultan los acantilados –le recordó con voz ronca, y jugueteó con sus pezones hasta que empezó a jadear y retorcerse de placer debajo de él.

Eros deslizó un dedo por su monte de Venus, cubierto por la braguita del biquini, haciendo que la parte más íntima de su cuerpo palpitase de deseo, y que un gemido ahogado escapase de su garganta.

No sabía cómo era posible que Eros estuviera consiguiendo excitarla de nuevo tan deprisa cuando solo hacía unas horas que habían hecho el amor. De lo único de lo que tenía seguridad, pensó mientras le bajaba la braguita del biquini, era de que estaba tan impaciente como él por volver a hacerlo. Cuando introdujo un dedo

en su sexo ardiente, exhaló un intenso gemido y se arqueó.

–Me encanta lo húmeda que estás… –murmuró Eros, complacido.

Se sacó un preservativo del bolsillo del bañador y se lo puso. Luego colocó a Winnie a horcajadas sobre él, y observó como se dilataban sus pupilas cuando su miembro se hundió dentro de ella. Y a partir de ese momento se olvidaron de todo lo que los rodeaba y se dejaron llevar por el deseo que los consumía.

Él la asió por las caderas para controlar el ritmo, y empezó a arquearse hacia ella cuando vio que Winnie no se movía lo bastante deprisa. Ella, por su parte, se abandonó a las sensaciones que se estaban apoderando de ella, jadeando y gimiendo mientras cabalgaba hacia el éxtasis. Eros la empujó a traspasar sus límites y pronto sintió que el orgasmo estallaba en su interior, como un cristal haciéndose añicos, y se derrumbó sobre él como una muñeca de trapo.

Eros la hizo rodar con él y continuó moviendo las caderas. Con el corazón desbocado y sin aliento, Winnie levantó las caderas y sintió que volvía a estallar en llamas mientras Eros seguía embistiéndola hasta llegar con él a un nuevo clímax. Eros se estremeció de arriba abajo, y exhaló un gruñido desinhibido de satisfacción.

Sin embargo, ni siquiera en ese momento dejaba de maquinar su mente. No podía mantener «prisionera» a Winnie para siempre, ni podía obligarla a seguir siendo su esposa. Pero también era cierto que, en cuanto hacía la más mínima referencia al futuro, o mencionaba la espinosa palabra «compromiso», Winnie se mostraba tan evasiva que resultaba frustrante.

Apretó los dientes, preguntándose si estaría destinado a vivir toda su vida con Stam Fotakis escudriñando con ojo crítico por encima de su hombro, dispuesto a llevarse a Winnie en cuanto su matrimonio pasara por un mal momento.

Posesivo, rodeó con sus brazos su cuerpo tembloroso y reprimió un suspiro. Todos los matrimonios pasaban por momentos difíciles, se dijo, pero él no podía permitirse ni un paso en falso. Tenía que decirle a Winnie que la isla solo había pasado a ser de su propiedad el día de la boda. También tenía que hablarle de las amenazas de su abuelo. Lo malo era que Winnie ya desconfiaba de él. Solo faltaba que le diera más motivos. ¿Y a quién podía culpar de su desconfianza sino a sí mismo? Era como si todos los errores que había cometido en el pasado se le estuvieran viniendo encima.

Winnie, que aún estaba temblando por los últimos coletazos del orgasmo, se abrazó con fuerza a Eros. Subió una mano para acariciar su pelo mojado, y deslizó un dedo por la línea de la mandíbula antes de trazar el contorno de su sensual labio inferior.

Mientras se deleitaba con que estuvieran así, tan cerca, pegados el uno al otro, levantó la vista, y cuando sus ojos se encontraron no pudo evitar que aflorara en su interior una ola de ternura. Si pudiera, permanecería abrazada por siempre a él. No quería que volvieran a separarse porque lo amaba. Nunca había dejado de amarlo. No sabía cómo podía haberse negado a reconocerlo una y otra vez durante ese último mes. La verdad era que no había querido admitirlo porque resultaba demasiado humillante, y no era capaz de imaginarse a sí misma confesándoselo a Eros. Era su secreto, y no lo compartiría siquiera con sus hermanas.

Pero… ¿cómo podría no decirle la verdad a Vivi y a Zoe? Estaba acostumbrada a contarles todo, y la mayor parte de los días hablaba con ellas por teléfono. Les había dicho que estaba bien, que estaba contenta, pero tenía la sensación de que no la creían. Habían vuelto a Londres después de la boda, y aunque Eros le había sugerido que las invitase a hacerles una visita cuando quisiera, ni Vivi ni Zoe podían tomarse más días de vacaciones tan pronto.

Al fin y al cabo, solo habían pasado cuatro semanas desde la boda. Desde entonces había estado viviendo allí, en la isla, con Eros y con su hijo, con el sonido intemporal de las olas rompiendo contra el acantilado al despertar, y por las noches, antes de quedarse dormida. Eros no la retenía como a una prisionera dentro de la casa, pero tampoco le permitía salir sola a ninguna parte. Decía que le preocupaba que su abuelo intentase llevárselos a Teddy y a ella, y se negaba a escucharla cuando le decía que ella no volvería a intentar marcharse.

Las dos primeras semanas salieron a navegar por las islas griegas y se llevaron con ellos a Agathe, la niñera. Aunque el yate en el que viajaron no era tan grande como el que las había llevado a sus hermanas y a ella a Trilis, tenía su tripulación y disponía de amplios camarotes que les proporcionaban intimidad y que estaban lujosamente amueblados.

Aquel crucero fue una experiencia muy relajante, que disipó la tensión del día de la boda. Y ahora Winnie tenía dos fabulosos anillos aparte del anillo de boda: el primero era un anillo de plata con un diamante. No era un anillo de compromiso, pero Eros había insistido en que lo llevara en el anular de la mano izquierda, como

si lo fuera. ¿Y el segundo? El segundo era un anillo adornado con pequeños zafiros, otro regalo de Eros en recuerdo del nacimiento de su hijo.

Al visitar Miconos habían ido a bailar a un par de clubes nocturnos y a Winnie la había sorprendido lo mucho que había disfrutado de esa primera experiencia de salir con Eros por ahí, como una pareja. En la casa de campo habían cenado a solas, y habían pasado muchas noches juntos, pero nunca habían salido.

Ahora, sin embargo, todo era distinto, pensó contenta, y Eros también la trataba de un modo distinto. Se mostraba afectuoso, en la cama y fuera de ella, y era tierno cuando estaban a solas y siempre, siempre, estaba pendiente de ella, de que estuviera cómoda y a gusto.

Habían ido a nadar en caletas solitarias, donde Teddy podía corretear desnudo, habían almorzado en pequeños restaurantes típicos desconocidos para los turistas, y más de una noche ella se había metido en la cama achispada y riéndose después de haberse divertido tanto que casi se sentía culpable.

En la playa de Paros habían dado esquinazo a los paparazis, pero los habían interceptado cuando habían estado de compras en Corfú. Y luego, cuando había visto en las revistas del corazón las fotos que les habían hecho, apenas se había reconocido. Aquel día se había puesto unas chanclas de cuero y un vestido de tirantes rojo que Eros le había comprado, y era como si se hubiese metamorfoseado en una versión más extrovertida de sí misma.

Además, ahora lucía un intenso bronceado y el sol había aclarado un poco su cabello, que últimamente llevaba suelto. También había dejado de preocuparse por lo que comía y se temía que hubiera ganado algún kilo de más, aunque confiaba en mantenerse con todo el ejercicio que hacían en la cama y fuera de ella.

Eros era muy activo; le encantaba el deporte. La había llevado a hacer windsurf, surf de remo… Y nadaban todos los días. Eros estaba enseñando a Teddy, y también los había llevado de excursión por los montes de la isla para que disfrutaran de las vistas, con el pequeño sobre sus hombros, o agitando los bracitos, entusiasmado, metido en la mochila portabebés.

Eros era un padre estupendo, y la tenía impresionada con lo bien que se manejaba con el pequeño. De hecho, al verlo con Teddy se había convencido de que su hijo habría perdido muchísimo si le hubiera privado de poder pasar cada día con su padre. Más aún: Teddy ya no tenía tantos berrinches. Podía ser que simplemente

estuviera superando una fase, pero Winnie tenía la impresión de que el pequeño se sentía tan feliz cuando tenía la aprobación de su padre, que se apresuraba a evitar aquellos comportamientos que lo hacían fruncir el ceño.

Con ella, Eros seguía siendo el hombre divertido y seductor que siempre había sido, pero además ahora era mucho más considerado y cariñoso con ella, se mostraba dispuesto a hablar de lo que ella quisiera, y ese era el cambio más grande que había visto en él.

Estar con Eros y con Teddy la hacía feliz. Y una noche a la semana los miembros del servicio se iban más temprano a casa y ella cocinaba y cenaban en la terraza, bajo las estrellas, lo que le traía recuerdos de cómo se habían conocido.

Sin embargo, a pesar de su dicha y la de Teddy, sabía que antes o después tenía que ver a su abuelo y hablar seriamente con él. No podía dejar las cosas como estaban cuando había decidido volver a la isla con Eros el día de la boda. Sin embargo, también era consciente de que Eros no quería que se reuniera con su abuelo.

–Voy a darme una ducha –le dijo con un suspiro. Se levantó de la tumbona y se enfundó un pareo antes de guardar sus cosas en la bolsa de playa–. Para cuando vayamos a almorzar Teddy ya se habrá despertado de su siesta.

–¿Qué quieres hacer esta tarde? –le preguntó Eros mientras subían a la casa por el empinado sendero de arena–. La verdad es que yo tengo que ponerme al día con el trabajo…

–Pues por mí no te preocupes; me entretendré haciendo algo con Teddy –contestó ella. Inspiró profundamente y añadió–: Mañana me gustaría ir a ver a mi abuelo.

Eros se paró en seco.

–No –le dijo con aspereza.

–No te estoy pidiendo permiso –le advirtió Winnie–. Ni tengo pensado llevarme a nuestro hijo para ir a verlo. Pero estaría bien que invitaras al abuelo a venir aquí para ver a Teddy.

Eros se quedó mirándola con incredulidad.

–¡Ni en sueños! –le espetó.

–Pues hazte a la idea porque tendrá que ser así. No sé cuándo, porque no tengo una bola de cristal, pero ocurrirá –le aseguró Winnie, antes de seguir andando–. No voy a permitir que mi abuelo, ni nadie de mi familia, esté enfrentado con mi marido. Voy a arreglarlo todo.

–No lo permitiré –gruñó él.

–¡No te escucho, Eros… no te escucho! –le chinchó Winnie sin dejar de subir la cuesta, aunque ya le faltaba el aliento y el pareo se

le pegaba a la piel porque estaba toda sudorosa–. Las familias no deberían estar enfrentadas.

–¿Es que te has caído de un guindo? –la increpó Eros, yendo tras ella–. Es de lo más normal que las familias estén enfrentadas por algún motivo. La mía, por ejemplo, lo estaba.

–Tus padres se habían divorciado; eso es distinto –razonó Winnie–. Pero sé que para ti fue muy duro que tus padres tomaran caminos distintos.

–No, lo que fue duro para mí fue lo mal que lo pasó mi madre –replicó Eros en un tono grave–. Nunca pudo superarlo, ni dejó de amar a mi padre. Un matrimonio debería ser algo más que una obligación contractual.

–Y yo creo que para la mayor parte de la gente lo es –reconvino Winnie–. Por lo que me has contado, sospecho que tu padre sucumbió a la crisis de los cuarenta y su vida descarriló.

–Yo solía ver el matrimonio como algo sagrado –murmuró Eros con voz ronca–. Por eso no quería casarme con Tasha, y por eso permanecí casado con ella más tiempo del que debería haberlo hecho. Seguía creyendo que un día las diferencias entre nosotros se desvanecerían, como por arte de magia, pero ahora no soy tan ingenuo, y sería un idiota si te dejara pasar ni cinco minutos con un hombre que me odia y que quiere destruir nuestro matrimonio.

–Ya, pero la cuestión es que, como te he dicho, no estoy pidiéndote permiso –le respondió Winnie enojada, deteniéndose y volviéndose hacia él–. Iré a Atenas aunque tenga que irme en ferry y tarde horas en llegar.

–¿Y cómo sé que vas a volver? –quiso saber Eros, conteniendo su irritación a duras penas.

–¿Aparte del hecho de que dejaré a Teddy aquí? –le espetó ella. Como Eros se quedó mirándola ceñudo, puso los ojos en blanco y añadió–: A lo mejor ya va siendo hora de que intentes confiar en mí.

–Me va a costar –masculló él–. La última vez que confié en ti fue cuando, después de casarnos, te subiste a un yate para abandonarme.

Winnie se sonrojó, abochornada, pero luego levantó la barbilla desafiante y le respondió:

–Y la última vez que yo confié en ti resultó que estabas casado –le recordó con retintín–. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Los dos hemos cometido errores.

–Este matrimonio no es un error –apuntó Eros.

–Eso solo el tiempo lo dirá –replicó ella en un tono quedo.

Habían llegado a lo alto de la cuesta. Winnie, dando por terminada la conversación, se dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. Eros la siguió y cuando hubieron entrado en el vestíbulo le puso una mano para detenerla antes de que subiera las escaleras.

–Démonos un poco más de tiempo –la instó–. Si te vas corriendo a ver a tu abuelo cuando solo han pasado unas semanas, será como invitar al zorro a entrar en el gallinero. Si le damos la oportunidad, se enfrentará a nosotros.

–Mi abuelo solo quiere lo que él cree que es mejor para mí, lo que cree que es mejor para todos nosotros. Le contaré lo de tu primer matrimonio.

–¡¿Que harás… qué?! –exclamó Eros con incredulidad.

–Ya me has oído. Quiero que mi abuelo comprenda que te encontrabas en una situación muy inusual.

–Lo que te he contado es algo personal –masculló Eros.

–Vamos, Eros, te lo pido por favor… –le insistió Winnie–. Por lo menos tiene que saber que tu matrimonio no era un matrimonio normal.

Eros no pudo negarse a la dulce mirada de esos ojos castaños. Sacudió la cabeza y claudicó diciéndole:

–¡Está bien, haz lo que quieras!

–Te lo agradezco. Sé que mi abuelo es un poco difícil, y un cabezota, pero no quiero dejarlo fuera de mi vida.

–Es lo que él hizo con tu padre: dejarlo fuera de su vida –le recordó Eros.

Eso había sido un golpe bajo.

–Él mismo reconoce que fue un error por su parte, pero ya había tomado esa decisión y su orgullo le impedía bajarse de su pedestal –le dijo Winnie–. Pero la gente cambia, Eros.

Subió las escaleras y Eros la siguió.

–Tú en lo esencial no has cambiado; sigues queriendo creer que todo el mundo es bueno –apuntó él a modo de reproche–. Pero no es así. Lo creas o no, hay gente mala en el mundo que disfruta haciendo de menos a otros y haciéndoles daño.

–¿Crees que no lo sé después de las experiencias que tuvimos mis hermanas yo en los hogares de acogida a los que nos enviaron? –le espetó ella enfadada, entrando en el dormitorio y volviéndose hacia él.

–Pues no, no lo sé, porque tú nunca me hablas de esas experiencias.

Winnie se quedó callada y se rodeó el cuerpo con los brazos.

–En el primero en el que estuve me quitaron las zapatillas de

deporte, y me acusaron de estar mintiendo y haberlas vendido. A Vivi la acosaban las otras chicas. En el segundo hogar al que nos enviaron un chico mayor que yo me pegaba porque me negaba a darle dinero, y le daba igual que le dijera que no tenía porque decía que hablaba con demasiada finura como para ser pobre. Y en el tercero ya no tenía conmigo a mis hermanas porque nos habían separado. Mi padre de acogida pegaba a su mujer, y una noche, por meterme por medio me llevé un puñetazo –le relató en un tono desprovisto de emoción–. Después de eso pasé un tiempo en un centro estatal, y cuando volvieron a mandarme con una familia de acogida estaba empezando a crecerme el pecho, lo cual fue otro problema.

Mientras la escuchaba, Eros se había puesto pálido.

–¿Por qué nunca me contaste todo esto?

Winnie apretó los labios.

–La gente no quiere oír esa clase de cosas.

–Pero yo quiero saberlas porque me importas –le dijo Eros–. Continúa, por favor.

Winnie suspiró.

–Los adolescentes y los hombres que había en mi entorno empezaron a mirarme de un modo libidinoso. Me llevé unos cuantos sustos, pero por suerte nunca me pasó nada porque conseguí mantenerme a salvo. Para cuando llegué a la casa de John y Liz tenía fama de difícil y antisocial, pero ellos me ayudaron a cambiar. Lo cambiaron todo –le confesó entre sollozos, mientras le rodaban lágrimas por las mejillas–. Pero ¿sabes por qué te estoy contando todo esto? Porque quiero que sepas que la familia lo es todo para mí y que no aspiro a la perfección. Además, una familia no son solo los padres y los hermanos. Pueden pertenecer a ella los amigos, gente como John y Liz, y hasta personas como mi abuelo, que a veces no se dan cuenta de que deberían meterse en sus asuntos.

Eros fue hasta ella y la rodeó con sus brazos para reconfortarla. Le espantaba todo lo que había tenido que pasar sin apoyo alguno.

–Lo siento mucho.

–No es verdad –murmuró ella angustiada–. Eres como mi abuelo. Normal que no os llevéis bien. Lo único que sientes es no poder salirte con la tuya.

–En parte tienes razón –admitió Eros de mala gana, apartándole un mechón del rostro–. Pero para mí es importante protegerte. No quiero que te hagan daño, y no me fío de tu abuelo.

–Pero no puedes retenerme aquí para siempre.

–¿Como a una princesa encerrada en una torre? –sugirió él, y una sonrisa curvó sus sensuales labios–. No… aunque me gustaría.

–Ya lo sé –murmuró Winnie. Y, dejándose llevar por un impulso, e hipnotizada por sus increíbles ojos verdes, se puso de puntillas y lo besó en los labios–. Pero no puedes.

–Tal vez. Pero no por eso voy a darme por vencido –replicó Eros.

Tomó sus labios con un fiero beso, y la apretó contra sí con tal fuerza que Winnie podía notar cada músculo de su cuerpo y su más que evidente erección.

–¿No me digas que… otra vez? –balbució–. ¡¿En serio?!

–En serio –murmuró él.

Le levantó el dobladillo del vestido, y sus largos dedos subieron hasta la unión entre sus muslos para separarlos y empezar a explorarla, ansioso por volver a estar dentro de ella.

La empujó contra la pared y la levantó, haciendo que le rodeara las caderas con las piernas. Sus dedos siguieron jugueteando, asegurándose de estimularla a conciencia para que estuviera dispuesta para él. Momentos después la penetraba, hundiendo su miembro hasta el fondo, y comenzó a sacudir las caderas entre jadeos. La embestía con fuerza, deprisa, y de un modo tan erótico, que Winnie alcanzó el clímax en un abrir y cerrar de ojos. Solo después, cuando sus piernas colgaban a ambos lados de sus caderas, se dio cuenta, entre los jadeos de ambos, de que se habían olvidado de algo.

–¡No te has puesto preservativo! –exclamó.

Eros parpadeó. Sus ojos verdes aún estaban enturbiados por el deseo. Gruñó con frustración y se pasó una mano por el cabello.

–Perdona.

–No… no pasa nada. Bueno, no debería haber problema –murmuró Winnie, haciendo apresurados cálculos mentales–. No estoy en el momento fértil de mi ciclo menstrual. Pero deberíamos ir a ver a un médico y pedir que me recete la píldora.

–¿Así de fácil? –Eros enarcó una ceja, sorprendido–. Creía que esto sería otro motivo de discusión.

–No por esta cuestión. Aunque quizá sí lo sea dentro de un año o dos, si seguimos juntos –apuntó ella.

–Por mi parte no hay problema. Lo que tú decidas me parece bien –respondió, para sorpresa de ella–. Y, Winnie… Dentro de un par de años seguiremos juntos.

Winnie acababa de entrar en el cuarto de baño cuando Eros se asomó a la puerta abierta.

–Mañana por la mañana voy a Atenas por trabajo; de camino te

dejaré en casa de tu abuelo. Pero no podré recogerte a la vuelta porque tengo una reunión en El Pireo y no sé cuánto durará. Cuando quieras volver, los guardaespaldas que he contratado para que cuiden de ti se encargarán de todo.

Winnie se volvió hacia él con una amplia sonrisa.

–Gracias –le dijo con cariño.

Apreciaba que la hubiera escuchado, y que respetara su derecho a hacer lo que quería, aunque no estuviera de acuerdo.

–¡Cuatro guardaespaldas para cuidar de mí es demasiado! –masculló Winnie con incredulidad cuando los vio salir del coche que iba detrás de ellos. Eros les había encomendado que «supervisaran» su visita a casa de su abuelo–. ¡Por amor de Dios, mi abuelo no va a raptarme! ¿No te parece que estás llevando demasiado lejos esto de la seguridad?

–Más vale prevenir que curar –respondió Eros, negándose a entrar en razón–. Si ven cualquier cosa que les parezca sospechosa, se pondrán de inmediato en contacto conmigo.

–Y, si se ponen en contacto contigo, ¿qué es lo que piensas hacer? –quiso saber Winnie–. ¿Decirles que asalten la casa armados para sacarme de allí?

Los ojos de Eros relampaguearon.

–Haré lo que tenga que hacer para proteger a mi esposa y mi matrimonio.

Winnie gimió y puso los ojos en blanco.

–¿De eso se trata?, ¿una demostración de fuerza? ¿Para parecer más hombre?

Eros esbozó una sonrisa traviesa.

–Sé que a Stam le fastidiará un montón que vayas con guardaespaldas –le dijo–. Es mi manera de advertirle educadamente que no toleraré más intromisiones por su parte en nuestro matrimonio. Y por supuesto te dirá que estoy paranoico.

–Me da igual –le susurró ella antes de abrir la puerta del coche–. Paranoico o no, eres mío…

Un repentino silencio siguió a sus palabras, y Winnie lamentó de inmediato que se le hubieran escapado.

Eros se quedó mirándola, sorprendido.

–¿Lo soy?

Winnie se sonrojó. Bueno, sí, lo amaba, pero eso no quería decir que tuviera que escribirlo en una pancarta y plantársela delante. De hecho, siempre había pensado que mostrarse indiferente con él sería

más efectivo. Además, ¿no decían que los hombres querían lo que no podían tener? Nunca se valoraba lo que se podía conseguir con facilidad.

–Nos vemos luego –le dijo, apresurándose a bajarse del coche, delante de la casa de su abuelo.

Lo había llamado la noche anterior para avisarle de que iba a ir a visitarlo, y confiaba en que durante el mes que llevaba en la isla le hubiera dado tiempo a calmarse y adoptar una actitud más transigente hacia su matrimonio con Eros.

Stam Fotakis estaba en su despacho, pero cuando Winnie entró se levantó de inmediato de su escritorio y ordenó a su secretaria que les sirviera un café.

–Creía que te habrías tomado la mañana libre –comentó Winnie con ironía, cuando se hubieron sentado.

Su abuelo le dijo a su secretaria que no le pasara ninguna llamada.

–Yo nunca me tomo un día libre –respondió muy orgulloso, escrutando a Winnie por encima de la montura de sus gafas–. A menos que tenga algo que celebrar, por supuesto. Y el hecho de que hayas venido sin equipaje sugiere que no tengo nada que celebrar… aún.

Winnie captó enseguida la indirecta y decidió ser tan directa como él.

–No pienso dejar a Eros. Hemos decidido seguir juntos –le confesó. Las facciones del anciano se tensaron–. He venido a pedirte que te quedes al margen y aceptes nuestro matrimonio.

–¡Por amor de Dios! –murmuró Stam Fotakis frunciendo el ceño–. ¡Sigues enamorada de ese canalla!

Sus palabras hicieron palidecer a Winnie, pero se mantuvo firme.

–Quiero que aceptes nuestro matrimonio, y que reconozcas que lo mejor para Teddy es que sigamos juntos.

–Serías capaz de caminar sobre unas brasas ardiendo por Nevrakis, ¿no? –murmuró su abuelo con incredulidad, volviendo a levantarse–. ¿Cuándo te darás cuenta de que te está utilizando?

–¿En qué sentido? –quiso saber Winnie–. Conozco lo bueno y lo malo de él. Deja que te hable de su primer matrimonio.

Su abuelo levantó una mano de inmediato para silenciarla.

–No quiero escuchar ninguna historia lacrimógena.

–No es una historia lacrimógena; es una explicación –replicó Winnie.

Y, del modo más breve y simple que pudo, le refirió los motivos

por los que Eros se había casado con Tasha.

–¿Debería estar impresionado?, ¿tendría que sentirme orgulloso de haberte casado con un idiota sentimental con unas ideas románticas y ridículas sobre el honor y la lealtad? –le espetó Stam Fotakis, frunciendo el ceño con preocupación–. Lo estás excusando, Winnie. ¡Estaba casado y te convirtió en su amante!

–No fue eso lo que pasó –lo contradijo ella, levantando la barbilla en vez de amilanarse–. Y sí, yo respeto a las personas con sentimientos, con sentido del honor y de la lealtad. Le honra que no culpara a Tasha ni a nadie más de todo este lío en el que estamos. Y me alegra saber que no hubo más mujeres en su vida, que no fui simplemente una más. Me alegra que sea consciente de que cometió errores y que está intentando enmendarlos.

–¿Y tú eres consciente de que no pertenece a nuestro estatus social? –le dijo su abuelo, desaprobador–. ¿Te das cuenta de que se ha marcado un tanto al casarse contigo? ¿De que es probable que se haga aún más rico ahora que se ha convertido en mi nieto político? Es un hombre muy ambicioso, y esto le irá muy, muy bien.

–A Eros le preocupa más ser un buen padre para Teddy que sacar tajada por que lo relacionen contigo –le espetó Winnie con orgullo–. Y yo no soy una esnob. Me da igual que no pertenezca a una familia de renombre.

–Pero seguro que sí te importa que Nevrakis sea sincero contigo, ¿no? –apuntó su abuelo. Se quedó callado un momento, antes de continuar, diciéndole con ironía–: Pues siento decepcionarte y destruir tu fe en él, pero no ha sido sincero contigo.

Stam vio palidecer a Winnie. Sabía que estaba siendo cruel con ella, pero tenía que saber la verdad; tenía que aceptar la verdad. No tendría más secretos con Winnie.

Winnie, que estaba tomando un sorbo de café, dejó la taza sobre el platito, y repiqueteó por el temblor de su mano. Con gran dificultad se irguió y lo miró.

–Y supongo que tendrás pruebas de eso –le dijo con voz trémula.

Stam inspiró profundamente.

–Nevrakis accedió a casarse contigo para recuperar la isla de su familia. Yo les compré Trilis por una miseria hace más de treinta años, cuando su padre se arruinó. Eros llevaba unos cuantos años intentando volver a comprármela, pero yo no estaba interesado en deshacerme de ella. El día de tu boda la isla pasó a ser de su propiedad. Digamos que fue un pequeño soborno para llegar a un acuerdo con él. Y no le ha costado nada –concluyó, observándola atentamente. Winnie palideció–. ¿No te lo mencionó? Sí, fue un

soborno. ¿No te ha dicho que no había pisado la isla hasta que le permití ir allí para inspeccionar el lugar y preparar la boda?

Winnie se inclinó hacia delante para dejar la taza y el platito en la mesa, por temor a dejarlos caer y ponerse en ridículo.

–No… no mencionó nada de eso –dijo Winnie en un hilo de voz.

–Si no lo hubiese sobornado para que se casase contigo, ni siquiera se habría planteado renunciar a su libertad –recalcó su abuelo–. ¿Y ese es el hombre por el que estás dispuesta a sacrificar tu espléndido futuro?

–¿Qué espléndido futuro? –inquirió ella aturdida.

–Sin Nevrakis, Teddy y tú podríais vivir aquí conmigo y estoy seguro de que con el tiempo conocerías a algún hombre mucho más digno de ti.

–Un hombre al que tú escogerías, un hombre que cuente con tu aprobación –adivinó Winnie, asqueada–. Un hombre que no se enfrente a ti, que te deje llevar la voz cantante.

–¿Tan arrogante crees que soy? –le espetó Stam, con una mirada de reproche.

–Creo que eres incapaz de tolerar o de sentir aprecio por cualquiera que se atreva a desafiarte –masculló Winnie con tristeza, intentando no pensar en lo que acababa de contarle de Eros.

Se sentía como si acabase de caer de una gran altura y se hubiera golpeado la cabeza, porque de repente le dolía y la asaltaron un sinfín de pensamientos caóticos y tristes. ¿Eros se había casado con ella para recuperar una estúpida isla? ¿Qué sentido tenía aquello?

Sí, Trilis era una isla muy hermosa, y comprendía que Eros tenía allí raíces que se remontaban a cien años atrás: en el pequeño cementerio había lápidas casi borradas con el apellido Nevrakis. Su familia había construido la iglesia y la pequeña escuela del pueblo. Había soñado con que Teddy fuera a esa escuela algún día… Sacudió la cabeza, aturdida, pero no consiguió aclarar sus pensamientos.

–Yo te aprecio, Winnie –le dijo el anciano en un tono amable–, pero a tu manera, aunque sin levantar la voz, me desafías igual que hizo tu padre. No quiero que Nevrakis vuelva a hacerte daño. Por eso te he contado lo de la isla.

–Me temo que por ahora no tengo nada más que decir –murmuró Winnie con el corazón en un puño, antes de levantarse de la silla.

Y pensar que Eros le había dicho que su abuelo le haría daño… ¿O es que temía qué pudiera contarle? Un escalofrío de inquietud y

repulsión la recorrió y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero parpadeó con fuerza para contenerlas. Eros había conseguido una isla al casarse con ella, una especie de dos por uno. ¿Cómo se suponía que debía tomarse algo así? ¡No le extrañaba que no se lo hubiese dicho! Tonto no era. No, sabía perfectamente cómo se tomaría cualquier mujer que un hombre se dejara sobornar para casarse con ella. Entendía a la perfección que se lo hubiese callado, tan bien como comprendía la angustia y el pesar que estaban apoderándose de ella en ese momento.

Había vuelto a caer en el mismo error, cegada por el amor. Cometer un error así era desagradable, pero cometerlo dos veces era imperdonable…

–Pero si acabas de llegar; no me digas que te vas ya… –protestó Stam.

–Me has dicho lo que querías decirme –respondió ella–. Me empujaste a casarme con él y ahora estás intentando convencerme para que lo deje, pero no voy a dejar que me manejes a tu antojo. Lo que haga ahora es asunto mío.

Solo que no sabía qué iba a hacer con aquella información que su abuelo le había dado, más allá de pedirle cuentas a Eros. Al llegar a la puerta del despacho se volvió hacia su abuelo.

–Pase lo que pase entre Eros y yo, espero que vayas pronto a Trilis a visitar a tu bisnieto, porque no debería verse perjudicado por las riñas triviales de los adultos.

–¿Triviales? –repitió Stam con incredulidad, como si lo hubiera insultado. Para él no era algo trivial que aquel hombre se hubiera atrevido a mancillar el honor de su nieta–. ¡Y jamás iré a visitaros ni a Teddy ni a ti allí!

–Pues me parece muy triste –murmuró Winnie–. Para ti la familia debería ser lo primero, aunque no siempre estés de acuerdo con cómo llevamos nuestras vidas.

Winnie volvió al vestíbulo, donde estaban esperándola los guardaespaldas. No acababa de creerse lo que le había dicho su abuelo: Eros se había casado con ella para recuperar la isla… La había obligado a casarse con él para recuperar la isla…

No había duda de que su abuelo había sabido escoger la zanahoria perfecta para tentarlo. Por sí sola, ella no habría bastado para tentar a un hombre que ya había pasado por un matrimonio insatisfactorio, y que naturalmente habría sido reacio a encadenarse a un segundo matrimonio con una mujer a la que deseaba, pero no amaba.

Y aquella era en resumen su situación, se dijo asqueada,

mientras uno de los guardaespaldas hacía una serie de llamadas para organizar su regreso a la isla. Blanca como una sábana, se quedó mirando la pared, urgiéndose a ser fuerte y a tomar las decisiones que tuviera que tomar.

Eros jamás la había amado, y dudaba que eso fuera a cambiar. Y ni siquiera por el bien de Teddy seguiría adelante con un matrimonio en el que su indiferencia iría minando poco a poco su autoestima hasta que un día no le quedara nada.

Era fuerte e independiente, se recordó. Se enfrentaría a él y manejaría la situación sin ponerse demasiado sensible, sin llorar y sin gritar. Llorar sería patético. Le dejaría entrever cuánto daño le había hecho. No, se mostraría fría, digna. Irguió los hombros y levantó la cabeza. Haría que Eros Nevrakis se arrepintiera de haber nacido…

Capítulo 10

EROS se bajó del helicóptero y tomó un atajo hasta la casa. Sus facciones estaban tensas. Winnie apenas había estado media hora con su abuelo, y después de marcharse había ignorado todas sus llamadas y sus mensajes de texto, cosa rara en ella. Era inusual que Winnie se mostrase malhumorada, y era muy difícil enfadarla, pero su silencio le inducía a pensar que la visita a su abuelo no había ido nada bien.

Aun así, de ningún modo habría podido convencerla para que no fuera. Aunque Winnie era bajita y delicada, era capaz de pelear como un peso pesado cuando alguien intentaba disuadirla de sus ideas. Por eso la había dejado ir. No quería que su abuelo se convirtiera en una fuente de enfrentamientos entre ellos. Al fin y al cabo, lo que él quería era que Winnie fuera feliz.

Y había estado feliz esa mañana, antes de que se separaran, aunque también hubiera estado algo nerviosa respecto a enfrentarse a su abuelo, famoso por su terquedad y su intransigencia.

¿La habría amenazado de algún modo? Esa sospecha provocó la ira de Eros, una ira tan volátil como una tormenta eléctrica en una noche oscura. ¿Había hecho mal dejando que Winnie fuera a verlo? Seguramente el viejo aún debía estar furioso por la decisión de Winnie de quedarse en Trilis con él. ¿Habría pagado su frustración con ella?

Al entrar en el vestíbulo, lo sorprendió que no hubiera por allí ningún miembro del servicio.

–Ya estás en casa –dijo Winnie en un tono apagado, saliendo en ese momento del salón–. Llegas más pronto de lo que esperaba.

Llevaba un elegante vestido negro corto que dejaba al descubierto sus esbeltas piernas y sus delicados tobillos. Estaba preciosa, pensó Eros, inspirando profundamente. Aquel vestido le quedaba como un guante y dejaba entrever sus espectaculares curvas, pero no le dijo nada porque cada vez que le hacía un cumplido ella empezaba a replicarle. Y, sin embargo, al ver cómo se

balanceaba su melena con cada paso y cómo le brillaban los ojos, no pudo evitar pensar de nuevo en lo guapa que estaba.

–Cuando me enteré de que tú también ibas a volver antes de lo previsto, decidí abreviar la reunión en la que estaba.

–¿Y eso por qué? –inquirió ella en un tono suspicaz.

Eros frunció el ceño.

–Estuviste tan poco tiempo en casa de tu abuelo que me preocupó que hubiera pasado algo –admitió él.

–En media hora nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir –le contestó Winnie, mirándolo fijamente.

La irritaba que, incluso después de un día muy ajetreado, Eros estuviese igual de atractivo que siempre, con el traje a medida sin una arruga, la camisa blanca sin una mancha, la corbata de seda bien derecha… Únicamente tenía el cabello algo revuelto, y solo la ligera sombra de barba que lucía indicaba las horas que habían pasado.

Eros enarcó una ceja.

–¿Hay algo que debería saber?

–Es curioso que me hagas esa pregunta –murmuró Winnie–. ¿Hay algo que pese sobre tu conciencia?

–Estás muy rara –comentó Eros con aspereza, y miró a su alrededor–. ¿Dónde está todo el servicio? ¿Y Teddy?

–Le di al servicio la noche libre, y Agathe se ha llevado a Teddy al pueblo, a merendar en casa de sus padres.

–Entonces… ¿vas a hacer tú la cena?

–Más te vale que no. Podría sentirme tentada de intentar envenenarte –le dijo Winnie.

–Así que Stam te ha ido con algún cuento –dedujo Eros en un tono gélido.

Exasperada por su aparente tranquilidad, Winnie se alejó unos pasos y tomó un opulento jarrón chino de una mesa.

–Es muy feo, ¿verdad? –comentó Eros.

–No tan feo como lo que tú me has hecho –contestó Winnie, mirándolo con furia, una furia que ya no podía disimular.

–¿Qué te he hecho? –inquirió él.

Era imposible que fuese a tirarle ese jarrón. Winnie no era violenta; no era de las que se pondrían a lanzarle a uno trastos a la cabeza. Un segundo después se dio cuenta de lo equivocado que estaba, porque su esposa le tiró el jarrón con la fuerza de una atleta olímpica. Eros se agachó y por suerte Winnie falló, pero el jarrón chocó contra la pared que había detrás de él y se hizo añicos.

–¡Aceptaste un soborno de mi abuelo a cambio de casarte

conmigo! –lo acusó Winnie.

–Eso no es cierto –se defendió Eros.

–¡Te dio esta isla por casarte conmigo! –le espetó Winnie.

–No, acepté la isla porque me la ofreció, pero no me casé contigo por eso –le recalcó Eros.

–Te sobornó y aceptaste –repitió ella, negándose a escucharlo.

–Habría sido un tonto si no hubiera aceptado su ofrecimiento cuando estaba decidido a casarme contigo de todos modos –le dijo Eros, yendo hacia ella.

Winnie apretó los puños y trató de golpearlo con uno de ellos, llena de frustración por lo calmado que parecía a pesar de sus acusaciones.

Eros agarró la mano con la que había intentado golpearlo y mirándola a los ojos le dijo:

–Lo único importante que pasó el día que hablé con tu abuelo fue que descubrí que tenía un hijo. Y sí, me ofreció esta isla y mi familia estaba muy unida a este lugar, pero esa oferta no fue lo que me hizo ir a Londres a verte, ni lo que hizo que me casara contigo. Lo que me movió a hacerlo en un principio fue Teddy.

–No te creo. ¡No me dijiste la verdad sobre la isla, ni sobre nada! –le espetó Winnie.

–Pues claro que no –le contestó Eros, dejándola desconcertada con esa respuesta–. Estaba muy enfadado contigo. Estaba furioso porque me habías ocultado que tenía un hijo –le recordó, negándose a soltar su mano cuando ella intentó liberarse–. Pero dejé a un lado mi ira y decidí que no sería buena idea darte más motivos para desconfiar de mí. Si te hubiera contado lo de la isla al poco de casarnos, no habría hecho otra cosa más que arruinar nuestra relación, y no quería que eso pasara. Bastantes problemas teníamos ya.

–Me niego a escuchar tus excusas –masculló Winnie.

–No son excusas; es la razón por la que no te dije nada. ¿Por qué no debería haber aceptado la isla cuando fue tu abuelo quien me la ofreció? Mi padre me había pedido que intentara recuperarla, pero, como yo no crecí aquí ni la conocía, este lugar no significaba demasiado para mí. Cuando lo vi por primera vez, cambié de opinión –reconoció con tristeza–. Sentí una conexión con este lugar, aunque no, debo admitirlo, con esta casa tan ostentosa.

Winnie sacudió la cabeza presa del pánico, aterrada de que pudiera convencerla de que sería un error abandonarlo para encontrar la felicidad que ansiaba.

–Me marcho de aquí, y encontraré un sitio donde vivir en

Atenas, así que podrás seguir viendo a Teddy cuando quieras.

–No podemos vivir separados. Os necesito a los dos. No podría vivir sin vosotros.

–¡A mí nunca me has necesitado! –replicó Winnie enfadada, liberando su mano de un tirón.

–Pero eso ha cambiado –le dijo él–. Lo que ha pasado es que ya no niego esa necesidad ni lucho contra ella. Hace dos años, cuando te fuiste de mi lado, mi vida perdió todo su sentido.

–Tonterías. ¡Ni siquiera me echabas de menos! –replicó Winnie con vehemencia.

Eros la miró a los ojos.

–Por supuesto que te echaba de menos. Cuando te fuiste te habías convertido en el centro de mi mundo.

Winnie frunció el ceño.

–No te creo.

–Nunca pensé que algo así me fuera a pasar a mí. Se suponía que lo nuestro era solo algo pasajero, pero no era verdad –dijo Eros, esbozando una sonrisa amarga–. Hacía jornadas de dieciocho horas para poder pasar todo el fin de semana contigo en el campo. Me comportaba como un adolescente que estuviera viviendo su primer amor. Muchas veces era entrar por la puerta y a los pocos minutos ya estábamos en brazos del otro. Eso no es un romance. No es algo pasajero. Pero yo me engañaba y lo negaba porque seguía casado y no tenía el valor de reconocer lo importante que habías llegado a ser para mí.

–Pues yo recuerdo lo distante que te mostrabas conmigo muchas veces fuera de la cama.

–Porque sentía que perdía el control cuando estaba contigo y eso me inquietaba. Te deseaba demasiado. Intenté convencerme de que no le hacía daño a nadie por estar contigo, aunque sabía que estaba engañándome a mí mismo. Y aun así era incapaz de poner fin a nuestra relación –admitió–. Y el hecho de que lo que sentía por ti era lo que Tasha quería que sintiera por ella solo me hacía sentir aún peor. Después del divorcio, cuando seguía martirizándome por lo que había hecho, llegué a convencerme de que no era mucho mejor que el mujeriego de mi padre. Te había hecho daño y le había hecho daño a Tasha. Ella era mi esposa y me quería, pero yo era incapaz de corresponderle. Vi a mi madre pasar por eso con mi padre cuando se enamoró de otra mujer, y no podía soportar la idea de hacerle eso a otra persona. Y con eso sobre mi conciencia me parecía que yo no tenía derecho a ser feliz.

Winnie se quedó mirándolo, desconcertada por la culpa que aún

arrastraba por el pasado.

–Jamás deberías haber accedido a casarte con ella, y su padre no debería haberte presionado para que lo hicieras.

–Lo sé, y debería haberme divorciado de ella en cuanto empezó a tener relaciones con otros hombres –admitió él–, pero me había comprometido y no me parecía bien cambiar las reglas solo porque no estaba de acuerdo con ellas. Intenté mantener la promesa que le hice a Tasha y cuando empecé mi relación contigo la traicioné, y por eso decidí no hacerte promesas a ti también.

–Y no lo hiciste –asintió ella con pesar.

–Me negaba a admitir que me había enamorado de ti. Y cuando te fuiste no me permití ir en tu busca porque habría sido como admitir que me había divorciado por ti. Y no podía admitirlo porque eso fue lo que mi padre le hizo a mi madre: se enamoró de otra mujer y se divorció. Y, aunque mi matrimonio con Tasha nunca había sido un matrimonio de verdad, me negaba a aceptar que era como él.

Winnie lo miraba de hito en hito.

–¿Que te habías… enamorado de mí? –repitió temblorosa.

–Creo que me enamoré de ti el día que te conocí. Eras muy tímida, pero cuando me sonreíste el corazón me dio un vuelco, y era incapaz de apartar los ojos de ti –le confesó Eros–. Y siempre era igual: estaba impaciente por verte cuando llegaba a casa. Estaba deseando estar contigo.

Winnie escuchaba ese torrente de palabras con los ojos muy abiertos, confundida.

–¿Estás intentando decirme que te enamoraste de mí hace dos años? –inquirió con el ceño fruncido.

–Winnie… –murmuró Eros tomándola de ambas manos con fiereza–. Un hombre que solo quiere sexo a escondidas no se pasa horas charlando con una mujer, o en la cocina con ella mientras prepara la comida, ni la llama por teléfono todos los días.

–Bueno, puede que en cierto modo fuera amor –admitió ella a regañadientes–, pero parece que no bastó para hacerte superar ese sentimiento de culpa ni para que vinieras a buscarme cuando volviste a ser libre.

–Habría ido a buscarte si hubiera sabido que estabas embarazada –le dijo él con ardor–. Pero no me lo dijiste, y tampoco sabía si tú me querías.

–¿Acaso estabas ciego?

–Bueno, no eras empalagosa conmigo, ni te comportabas como si fuera la persona más importante del mundo para ti. Si hubiera

sabido que me querías, habría sabido que te haría daño manteniéndome lejos de ti. Pero, como no lo sabía, creía que solo había puesto tu vida patas arriba y que lo mejor que podía hacer era dejarte en paz.

–Mira que eres tonto… –murmuró Winnie–. ¡Y que esa posibilidad jamás se me pasara por la cabeza…!, ¡que pudieras ser tan tonto y estar tan ciego! Yo no buscaba algo perfecto. Ni quería a un hombre perfecto.

–Pues menos mal, porque ni lo soy, ni lo seré nunca –dijo Eros–. Pero te quiero más que a nada en este mundo. Estaba demasiado resentido para darme cuenta cuando me casé contigo, pero entonces volviste a hacerme caer en tus redes.

–¿Qué quieres decir?

–No sé cómo lo haces. No soy una persona alegre ni optimista por naturaleza –le confesó Eros–, pero estar contigo me hace feliz. La idea de perderte otra vez me aterra, así que necesito que me digas qué debo hacer para arreglar las cosas. Puedo devolverle la isla a tu abuelo si hace falta.

–¿Harías eso? –inquirió ella, mirándolo boquiabierta.

–Antes que perderte, cualquier cosa –le aseguró él–. Es un sitio muy bonito, pero mi corazón no está aquí, ni es el centro de mi vida, pero tú sí.

Winnie estaba empezando a disfrutar con aquella conversación. Lo miró a los ojos, y al ver la sinceridad que había en ellos se dibujó una sonrisa en sus labios.

–Me quieres a mí… no solo a Teddy…

–Pues claro que no quiero solo a Teddy. ¡Por amor de Dios…! ¡Tú me has dado a Teddy! –le recordó él, a modo de reproche–. ¿Has pensado eso todo este tiempo?

–Es lo que pensé cuando te casaste conmigo –le confesó ella–. Creía que solo querías casarte conmigo para poder tener a nuestro hijo. Di por hecho que ese era el motivo por el que estabas chantajeándome para que accediera a casarme contigo.

–Cuando se me pasó el enfado de que me hubieras ocultado lo de Teddy, supe que os quería a los dos en mi vida, y me daba igual lo que tuviera que hacer para conseguirlo. Sé que no estuvo bien chantajearte, pero estaba ansioso por recuperar lo que habíamos tenido dos años atrás y que habíamos perdido… y no iba a permitir que nada se interpusiera en mi camino.

–Lo que hubo entre nosotros era especial… ¿verdad? –le preguntó Winnie en un susurro, como si temiera albergar esperanza, como si temiera creérselo–. No era solo cosa de mi imaginación.

–Era algo que jamás había sentido con ninguna otra mujer –admitió Eros–. Y quería recuperarlo. He estado intentando demostrártelo desde el día de nuestra boda…, que podemos estar juntos y ser felices, y construir un futuro maravilloso. Pero tú no me dabas ninguna señal de que vieras nuestro matrimonio como otra cosa que un parche que antes o después se rompería.

Winnie se sonrojó.

–Es que pedirme que tuviera otro bebé era demasiado.

–Y de inmediato desistí de esa idea –le recordó él–. ¿Qué quieres que haga con la isla? ¿Se la devuelvo a tu abuelo?

–No, quédatela. Era de tu familia, y a los dos nos gusta –le dijo Winnie–. Además, tampoco creo que mi abuelo quiera que se la devuelvas. De hecho, si lo hicieras, probablemente se ofendería. Creo que lo único que tenemos que hacer es aprender a volver a confiar el uno en el otro. Y no debemos permitir que mi abuelo influya sobre nosotros.

–¿Te ha contado que me amenazó para intentar convencerme de que me casara contigo?

–¿Te amenazó? ¿Cómo? –inquirió ella espantada.

–Me amenazó con destruir mi negocio. Y desde luego podría haberme complicado mucho las cosas interfiriendo con mis proveedores e intentando robarme clientes, aunque tiene tantos enemigos que seguro que se habrían convertido en mis aliados –le dijo Eros muy seguro–. Sus amenazas no me preocupaban demasiado.

Aquello descolocó a Winnie. Parecía que su abuelo no había tenido escrúpulos en cuanto a sus métodos para conseguir lo que quería. Ya iba siendo hora de que ella también le confesara a Eros que su abuelo las había presionado a sus hermanas y a ella para que se casaran con los hombres que él escogiera.

–Tengo algo que contarte –le dijo incómoda.

–Puedes contarme lo que sea –la tranquilizó Eros, llevándola hasta el sofá para que se sentaran.

Winnie le refirió los problemas que habían tenido sus padres de acogida con la hipoteca de su casa, que ahora era propiedad de su abuelo. Eros le soltó las manos y se levantó como un resorte, mirándola con incredulidad.

–¿Está chantajeándoos a tus hermanas y a ti? ¿Por eso te casaste conmigo? –exclamó–. ¿Cómo no me lo dijiste antes? ¡Podría haberle parado los pies y haberos protegido a todos comprándole a John y a Liz otra casa!

–Bueno, eso no habría podido ser… a menos que les hubiésemos

dicho la verdad a John y a Liz sobre lo que estábamos tratando de hacer por ellos. No habrían aceptado nuestra ayuda… ¡ni la tuya! Son demasiado orgullosos e independientes como para dejar que nadie arregle sus problemas financieros. Además, esa casa ha pertenecido a la familia de Liz durante generaciones, así que hacer que se mudaran a otro sitio no habría sido lo mismo.

–Pero te casaste conmigo para salvar su casa, cuando lo que tu abuelo ha tenido que pagar para evitar el desahucio no ha sido más que calderilla para él –replicó Eros–. No sé si elogiarte por haber hecho un sacrificio tan generoso, o regañarte por lo ingenua que fuiste.

–Mis hermanas y yo teníamos que hacer algo. No podíamos quedarnos de brazos cruzados y ver como John y Liz lo perdían todo.

–¿Y no se te ocurrió, ya que ibas a casarte con un hombre muy rico, que podría haberos ofrecido otras opciones para no tener que acceder al chantaje de Stam? –le espetó Eros con incredulidad.

–No… jamás te habría pedido dinero.

–Puedes pedirme lo que quieras –murmuró Eros, sentándose de nuevo a su lado y tomando otra vez su mano–. Cualquier cosa. Y será tuyo.

Winnie echó la cabeza hacia atrás y sus ojos lo miraron con amor.

–Lo único que quiero eres tú.

–Pero yo ya soy tuyo, en cuerpo y alma –le aseguró Eros con voz ronca–. Lo soy desde hace mucho. Estoy locamente enamorado de ti. Y ni siquiera me importa que te casaras conmigo para salvar la casa de John y Liz –le confesó con una media sonrisa–. De hecho, si no dejé de quererte siquiera cuando vi que huías de mí el día de nuestra boda, creo que nada hará que deje de quererte…

–Amén a eso –murmuró Winnie. El corazón le latía como un loco.

–Solo tengo dos pequeños favores que pedirte –dijo Eros, inclinándose para rozar sus labios contra los de ella.

Un cosquilleo de deseo recorrió a Winnie.

–¿Cuáles son?

–Que cada día reconozcamos que nos queremos.

–Eso es fácil –susurró ella–. ¿Y cuál es el otro?

–Que volvamos a celebrar otra boda, en la que sea verdad cada palabra que pronunciemos –le indicó Eros, jugueteando con el labio inferior de Winnie de un modo muy erótico.

Ella se estremeció.

–Eso también podemos hacerlo. De hecho, significaría mucho para mí –le confesó–. Pero como no me beses pronto, puede que cambie de idea.

Eros deslizó la lengua entre sus labios.

–Quiero hacer mucho más que besarte, vida mía… –le susurró.

Winnie hundió sus finos dedos en el pelo de Eros para atraerlo más hacia sí.

–¿Y crees que yo no? –le tentó, todos sus temores ya olvidados, y llena de felicidad.

–Bueno, no querría que la niñera nos encontrara aquí medio desnudos –le confesó Eros, apartándose de ella para levantarse y tomarla en volandas–. Nos vamos a la cama.

No llegaron al piso de arriba de inmediato. Eros se detuvo en medio de la escalera a besarla, y la cosa se puso un tanto ardiente en el rellano superior. Solo cuando oyeron la voz de Agathe corrieron a su dormitorio. Más tarde se levantarían y bañarían a Teddy, como buenos padres, y jugarían con él antes de acostarlo. Pero en ese momento estaban borrachos de amor y de deseo, sabiendo como sabían que por culpa del orgullo podrían haber perdido para siempre aquello tan especial que tenían. Pero ahora estaban celebrando su amor, y habían recobrado la confianza en el otro.

Seis meses después Winnie volvía a estar embarazada. Sí, al final Eros se había salido con la suya. Bueno, ella había accedido a intentar tener otro bebé, pero no había imaginado que fuera a quedarse en estado ese primer mes, sino que había pensado que le llevaría por lo menos un año. Sin embargo, Eros le había confesado que se sentía muy motivado en su empeño por dejarla embarazada de nuevo, y desde el momento en que había descubierto que lo estaba, Winnie dudaba que ninguna otra embarazada hubiera recibido tantos mimos y apoyo de su esposo.

Habían sido unos meses muy ajetreados. Eros había comprado una casa en Londres, más acorde con las necesidades de un niño pequeño, y pasaban allí más tiempo para que Winnie pudiera ver a sus hermanas a menudo. Además, estaban reformando la casa de Trilis, convirtiéndola en un hogar más cómodo y menos ostentoso, además de en su primera vivienda, por lo que era un alivio tener otra casa donde vivir mientras se hacían las obras.

Winnie encontraba la vida en la isla más tranquila, y estaba empezando a hacer amistades allí. También le encantaba que su

hijo pudiera corretear por los amplios jardines, y que, al ser la propiedad tan grande, sus hermanas pudieran quedarse con ellos cuando iban de visita. Además, ahora Eros no viajaba tanto, y había instalado su despacho en la casa.

Dos meses después de haberse confesado que se amaban, habían celebrado otra boda en la misma iglesia, y renovar sus votos los había reforzado como pareja. Pronunciar esos votos sintiéndolos de verdad, aparte de que Winnie ya iba entendiendo mejor el griego, había supuesto un paso crucial en el futuro que iban a construir juntos. Eros había bromeado diciendo que él solo había propuesto lo de volver a casarse para tener una segunda noche de bodas, y porque volver a desabrochar todos esos botones del vestido de novia era algo irresistible.

Pero Winnie, a quien le habían sorprendido los muchos detalles románticos que se le habían ocurrido a su marido para embellecer la ocasión –entre ellos la aparición sorpresa de John y Liz–, no se dejó engañar. Sabía que Eros había hecho que aquel día fuera tan especial como la hacía sentir a ella cada día, y no podría haberse sentido más feliz.

Esa misma noche iban a celebrar una fiesta en honor de su abuelo, que cumplía setenta y cinco años y acudiría con sus hermanas. Winnie sonrió alegremente. Stam Fotakis había tardado meses en darse cuenta de que debía dejar a un lado su rencor y aceptar el matrimonio de su nieta mayor. Eros había tenido que ir a verlo para invitarlo personalmente a que fuera a hacerles una visita en la isla, y Winnie le había convencido para que le permitiera organizar esa fiesta de cumpleaños para él. Como le habían tendido esa alfombra roja, Stam había acabado aprovechando la oportunidad. Y si para él retractarse de su comportamiento había supuesto alguna humillación o deshonor, se le había pasado enseguida cuando su bisnieto, Teddy, atravesó el jardín corriendo para saludarlo.

–Tus hermanas están muy guapas –le comentó a Winnie. Vivi había escogido un vestido rosa fucsia, un color arriesgado para una pelirroja. Zoe también estaba muy elegante, pero parecía que estuviera pegada a su asiento, junto a la pared–. Aunque Zoe tiene que quitarse de encima esa timidez.

–No es timidez. Es que se siente incómoda cuando hay mucha gente –la defendió Winnie.

–Le he ofrecido una oportunidad de negocio a ese marido tuyo y la ha rechazado –le dijo Stam, cambiando de tema–. No se fía de mí. Me dijo que lo que quería era que perdiera hasta la camisa para

tener yo la sartén por el mango. No es tonto, no. Empieza a caerme bien. No me gustaría que te hubieras casado con un tonto.

Aquella confesión hizo sonreír a Winnie, que tuvo el tacto de no hacer ningún comentario. En el otro extremo del salón Vivi estaba hojeando, frenética, una revista, que luego le pasó a Zoe. Curiosa, se dirigía hacia ellas cuando apareció Eros, con Teddy de la mano, y fueron con ella.

–¿Qué estáis mirando? –le preguntó a Vivi.

–Mejor no preguntes –le aconsejo esta, que parecía rabiosa.

Zoe torció el gesto.

–El duque de Mancini se ha quedado con otro banco. Debe de estar podrido de dinero.

–Déjame ver… –Winnie tomó la revista, una revista de negocios, e ignoró la foto del guapo banquero italiano que había destruido la reputación de su hermana–. ¿Alguna vez has coincidido con él en algún sitio, por trabajo? –le preguntó a Eros.

–No, alguien de tan alta cuna no se mueve en los mismos círculos que yo –contestó él, pasándole un brazo por la espalda a su esposa. Cuando Vivi soltó una palabrota, ni siquiera enarcó una ceja–. Es un miembro de la élite italiana.

–¡Un cerdo es lo que es! –exclamó Vivi con fiero desprecio–. ¡Un cerdo!

–Pues no leas el artículo –le aconsejó Winnie.

–Es el tipo que la etiquetó de prostituta en los periódicos, ¿no? –le preguntó Eros a Winnie en voz baja mientras se alejaban–. Recuerdo su nombre, del informe del detective al que contraté.

–Sí, es él. Y como ves le va muy bien –masculló Winnie con amargura.

–Pues no le auguro que siga yéndole tan bien –murmuró Eros, mientras su hijo lograba soltarse de su mano–. No cuando Stam lo tiene entre ceja y ceja. De hecho, si no fuera por lo que hizo, hasta sentiría lástima por él.

–Pero si mi abuelo nunca ha hablado de él… –replicó Winnie.

–A Stam le gusta jugar sus cartas con cuidado –le susurró Eros. Y fue a agarrar a su hijo antes de que se subiera a una silla para alcanzar la tarta de cumpleaños.

Ignoró las protestas del pequeño con la calma de un padre con mucha práctica y, para su sorpresa, Teddy dejó de lloriquear y se puso a parlotear alegremente.

Padre e hijo se parecían tanto con esos ojos verdes y ese cabello negro rizado, que a Winnie siempre la enternecía verlos juntos. Cuando apareció Agathe para hacerse cargo del pequeño, Winnie se

relajó un poco. El pequeño era demasiado travieso, y en una fiesta de adultos, si no lo vigilaban, acabaría haciendo una trastada. Un poco de ejercicio en el jardín y tomarse la cena le harían bien, pensó saliendo a la terraza. Eros salió poco después, llevándole un refresco.

–¿Te acuerdas de la discusión que tuvimos aquí el día de nuestra boda? –le preguntó.

–No quiero acordarme de eso. Estaba tan enfadada, y me sentía tan triste…

–Hay que pasar momentos malos para valorar lo bueno que tenemos –le dijo él, filosófico–. Mi ego quedó hecho puré ese día cuando vi a la novia a punto de abandonarme.

Winnie alzó la vista a su apuesto rostro. Se moría por apartar ese mechón que le caía sobre la frente, pero no podía apartar sus ojos de los de él.

–Pues yo diría que te recuperaste muy deprisa.

–Bueno, te tenía a ti a mi lado –le susurró Eros, antes de tomar sus labios con un beso apasionado. Cuando Winnie se frotó contra él, gimió extasiado–. Brujita traviesa… Ahora tendré que quedarme aquí hasta que se calme lo que está pasando ahí abajo –dijo bajando la vista a su entrepierna.

–Por mí no hay problema –murmuró Winnie. Y al mover ligeramente las caderas lo sintió estremecerse contra ella–. Te quiero tanto, Eros…

–Y por alguna razón yo te quiero hasta cuando me atormentas así –le confesó él.